

La política militar de Montoneros durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1980)

Autor:
Larraquy, Marcelo

Tutor:

2007

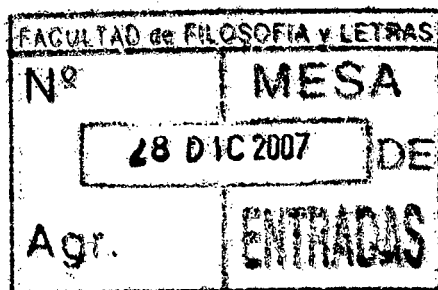
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Grado

Tesis
5-5-13

Tesis 5-5

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS	
Nº 40.882 MESA	
28 DIC 2007	DE
AGR.	ENTRADAS



Tesis de Licenciatura de Historia

La política militar de Montoneros durante Proceso de Reorganización Nacional (1976-1980).

Marcelo Larraquy
(L.U: 34.794)

Carrera de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
(UBA)

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Sumario.

- 1. Hipótesis de trabajo.**
- 2. Antecedentes historiográfico. Un estado de la cuestión.**
- 3. Introducción. Las condiciones históricas antes del golpe militar.**
- 4. Capítulo 1. La línea militarista.**
- 5. Capítulo 2. La resistencia (1976-1978).**
- 6. Capítulo 3. 1979. La Contraofensiva: Agitación y Propaganda.**
- 7. Capítulo 4. 1979. La Contraofensiva: los ataques militares.**
- 8. Capítulo 5. El fin de la lucha armada.**
- 9. Capítulo 6. Una reflexión final.**
- 10. Fuentes y Bibliografía.**

2. Hipótesis de trabajo.

Este trabajo se propuso abordar la reconstrucción de la política militar y la resistencia armada de la organización guerrillera Montoneros frente al gobierno militar que usurpó el poder del Estado a partir del 24 de marzo de 1976.

El trabajo de investigación abarcó el período 1976-1980, con el estudio sobre las condiciones políticas y militares de los combatientes que permanecieron en el país luego del golpe y también con la descripción y el análisis de las condiciones de aquellos que regresaron al país desde el exterior entre 1979 y 1980, en una maniobra político-militar conocida como "La Contraofensiva", que concluyó con el fin de la política de lucha armada, decidida por la conducción nacional montonera a fines de 1980.

El objetivo de este trabajo es intentar la realización de un aporte a la historiografía con la inclusión de una perspectiva que ha sido poco estudiada: la del militante político-revolucionario que en su práctica armada se convirtió en un combatiente de una organización guerrillera.

Si bien son múltiples los trabajos de reconstrucción histórica que dan cuenta de la arquitectura del Estado Terrorista (1976-1983), en el que se concentraron las responsabilidades criminales del gobierno militar y la falta de esclarecimiento sobre el destino de las víctimas. Y si bien son también múltiples, a través del patrocinio de políticas oficiales, la producción de relatos acerca de la memoria de los desaparecidos y de sobrevivientes de la represión militar, este trabajo –sin desvalorizar las producciones precedentes– intenta analizarlos desde otro enfoque: reconstruir al desaparecido como sujetos políticos y militares en acción, en tanto actores centrales de la resistencia armada contra el gobierno militar.

Esta perspectiva de estudio y análisis fue relegada en un segundo plano por la historiografía y los intentos de reconstrucción de la memoria social y colectiva sobre la década del setenta: su condición de militantes armados de buena parte de la militancia revolucionaria ha sido dejada en un plano secundario, o directamente ha sido omitida, por la dificultad de alcanzar un consenso sobre la legitimidad de sus motivaciones que lo impulsaron a tomar las armas.

Por último, esta tesis se propuso reconstruir el relato desde dos niveles de estudio: la conducción montonera después del golpe de Estado de 1976, haciendo foco en las estrategias militares adoptadas por su conducción antes de retirarse del territorio del conflicto, y luego ya desde el exilio; y, por otro lado, un abordaje desde la matriz política y militar del propio del combatiente que integraba el Ejército Montonero y fue actor del enfrentamiento directo contra la dictadura militar, desarrollando acciones armadas como forma de resistencia entre 1976 y 1978, y los que, estando fuera del país, volvieron a él entre 1979 y 1980, para continuar enfrentándola.

2. Antecedentes historiográficos: un estado de la cuestión.

Una vez concluida la dictadura militar en 1983, el abordaje historiográfico y de las ciencias sociales no se propuso indagar sobre la complejidad de la lucha armada de la década precedente, sino que trabajó sobre la pérdida de las garantías del Estado de Derecho y los valores republicanos a partir de marzo de 1976 y en distintos momentos de la historia argentina.

El relato de la construcción del Estado-Nación en 1880 por parte del régimen conservador y la ampliación del voto ciudadano a partir de la ley Sáenz Peña de 1912 fueron resaltados como parte del esfuerzo por la constitución de un régimen democrático-institucional de la sociedad argentina, un ámbito de expresión y negociación política, que se había interrumpido por primera vez en 1930, con el golpe militar y la imposición de la violencia desde el Estado.

Es decir, según esta interpretación, con el uso de la violencia como instrumento político y el asedio de las corporaciones –básicamente: militar, sindical y empresaria- sobre el Estado, se habían ido erosionando los valores republicanos de la sociedad argentina.

La búsqueda de esa “República perdida” –compuesta en un exitoso relato cinematográfico- fue el modelo de las intervenciones y producciones que guiaron a investigadores e intelectuales profesionales, quienes desde instituciones alentadas por el aparato cultural y científico oficial, intentaron producir un saber sobre la pérdida de la fe en las instituciones republicanas y la problemática de la transición democrática, después de la dictadura.

Como contrapartida, la eclosión de violencia política de la década anterior, era contradictoria con el imaginario democrático que se intentaba

reconstruir, tanto en su conexión con el pasado histórico, que como soporte de un proceso político-intelectual que reflexionaba ya el post-autoritarismo de la vida política argentina.

Según este modelo interpretativo, la democracia como régimen político – que a su vez se erigía como un valor universal, fuente de ilusiones y esperanzas de la sociedad- no había sido responsable, ni había formaba parte, de los hechos sangrientos de la década anterior.

De este modo, el estudio de la violencia política no contaba con una coyuntura política favorable. Otro de los imperativos argumentados en los años ochenta para excluir a la década precedente de la agenda historiográfica era la imposibilidad de “hacer historia profesional” sobre el pasado reciente. Por otra parte, muchos de los intelectuales habían participado activamente con distintos grados de protagonismo en los hechos de aquellos años, y por este motivo en ocasiones se consideraban inhibidos de realizar una reconstrucción de un pasado que los había involucrado.

Desde esta perspectiva de análisis, el relato estaría condicionado por las pasiones políticas que la década había desatado y supondría un serio obstáculo a una labor que se proclamaba como profesional.

Otra de las imposibilidades argumentadas para el no abordaje de la década con las reglas propias de la disciplina era sustentada también por la dificultad de obtener fuentes documentales escritas y testimonios orales sobre las organizaciones armadas. Por entonces, apenas reinstalado el proceso democrático, los ex miembros de las organizaciones guerrilleras eran objeto de persecución penal por su participación en episodios armados y podían llegar a ser incriminados a consecuencia de sus propios testimonios. Además, los relatos hegemónicos dominantes condenaban la práctica de la lucha armada y muchos de los ex militantes no estaban dispuestos, por ese motivo, a asumir en forma pública su compromiso de aquellos años por una sensación de incomprensión que resultaba significativa. Tomando en consideración la posible implicancia

penal que podrían tener sus dichos, Montoneros aconsejó a quienes habían militado en sus filas a no presentarse como testigos en el Juicio a las Juntas; la mayoría de los que lo hicieron, prefirieron no hacer mención a su pasado montonero.

Mientras la producción académica giraba en torno a la complejidad del proceso de transición democrática y a la reconstitución post-autoritaria de la sociedad, en la esfera pública, el foco de los relatos se concentró en el descubrimiento de la metodología de aplicación del aparato represivo y el reclamo de rendición de cuentas al Estado Terrorista que acababa de retirarse del poder.

Las denuncias registradas en la CONADEP (Comisión Nacional de Desaparición de Personas), impresas luego en el libro "Nunca Más", el Juicio a los comandantes de las Juntas Militares y las demandas de "justicia y verdad" por parte de organismos de derechos humanos sobre el destino de los detenidos-desaparecidos, fueron registradas desde producciones periodísticas y jurídico-políticas, que intentaron reproducir la dimensión del terror al que había sido sometida la sociedad argentina. En estas condiciones político-sociales, las organizaciones de derechos humanos –que no hacían mención a la militancia político-militar de muchas de las víctimas del terror estatal– alcanzaron un importante grado de legitimación en el espacio político y social. La presentación de la figura del desaparecido como una "víctima inocente", carente de expresión política, impedía o difería la posibilidad de abrir el debate sobre los conflictos que habían regido en la década del setenta.

El escenario político no parecía apropiado para incursionar en ese tipo de discusiones. Además, la idea transmitida en el *Nunca Más*, que advertía desde su primer párrafo, pag. 11, que "...la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda", era una demostración clara de que el *Nunca Más* no significaba un imperativo sólo atribuible al terror desplegado por las Fuerzas Armadas, sino que también

se extendía contra las organizaciones guerrilleras y aquellos que habían tomado las armas como un deber para la transformación radical de las estructuras políticas y sociales de la Argentina.

En tanto enemigos enfrentados, para la democracia política en construcción, unos y otros eran considerados igualmente responsables de la violencia y el "horror", mientras que el resto de la sociedad, -que en este modelo explicativo había quedado sumergida en el rol de espectadores ó víctimas-, quedaba al margen de cualquier responsabilidad social sobre lo que había sucedido: la sociedad era una víctima más de la violencia entre sectores enfrentados y ahora escuchaba asombrada los relatos de horror de los centros clandestinos. La clase política también quedaba preservada de "los dos demonios".

La emergencia democrática se constituyó como un fuerte obstáculo a la producción académica profesional y prescindió de la indagación sobre el fenómeno de la violencia política. En el resumen argumentativo para esta ausencia se expresaba a través de distintos factores: el pasado era demasiado *actual* como para ser abordado; el historiador que lo intentase podía quedar prisionero de las pasiones políticas propias de la década del '70; la obtención de fuentes documentales era dificultosa; las fuentes orales para la producción historiográfica estaban impregnadas de subjetividad y no eran "neutras", y el *Nunca más*, como se dijo, era también un mensaje determinante contra la acción política revolucionaria.

Incluso la presentación del terror estatal con una fecha de iniciación definida -el 24 de marzo de 1976-, no permitía a la posibilidad de examinar los secuestros y desapariciones cometidas durante el gobierno peronista (1973-1976); los casos de secuestros habían sido denunciados a la CONADEP, pero no fueron presentados por la Cámara Federal que juzgó a las juntas militares.

Este "desperfecto" del modelo interpretativo de "los dos demonios" -que realizaba una simetría entre la violencia y la ilegalidad del Estado y las

organizaciones armadas- no fue mencionado por los organismos de derechos humanos ni fue objeto de la crítica política ni jurídica. La estrategia –construir un pasado dictatorial sin fisuras y sin enfatizar ninguna “herencia” en la experiencia constitucional anterior-, tenía la intención de no indagar en la responsabilidad del Partido Justicialista que había administrado del Estado antes que el gobierno militar, y ahora componía uno pilar esencial del régimen político que se acababa de restablecer.

En resumen, entre relatos “demonizadores” y “victimizantes”, la experiencia armada de las organizaciones guerrilleras no tuvo espacio académico que posibilitara analizar la lógica de sus acciones, ni tampoco existió la voluntad intelectual o científica de apropiarse de ese pasado para producir un conocimiento acerca de ellas. La militancia armada formaba parte de un territorio considerado “perturbador” para la legalidad democrática. También, desde el presente político, el proceso de consolidación de la democracia, que requería de mecanismos de consenso que en la década del setenta no se habían contemplado, implicaba en los hechos un veto tácito para la elaboración de cualquier modelo explicativo sobre la lucha armada, y la imposibilidad de *entender* el pasado reciente.

Una prueba de esta tendencia es que la única producción académica sobre la guerrilla montonera provino desde el exterior, con la publicación en Inglaterra de *Montoneros. Soldados de Perón*, (1982), y cinco años después en la Argentina. Su autor, el historiador inglés Richard Gillespie, permaneció entre 1975 y 1976 en el país investigando el origen y el desarrollo de la organización guerrillera para la preparación de su tesis doctoral.

Excluida de la agenda académica local de los años ochenta, el pasado reciente empezó a reconstruirse en base a testimonios de ex detenidos-desaparecidos que narraban su experiencia traumática en los centros clandestinos, o el padecimiento de los familiares de víctimas, o, mayoritariamente, con producciones periodísticas –de corto o largo aliento,

publicadas en artículos de revista o en formato de libros- que intentaban dar luz sobre diferentes aspectos del universo del terror del aparato de represión estatal.

Este tipo de narrativas de literatura testimonial, autobiográfica, sumado a los relatos de investigación periodística o ficcionales alcanzaron amplia difusión a través de medios de comunicación y también una considerable recepción de lectura aunque con el nivel de debate político en la sociedad fue restringido, tal vez porque la *repolitización* de la década del setenta, era asumida por la democracia política como un verdadero riesgo para el pacto político-democrático que se propugnaba.

En el marco de experiencias testimoniales y ficcionales, puede incluirse a obras como *Recuerdos de la Muerte*, (1984), escrito por Miguel Bonasso, periodista y ex montonero, que reconstruye en clave de novela un hecho real – la historia de un prisionero del campo de concentración de la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) que logra escapar-. También, interpretaciones más específicas sobre la organización guerrillera fueron puestos en evidencia en *La Soberbia Armada*, (1984), del periodista y escritor Pablo Giussani –uno de los pensadores del aparato discursivo de la nueva democracia-, quien con fragmentos en los que intercalaba estudios de ensayo y experiencias personales construyó en tono crítico una visión de Montoneros como vehículo de la violencia sacramentalizada, propagador de “el culto a la muerte”; su intervención narrativa –de fuerte impacto público- fue enmarcada como parte de la estrategia explicativa de la “teoría de los dos demonios” que impulsaba el gobierno radical. También, *Montoneros. Final de cuentas*, (1988), del periodista y también ex montonero Juan Gasparini, funcionó como un examen crítico hacia la Conducción de la organización guerrillera, aunque quizá no con la misma incidencia en la construcción de un relato demonizador de las experiencias armadas, como la obra precedente.

Durante la primera década de ejercicio democrático, las instancias jurídicas de inculpación penal contra las Juntas Militares y la cúpula de Montoneros fueron susceptibles de variaciones. En el gobierno de Alfonsín, las “Leyes del Perdón” –La ley de Punto Final y la ley de Obediencia Debida– restringieron los procesos penales a quienes habían participado de la represión militar. El indulto presidencial de Carlos Menem –1989 y 1990– a militares que habían sido ya condenados y a ex guerrilleros que estaban bajo proceso judicial, intentó colocar a ambos sectores bajo el paraguas de una no del todo eficiente “reconciliación”, aunque puso en evidencia la intención oficial de “olvidar el pasado” para reducir su “influencia negativa” en el presente político.

Sin embargo, aun con sus límites, el nuevo esquema jurídico dejó abierta la posibilidad a la iniciación de nuevas de causas penales contra militares por la apropiación ilegal de hijos de los secuestrados-desaparecidos o la conformación de tribunales para “Juicios por la Verdad y la Justicia” que no tenía facultad para condenar, pero sí para establecer, en base a testimonios judiciales voluntarios, criterios de verdad sobre lo ocurrido.

En forma simultánea a las tensiones que suscitaba la construcción del andamiaje jurídico sobre el cual abordar la década del setenta, en los años noventa emergieron nuevas producciones narrativas a través de testimonios de militantes, que empezaban a revisar no sólo la represión estatal de la que habían sido víctimas, sino también su propia condición política en la década del setenta. Muchos de ellos comenzaron a exponer y reflexionar públicamente sobre su visión del mundo de entonces, a modo de testimonio o memoria.

El año 1996 puede considerarse un posible punto de inicio a partir del cual comenzó a elaborarse una reflexión más sistemática acerca de la traumática experiencia dictatorial iniciada el 24 de marzo de 1976. Los diversos actos que se organizaron entonces para conmemorar el 20º aniversario de ese golpe de Estado –con una multitudinaria movilización en Buenos Aires y distintos puntos del país– dan cuenta de cierta maduración social para poder decir y

poder escuchar de manera más abierta lo acontecido en aquellos años de silencio y muerte. En torno a esa fecha aniversario, marcada por un fuerte clima de interrogación sobre el pasado reciente, se observa la edición de una abundante cantidad de textos dedicados a narrar, en clave testimonial y periodística, historias de vida atravesadas por la militancia revolucionaria de los años 60 y 70 y el terrorismo de Estado. Los libros publicados en el último lustro de la década del noventa intentaban recuperar las experiencias militantes de los hombres y mujeres comprometidos con la lucha armada y en cuyos relatos se evidencia la necesidad de explicar la derrota del proyecto revolucionario.

Un trabajo pionero en este aspecto fue la publicación de "Mujeres Guerrilleras" (1996) de Marta Diana, quien intentó reconstruir el destino de mujeres que habían participado en la lucha armada, algunas de las cuales había conocido en su adolescencia. La razón que la impulsó a escribir estas experiencias fue la noticia tardía sobre la desaparición de su mejor amiga del colegio secundario en Córdoba. Su libro parte de una pregunta: ¿qué motivos pudieron guiar a su entrañable compañera, "una muchacha pacífica, estudiosa" hacia la lucha armada? En su afán por entender esa decisión, Diana recupera los testimonios de otras mujeres que optaron por el mismo camino que su amiga desaparecida. Otro proyecto más ambicioso y acabado de éste género es la obra *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (1997-1998)*, publicada en tres tomos, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, que concede la palabra a distintos protagonistas de la década del setenta para reconstruir su iniciación y desarrollo en las organizaciones guerrilleras, desde distintos ámbitos de militancia política.

Este tipo de obras permitió que en forma gradual se empezara a plasmar la visualización del "desaparecido" no sólo como una víctima del terror estatal, sino como un cuerpo político y armado en acción, con valores éticos y morales pasibles de ser examinados históricamente.

En este mismo sentido, la conformación de HIJOS –Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio- en 1996, sin dejar de denunciar a los represores, también promovió un desplazamiento temático al restituir la condición de militantes revolucionarios de sus padres, razón por la cual habían se convertido en objeto de la acción represiva. Pese a estos nuevos enfoques que empezaban a circular en prensa o bibliografía periodística, y que diferentes instituciones públicas favorecían la “reconstrucción de la memoria”, las producciones académicas sobre el estudio de la guerrilla montonera comenzaron a emerger en forma lenta durante la primera década de éste siglo, con dos menciones primordiales. En *Política y/o violencia*, (2005), Pilar Calveiro elabora un ensayo sobre las prácticas políticas revolucionarias de las organizaciones armadas, y en especial de Montoneros. El abogado Eduardo Zamorano, en su tesis de Maestría e “Inteligencia Estratégica Nacional”, revisa la trayectoria de Montoneros en términos fácticos, ideológicos y políticos en *Peronistas revolucionarios. Un análisis político del apogeo y crisis de la organización Montoneros*, (2005).

Sobre el período específico que trabaja esta tesis (1976-1980), en los últimos años empezaron a cubrirse el vacío de información sobre la organización guerrillera después del golpe de Estado, y empiezan a reconstruir una visión aproximada las experiencias “setentistas” después del golpe de Estado, y antes de que fueran muertos, en combate, secuestros o centros clandestinos. En *Memoria de guerra larga. Un pibe entre cientos de miles*, (2001), Jorge Falcone retrata su vida como militante montonero. A través de *El tren de la victoria. Una saga familiar*, (2003), Cristina Zuker completa una biografía familiar sobre su padre –el actor Marcos Zuker- y su hermano Ricardo, un militante que intervino –como se verá en el capítulo 5- en el último pelotón de combate de Montoneros y fuera secuestrado y desaparecido en febrero de 1980. En *La resistencia después del final*, Marisa Sadi, también ex militante, focaliza su trabajo en la reconstruir las caídas de sus ex compañeros de los frentes de masas

universitarios. Adriana Robles, da cuenta en *Perejiles. Los otros montoneros*, (2005), da cuenta de su trayectoria en Montoneros, desde su iniciación en la militancia hasta integrar un pelotón de combate en la Columna Sur; Eduardo Astiz, en *La velocidad de las balas. Una historia de la contraofensiva montonera del '79*, relata en clave de novela su intervención en la Contraofensiva montonera en el año 1979. Por último, *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera* (2006), del autor de esta tesis, toma fuentes orales y documentales sobre ése período, y con una narrativa periodística, intenta "reconstruir la vida de hombres y mujeres sin historia, que quedaron marginados del canon de la memoria setentista".

Si los años '80 habían necesitado *deshistorizar* –o *despolitizar*– el pasado reciente de la década del setenta, las nuevas producciones se preocuparon por instalar la identidad militante de los "desaparecidos", no sólo para conocer la singularidad de sus experiencias sino también para elaborar un examen crítico sobre sus prácticas políticas asumidas. La historiografía, sin embargo, todavía no ha alcanzado un consenso en cómo deben ser reconocidos aquellos que en medio del proceso de devastación y extinción que les producía el terrorismo de Estado, continuaron enfrentándolo con las armas.

3. Introducción: las condiciones históricas antes del golpe militar.

Montoneros realizó su bautismo político en la década del setenta con el secuestro y crimen del general Pedro Eugenio Aramburu. Hasta entonces la organización guerrillera era uno más de los grupos armados que buscaba en el peronismo la clave de una revolución que permitiera liquidar el sistema capitalista y construir un nunca del todo especificado modelo de “socialismo nacional”.

A partir de entonces, Montoneros, en alianza táctica con los planes de retorno del General Juan Domingo Perón, fue gravitante para desestabilizar el régimen militar del general Agustín Lanusse y obligarlo a una convocatoria a elecciones. En su confrontación interna contra la ortodoxia peronista, representada en forma mayoritaria por el sindicalismo, Montoneros también intentó alcanzar el apoyo de Perón a sus proyectos revolucionarios. Sin embargo, la intención del Líder de conciliar intereses opuestos de todo el arco del Movimiento Peronista y poner fin a las hostilidades entre sectores, fueron profundizando las diferencias –de orden político e ideológico- que sostenía con Montoneros. La ruptura entre las dos posiciones se consumó en medio de una batalla verbal en el acto del 1º de mayo de 1974, y ya no hubo tiempo de reparación posible. La muerte de Perón marcó el final de Montoneros dentro del Movimiento Peronista.

Para ampliar el marco de referencia conviene recordar que desde setiembre de 1974 la organización guerrillera había pasado a la clandestinidad, como medida de “autodefensa” frente a los ataques de los grupos armados del sindicalismo ortodoxo y los elementos parapoliciales y paramilitares de la organización paraestatal Alianza Anticomunista Argentina (AAA), que utilizaban la estructura del Estado para llevar adelante sus acciones.

En los meses que siguieron, la clandestinización de Montoneros obligó a sus militantes a reducir o a anular su participación política en los espacios

públicos –fábricas, barrios, villas, universidades, etcétera-, y a especializarse en la práctica armada, en sintonía con la política de enfrentamiento, ya no contra sus “enemigos” de la ortodoxia peronista, sino “una guerra, aparato contra aparato” contra las Fuerzas Armadas.

Hacia 1975, la conducción montonera, en su estrategia de “guerra revolucionaria por la toma del poder”, comenzó a delinear una estructura centralizada de combate, como camino previo a la formación del Ejército Montonero. Durante ese año, en las denominadas “campañas militares”, Montoneros realizó más de un centenar de operaciones armadas contra comisarías, empresas, ajusticiamientos a policías, y también concretó la primera operación de relieve contra el aparato militar del Estado cuando intentó tomar del Regimiento 21 de Formosa, en octubre de 1975, con un saldo de 13 bajas propias y 10 conscriptos, un subteniente y un sargento primero del Ejército.

Tras esta acción armada, un decreto del Poder Ejecutivo, firmado por el senador justicialista Italo Luder, quien estaba en ejercicio de la Presidencia por licencia de Isabel Perón, y todos sus ministros, autorizó a las Fuerzas Armadas a neutralizar y/o aniquilar el accionar guerrillero.

El ataque contra un aparato del Estado, mucho mejor equipado materialmente y también cada vez más experimentado en la represión guerrillera, fue un indicador de que en la estrategia de confrontación, Montoneros empezó a desplazar todo su capital político acumulado en la militancia y en las movilizaciones populares, para la conformación de un poderío militar.

Las acciones de la guerrilla aceleraron la posibilidad de una intervención de las Fuerzas Armadas, una posibilidad que se agigantaba mes a mes por la desorganización social y política y el vacío de poder político que inmovilizaba al gobierno civil de Isabel Martínez de Perón, que no podía dar respuestas políticas ni económicas, mientras la ruptura en los hechos del “Pacto Social” – un acuerdo de congelamiento de precios y salarios entre el gobierno y las

corporaciones económica y sindical- aceleraba el desabastecimiento de productos alimenticios, la caída del salario real y del producto bruto interno.

Además, cada atentado guerrillero o de la Triple A –promovidos oscuramente por sectores de las Fuerzas Armadas- agravaba la escalada violenta, creando la impresión en vastos sectores de la sociedad de que sólo con la restauración del orden y la autoridad, podría terminarse con el caos político y económico que gobernaba la vida cotidiana.

Tres meses antes del golpe de Estado, a modo de anticipo del país que se avecinaba, el comandante en jefe del Ejército, Jorge Videla, declaró que “si es preciso, en la Argentina van a morir todas las personas necesarias para logra la paz del país”. Montoneros, que no desconocía los planes golpistas de los militares, no intentaron impedirlo. La conducción guerrillera creía que con los militares en el poder, el pueblo iba a desenmascarar al verdadero enemigo, porque consideraban que el gobierno de Isabel Perón impedía la visualización de los dos contendientes de la guerra: el Ejército y la guerrilla. Y cuanto más intensa fuera la violencia hacia el pueblo con los militares en el poder, mayor sería la conciencia popular para combatirlos. Esas eran las condiciones de “la guerra” que impulsaba a la conducción guerrillera a una confrontación directa con los militares.

A partir del 24 de marzo de 1976, cuando se produjo el golpe de Estado, los militares desplegaron un accionar represivo dispuesto a aniquilar no sólo a la guerrilla, que era un enemigo de poca envergadura frente al aparato militar de las Fuerzas Armadas, sino a un amplio entramado social asociado a la “condición subversiva”, en términos ideológicos o políticos, que era mucho más abarcador de quienes estaban involucrados en la lucha armada u organizaciones guerrilleras. Para los militares, el enemigo era todo aquel que, con su ideología a favor de un cambio social, pusiera en riesgo el orden nacional, identificado con los valores de la civilización occidental y cristiana.

En el capítulo 1 de esta tesis, se intenta profundizar el estudio sobre la línea militarista de Montoneros luego del golpe de Estado.

4. Capítulo 1. La línea militarista.

Apartados

- a. "Traición" y "Heroísmo": Un estudio sobre los casos de Roberto Quieto y Horacio Mendizábal.**
- b. El Ejército Montonero: aspectos teóricos, conformación y objetivos.**
- c. Las disidencias internas: las contradicciones con Columna Norte y la crítica de Rodolfo Walsh.**

- a. "Traición y "Heroísmo": Un estudio sobre los casos de Roberto Quieto y Horacio Mendizábal.**

El número uno de la conducción montonera Mario Firmenich preveía que la Organización perdería alrededor de 1.500 hombres durante el primer año de la dictadura en el poder. También creía que las pérdidas humanas no iban a alcanzar para extinguir a la Organización: la iban a regenerar. La represión militar conduciría a una etapa de mayor resistencia, con nuevos soldados y nuevos combates que provocarían el desgaste de las fuerzas de seguridad y la fractura del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

Un documento interno elaborado por el Consejo Nacional, organismo máximo del Partido Montonero, el 11 de noviembre de 1976 da cuenta que *"la cantidad de bajas se mantendrá en los ritmos actuales pero su incidencia cualitativa será sustancialmente inferior por la capacidad de regeneración y crecimiento político. El enemigo fracasará en su intento de cerco y aniquilamiento y nosotros avanzaremos en su desgaste y fractura"*¹.

Esta hipótesis de conflicto bipolar, con un enfrentamiento militar, guió la línea política de la conducción Montoneros contra el gobierno militar casi hasta el desmembramiento total de la Organización, en diciembre de 1980.²

Incluso antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976, Montoneros comenzó inscribir su política en el marco de una *"guerra popular y prolongada"*, con dos contendientes: por un lado, los montoneros, en defensa de la clase obrera y los intereses del pueblo; y, por el otro, los militares y la oligarquía rural pro-imperialista. Ése era el combate desde la visión de Montoneros. Una guerra y dos estrategias militares. La de la junta militar, que propiciaba una guerra corta, cercando y aniquilando a las fuerzas guerrilleras. Y la estrategia de Montoneros, una guerra larga, resistiendo la represión y manteniendo el hostigamiento constante.³

Esta estrategia de enfrentamiento con el enemigo estaba sustentada en dos supuestos: la confianza en el poder militar propio y el apoyo popular que obtendría el combate contra el gobierno militar. Como indicara en julio de 1976 el secretario militar de Montoneros, Horacio Mendizábal, en un documento denominado *"Política, organización y armas para la resistencia"*, *"...en esta guerra, como en toda Guerra Revolucionaria, lo que hace a los reaccionarios perder la voluntad de combatir no es la superioridad militar de los revolucionarios sino la movilización de las masas en la guerra, el enfrentamiento con el Pueblo utilizando todos los métodos de lucha. (...) Durante el desarrollo de esta etapa defensiva estratégica no nos planteamos el desarrollo de un Ejército de grandes dimensiones sino una fuerza militar suficiente para hostigar al enemigo en todas las zonas principales de nuestro país y con alta capacidad de combate"*.⁴

La escalada de violencia de Montoneros contra las Fuerzas Armadas fue en aumento desde fines de 1975, con la elección de blancos selectivos, que intentaron deteriorar su "centro de gravedad".

Después del ataque al Regimiento 29 de Infantería de Monte de la ciudad de Formosa, el 15 de marzo de 1976 Montoneros intentó ultimar al comandante

General del Ejército, general Jorge Videla, con la explosión a de un coche bomba accionado a distancia. El auto estaba ubicado en la playa de estacionamiento del Comando General de las Fuerzas Armadas. Explotó tres minutos después de que el militar ingresara al edificio.

El 2 de junio del mismo año, a través de un conscripto que pertenecía a la Organización y estaba realizando el servicio militar en la Marina, Montoneros colocó una bomba de 5 kilos de trotyl con un mecanismo de relojería, entre las macetas del jardín de la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA); fue descubierta por un jardinero.

Quince días después, Ana María González colocó una bomba de 700 gramos de trotyl debajo de la cama del jefe de la Policía Federal general Cesario Ángel Cardozo, en el barrio de Belgrano. El estallido le provocó la muerte. González había accedido a la intimidad de la casa por la amistad que le brindara la hija de Cardozo, su compañera de clase en el profesorado de Enseñanza Primaria.

Por último, otro atentado de fuerte impacto fue el ataque contra el edificio de Superintendencia Seguridad Federal de la Policía Federal (Ex Coordinación Federal) el 2 de julio 1976, con una bomba de 9 kilos de trotyl y 5 kilos de fragmentos de acero -una bomba "vietnamita"- colocada en el comedor de la planta baja de la sede policial. La bomba fue accionada por un dispositivo de relojería. Explotó siete minutos más tarde de la partida de un policía, que había sido dado de baja de la fuerza -pero todavía conservaba su chapa- y pertenecía al Servicio de Informaciones de Montoneros. La explosión provocó la muerte de más de 22 uniformados y sesenta heridos pertenecientes a la fuerza policial y algunos oficiales de inteligencia de la Marina.

Todas estas acciones de la línea militarista de Montoneros desencadenaron una intensa represalia por parte del Ejército y la Policía Federal.⁵

Luego de esta serie de atentados, hacia fines de julio de 1976, el jefe de la Secretaría Militar Horacio Mendizábal se permitió exhibir el potencial armado de la Organización en una reunión clandestina con el enviado de la revista española *Cambio/16* que se realizó en un salón de la Capital Federal, alquilado con el argumento de brindar una fiesta. En el encuentro, Montoneros presentó en forma pública los últimos modelos de lanzagranadas antitanque de diseño y fabricación propia de su Ejército. Las fotografías de la revista permitía ver a miembros de un pelotón de combate con metralletas y uniformados para la guerra. También fue presentada Ana María González, que fue entrevistada por el periodista español, junto a Mendizábal⁶.

A esas alturas, Mendizábal estaba en carrera ascendente dentro Montoneros, aunque por entonces cada ascenso no implicaba más que la caída en una cita, un combate o un secuestro. Un ascenso era un reemplazo. La multiplicación de las caídas hizo que la Organización abandonara la cautela en la promoción interna de sus cuadros. Cada cuadro se había convertido en un combatiente que llegaba para reemplazar a otro y se le exigía el cumplimiento de nuevas y mayores responsabilidades conforme lo imponía la realidad.⁷

El jefe del Ejército Montonero, Horacio Mendizábal, quiso ser cura de joven y empezó a estudiar como monaguillo, pero su hermano Marcial logró disuadirlo. Luego quiso ser abogado: en la Facultad de Derecho fue elegido presidente de la Juventud de la Democracia Cristiana. Fue orador en distintos congresos. Mendizábal era católico postconciliar. Pero el partido de doctrinas católicas –si bien tenía tendencias internas pro peronistas– resultó demasiado acotado para la exacerbación política de los nuevos tiempos. Mendizábal fue uno de los fundadores de la agrupación Descamisados. En sus inicios, en 1968, no empezaron siendo más que seis miembros y a inicios de 1970 ya conformaban más de un centenar de cuadros, en el proceso de agitación juvenil y popular contra los gobiernos militares de la “Revolución Argentina”. Como el resto de la mayoría de las organizaciones guerrilleras que reconocían a Perón

como conductor de "la guerra revolucionaria", Descamisados hizo su presentación pública a fines de 1970 con la toma de un cine en el suburbio bonaerense para proyectar un reportaje al General proscrito. Un año y medio más tarde la organización cristiana, humanista y popular se diluyó. Sus cuadros fueron absorbidos en forma individual por Montoneros y en esa absorción Mendizábal alcanzó la conducción de la Regional Buenos Aires.⁸

Durante los meses siguientes Montoneros y el General Juan Perón fueron transparentando sus diferencias ideológicas, que llegaron a un punto sin retorno el 1º de mayo de 1974, cuando las columnas de la organización guerrillera abandonaron la Plaza de Mayo. (Según el análisis retrospectivo de Montoneros, publicado en el órgano oficial *Vencer* nº 2/3, pag. 5, 1979, "*Perón buscó la lucha ideológica para antagonizar el enfrentamiento y ganar en la lucha política. Nosotros desechamos la lucha ideológica con Perón, para imponer la lucha política desde las aspiraciones de las masas orientadas por la definición ideológica. El resultado se manifestó el 1º de mayo de 1974 en la movilización de masas de la Plaza de Mayo. Allí impusimos nuestra estrategia sobre la de Perón, quien no dio respuesta a las aspiraciones de las masas e insultó al pueblo reunido en la plaza...*").

La política de militarización de Montoneros fue transformando a Mendizábal en un cuadro militar, especializado en la planificación de secuestros y atentados contra empresarios, militares e incluso contra un cónsul norteamericano. Había ganado prestigio en el interior de la Organización por un atentado a un general en la provincia de Córdoba. Dos años después, en agosto de 1975, con Perón muerto, su esposa Isabel en el gobierno y Montoneros en la clandestinidad, Mendizábal fue sorprendido por la policía en una casa con armas y explosivos; golpeado y torturado, lo alojaron en una cárcel de esa provincia. Le iniciaron un proceso judicial. Su hermano Marcial lo ayudó en el plan de fuga. Solicitó y logró que Mendizábal declarara frente al magistrado. Varios guardiacárceles lo condujeron esposado hasta el Juzgado, pero en el despacho del juez sólo lo custodiaba un policía. La formalidad de la

declaración indagatoria se vio interrumpida cuando su abogado defensor sacó una metralleta del portafolio, redujo al custodio y al juez, le quitó las esposas a Mendizábal y saltaron por una ventana hacia la calle. Un montonero que los esperaba en la vereda contuvo los disparos de la guardia. A tres meses de su detención legal Mendizábal ya estaba libre.⁹

Su fuga fue tomada como un ejemplo de audacia, valentía y conducta revolucionaria. En ese tiempo, cada caída empezaba a multiplicarse por cinco tras una sesión de tortura. Para preservar sus cuadros, la conducción montonera había recomendado llevar una pastilla de cianuro y eliminarse en defensa de sus compañeros antes que caer detenido. Las pastillas empezaron a fabricarse en serie. El imperativo era no caer vivo, pero las pastillas no debían entenderse como un sustituto del arma. Si había que caer, había que hacerlo combatiendo. Pero si no caían combatiendo ni tampoco lograban eliminarse por sus propios medios y quedaban atrapados por el enemigo, los montoneros debían sobrellevar la situación en silencio. Se decía que sólo una sólida convicción ideológica y una férrea voluntad de vencer podían ser soportes de los tormentos; era una precondition del heroísmo. "La tortura es un combate que se puede ganar. Aún en las peores condiciones es posible vencer al enemigo. Es un problema más de seguridad ideológica que de resistencia física", fue la arenga que lanzó la Organización en un artículo de *Evita Montonera*, nº 12.

Sin embargo esta convicción, o mejor dicho, ese discurso de heroísmo e indestructibilidad que se transmitía hacia el interior de la militancia, entró en contradicción cuando Roberto Quieto, uno de los jefes de la conducción montonera, fue secuestrado en una playa de Martínez, en la zona norte de Buenos Aires junto a su familia, a fines de 1975. El secuestro provocó un fuerte impacto en la militancia. Muchos informes de Unidades Regionales, conducciones de Columnas y Unidades Básicas de Combate sostuvieron que lo determinante en la "traición" de Quieto estaba en el propio ámbito de la

Conducción Nacional, que elaborara estrategias de guerra contra los militares pero vivía "atrapada en la cotidianeidad de los hábitos burgueses". La conducción prefirió individualizar en Quieto la responsabilidad de su conducta "burguesa" que posibilitó su caída aunque inició una intensa campaña nacional e internacional para legalizar su detención y reclamó que apareciera con vida.

Sin embargo, seis días después del secuestro, cuando percibieron que Quieto habría suministrado algún tipo de información a sus captores -que provocaron, como mínimo, la caída de algunos locales y una fábrica de armas- la Conducción solicitó al Consejo Nacional de Montoneros que le iniciara un "juicio revolucionario" en ausencia bajo el cargo de "deserción y delación". El 14 de febrero de 1976, Quieto fue encontrado culpable de esos delitos y se lo condenó a penas de "degradación y muerte, a ser aplicadas en el modo y oportunidad a determinar".

Por entonces, mientras Montoneros entendía que "la traición de Quieto" era un caso excepcional -siendo "la combatividad y el heroísmo" las conductas habituales de los cuadros montoneros-, Horacio Mendizábal era presentado como su contracara: había soportado la tortura sin delaciones y se había fugado de la cárcel con ingenio; en 1976, habiéndose eximido del servicio militar, por hiperhidrosis en las manos, Mendizábal quedó a cargo de la Secretaría Militar Nacional de Montoneros (SMN) y del Ejército Montonero.

Sin embargo, tres décadas después, la supuesta "traición" de Roberto Quieto empezó a ser revisada por ex cuadros militantes; ahora, su caída es puesta en el marco de un análisis más complejo que vuelven a poner en discusión la doctrina de Montoneros sobre la tortura y los verdaderos alcances de su "delación". Empieza a conocerse, además, que al momento de su secuestro Quieto se encontraba en un proceso de discusión interna con el resto de los miembros de la Conducción por la política militarista de Montoneros, además de estar inmerso en situación familiar irresuelta que pudo haber influido para que descuidara sus condiciones de seguridad.

Antes de profundizar sobre estos puntos, conviene destacar en forma breve algunos trazos de su militancia política. Quieto se había iniciado en la Federación Juvenil Comunista (FJC) y formó parte de la ruptura encabezada por Juan Carlos Portantiero y José Aricó y otros miembros de la revista *Pasado y Presente*, en 1963. Por entonces, un año antes, a los 24, se había recibido de abogado con medalla de honor. Luego tuvo una breve incursión en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) hasta formar parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Tras una detención en 1971, fue encarcelado en Rawson y fue uno de los jefes de organizaciones guerrilleras que participó en la fuga aérea del aeropuerto de Trelew. Desde el octubre de 1973, cuando se oficializó la fusión de las FAR con Montoneros, se lo consideraba "el número 3" de la conducción, detrás de Mario Firmenich y Roberto Perdía. En el ámbito familiar, su esposa Alicia Testai, con la que estaba casado desde 1964, no formaba parte de la Organización y tampoco estaba integrada a la vida clandestina. Su participación en la lucha armada, a partir de 1971, y particularmente por el pase a la clandestinidad de Montoneros en setiembre de 1974, fue conduciendo a Quieto a la separación, en los hechos, de la convivencia con su esposa, con la que tenía dos hijos. En 1975, la conducción montonera decidió el traslado de Quieto a Córdoba y su esposa prefirió quedarse en Buenos Aires para preservar la seguridad de sus hijos. Los contactos de Quieto con su familia se hicieron más esporádicos.

Los nuevos testimonios que reconstruyen los meses previos a su secuestro, dan cuenta de las disidencias internas en el seno de la conducción guerrillera: Quieto había hecho una evaluación negativa sobre la política militarista, que condicionaba el rumbo de la Organización y los conducía hacia la derrota. Para romper el aislamiento consideraba, en cambio, que debía ponerse el eje en la actividad política, ampliar los espacios de diálogo con otras fuerzas, fortalecer una oposición civil al gobierno de Isabel Perón, y promover

las elecciones anticipadas (originalmente estaban previstas para octubre de 1977), para impedir la irrupción de las Fuerzas Armadas al poder.

Si bien no hizo públicos los cuestionamientos en el interior de la Organización, ni a constituyó una facción o formalizó una ruptura, la certeza de que su voz no tenía incidencia para provocar un cambio de política, lo había conducido a un “desplome moral”. Según la observación de José Aricó, a quien Quieto visitó 15 días antes de su secuestro, *“era un hombre aniquilado... desconfiaba profundamente de lo que ese movimiento estaba diciendo pero (estaba) obligado a defender cosas absurdas como la creencia de que una confrontación frontal con el ejército podía llevarlos al triunfo. Eso no lo creía Quieto. Su detención es la consecuencia lógica de este desplome moral”*.¹⁰

A raíz de esta falta de convicción, y sintiéndose alejado del centro de las decisiones de Montoneros por sus diferencias políticas, Quieto fue haciendo cada vez más laxas sus condiciones de seguridad: viajaba a Buenos Aires, solo, sin custodia, y visitaba viejas relaciones –como el caso de Aricó o de Juan Carlos Portantiero- para conocer sus impresiones sobre la línea de Montoneros y las perspectivas a futuro, que dejaba en evidencia la crisis política en la que vivía.

Esta soledad también se reflejaba en el plano afectivo. Para contrarrestarla, en los últimos meses Quieto intentó recuperar los lazos familiares e hizo más asiduo el contacto con su ex esposa, hermanos y parientes. Como en los tiempos en que vivía en la legalidad, se reunía con ellos en lugares públicos. Al momento de ser secuestrado jugaba con su sobrino Manuel, de un año y medio, después de permanecer seis horas en espacio público. También había estado en esa playa la semana anterior.

Según la acusación del “juicio revolucionario” de Montoneros, -cargo por “deserción”- Quieto no había cumplido con el precepto “resistir o morir antes de la tortura” y -cargo por “delación”- había brindado información sobre dos locales (casas) de la Organización, en una de las cuales había un depósito con armas; además, también informó sobre citas en Córdoba a las que debía

concurrir dos días después, que habrían provocado la “desaparición de cuatro compañeros (un aspirante y tres colaboradores)”.

Para Firmenich el efecto de la sentencia contra Quieto tenía un mensaje de disciplina interno que servía para reafirmar la línea oficial. Podía interpretarse como, “no admitimos la delación aunque las torturas sean tremendas”.¹¹

Sin embargo, hay dos aspectos que la Conducción no consideró: el secuestro de Quieto fue realizado en un lugar público, y, tal como él mismo había instruido a su familia, si esto sucedía, se debía activar el mecanismo de denuncia a la policía, la prensa y la justicia. La noticia sobre su secuestro fue informada por Radio Colonia (Uruguay) en la misma noche de 27 de diciembre y publicada en dos diarios al día siguiente. Quieto habría brindado información 24 horas después de su caída, lo cual, al ya ser pública, reducía los perjuicios de la entrega de información a sus captores.

El otro aspecto, además, que la Conducción no valoró es que Quieto poseía información sobre infraestructura, finanzas, inversiones, prensa, logística, operaciones en marcha, domicilios clandestinos, etcétera, que, de haber sido transmitida a sus captores, hubiesen vulnerado “el centro de gravedad” de Montoneros y también hubiese comprometido la vida del resto de los miembros de la Conducción. Pero no lo hizo. Por último, la información de que Quieto habría provocado cuatro caídas en Córdoba, nunca precisadas por la Organización, es matizada en las nuevas indagaciones: con el nivel de caídas que se estaba produciendo en Córdoba en ese momento, es difícil establecer que se produjeron a partir de su “delación”¹².

Lo que dejó en evidencia la caída de Quieto es que el efecto que producía la tortura –cuya práctica empezó a aplicarse en secuestros a militantes entrado el año 1975 por grupos parapoliciales y paramilitares- no podía sublimarse sólo con vindicaciones al “heroísmo”. Un indicio de que la propia conducción dejó de considerar a “la fortaleza política e ideológica” como fórmula de resistencia

a situaciones límites, es que, tras la caída de Quieto, sus propios miembros comenzaron portar las pastillas de cianuro.

b. El Ejército Montonero: aspectos teóricos, conformación y objetivos.

En los últimos meses del gobierno de Isabel Perón, desde la perspectiva de Montoneros, el peronismo estaba "agotado y huérfano, sin conducción resignado y desorientado", según las definiciones vertidas en "El Consejo de Abril de 1976", que analizó las condiciones políticas posteriores al golpe de Estado. Según la evaluación, no había posibilidades para que las masas obreras y populares se movilizaran desarmadas contra de las Fuerzas Armadas sin que fuesen aniquiladas. En estas condiciones, el Ejército Montonero se había convertido "objetivamente en la vanguardia de la resistencia popular", la alternativa de resistencia que ofrecía hacer factible "la lucha de masas". El aparato militar de Montoneros funcionaba como un arma organizativa de oposición a la capacidad de las empresas de convocar a las fuerzas de seguridad del Estado para "eliminar físicamente a obreros en conflictos". Como contrapartida, el Ejército Montonero también se dispuso eliminar físicamente a los representantes de la patronal, "quebrándoles la capacidad de resistencia ante las demandas sindicales".

Siete meses después de estas consideraciones, la conducción montonera inició su retirada estratégica de la Argentina. Hacia marzo de 1977, preservó a algunos miembros de las jefaturas de las columnas Oeste, Norte y Sur y los autorizó a viajar al exterior. Sin embargo, varios centenares de combatientes montoneros permanecieron en el país dispuestos a resistir la política represiva de la dictadura militar, pero con una cada vez más reducida capacidad de contacto con la Conducción.

Para entonces –mientras se producía la retirada de los cuadros de Conducción-, el Ejército Montonero, bajo el mando de Horacio Mendizábal, ya tenía configurados los lineamientos políticos de sus acciones, sus tácticas y metodologías, y el funcionamiento interno de su estructura.¹³

Si bien es cierto que el Ejército no conducía la política concreta de Montoneros, al haber perdido la Organización había perdido el espacio legal y político, las armas se fueron convirtiendo en un recurso cada vez más indispensable. En ese aspecto, la SMN proponía una relación dialéctica entre los fusiles y las masas en la que la acción de cada una ayudaba a la realización de la otra.

Para unificar su política militar, el Ejército Montonero aplicó una conducción centralizada que le permitía controlar el funcionamiento de todos sus combatientes. Tenía bajo su cargo el desarrollo de las secretarías militares zonales; éstas, a su vez, eran responsables de las secciones militares. Debajo de estas, estaban subordinados los Grupos o Pelotones de Combate.

La estructura de SMN contaba con diferentes Departamentos y Sectores. Un Departamento de Logística, que se ocupaba del diseño, producción, distribución y depósito de armas y explosivos, y también de su compra. La Logística también incluía Sanidad, (material quirúrgico, casas para operar a los heridos). El Servicio de Informaciones (SI), ó Departamento de Informaciones, que debía detectar los blancos enemigos y hacer inteligencia sobre ellos. Trabajaban sobre sectores específicos: los empresas extranjeras y de la oligarquía, las Fuerzas Armadas, la Policía¹⁴. Los resultados de sus tareas luego eran transmitidas a los Grupos de Combate. Pero había excepciones: la explosión en el edificio de la Superintendencia de Seguridad Federal y el atentado al general Cardozo, por tomar dos episodios ya detallados, fueron producto de un trabajo combinado entre la Secretaría Militar y la Inteligencia, pero no actuaron pelotones de combate, sino quienes podían acceder a los blancos aprovechando debilidades en su seguridad.

El Servicio de Informaciones, además, tenía organizada una red de informantes clandestina –que era secreta incluso para el resto de los militantes– para que en forma “sistemática y regular” proveyeran información del “enemigo”. En un documento denominado “Canalización de Información al Servicio de Informaciones”, dirigido en forma específica a empleados telefónicos integrantes de Montoneros, el SI establece que su “compañero de enlace” debería tener una reunión semanal con el Servicio y proveer casas para establecer el encuentro.¹⁵

Una muestra de que la relación entre la SMN y el SI no funcionaba de manera armónica, lo pone en evidencia el documento de la SMN ya citado, en una crítica a la autonomía de su funcionamiento. *“Los Servicios, en general, determinan sus propios objetivos de búsqueda e investigación y en eso basan su producción, que no siempre responde a las necesidades políticas y militares de la Zona. Debemos lograr que sean las conducciones zonales las que determinen los objetivos a estudiar y en base a esto planteen a los Servicios las órdenes de búsqueda de informaciones”.*

En realidad, la lectura del documento marca con claridad que, al momento de su elaboración –diciembre de 1976–, nada funcionaba como ordenaban los imperativos doctrinarios de la SMN.

La metodología de secuestro-torturas-delación-muerte, en el marco de la estrategia de cerco y aniquilamiento, que aplicaba la dictadura militar estaba golpeando todas las estructuras de la Organización. Una caída en octubre de 1976 ya había provocado un daño de proporciones en la cúspide del Área Federal de Montoneros. Fue una victoria que se adjudicó la Armada no sólo sobre la guerrilla sino en su disputa interna contra el Ejército, para lograr la conducción de la represión ilegal.

Montoneros estaba impactado por los golpes que recibía. Informa el documento de la SMN: *“Las comunicaciones están penetradas por la inteligencia enemiga. Seguimos utilizando doctrinas y sistemas que tienen varios años y que el*

enemigo conoce totalmente. La Secretaría Nacional designará una comisión para elaborar un sistema diferente del actual, lo mismo debe hacer cada Secretaría Zona para sus comunicaciones interna”.

Los Servicios de Montoneros también producían información, pero las conducciones zonales no podían usarla. *“Debido a nuestras propias posibilidades militares en la etapa, son muy escasos los datos que podemos utilizar operativamente. Sin embargo, con todos ellos podemos aumentar considerablemente nuestra capacidad de acción psicológica. Esto no lo hacemos y desperdiciamos datos que duermen en los archivos de los Servicios a la espera de posibilidades operativas que tal vez no lleguen nunca”,* señalaba la SMN.

Desde el último trimestre de 1976, el ahogo que producía la represión hizo que las reuniones de las secretarías militares zonales empezaran a espaciarse. Se desarrollaban una vez al mes, durante dos días de encierro, para discutir sobre lo actuado y planificar las acciones futuras. Por tal razón el documento de la SMN propuso que los combatientes tuviesen el orden de temas por anticipado y eliminaran el item “varios”, que provocaba muchas discusiones internas. Se decidió que las objeciones debían tratarse en reunión bilateral entre el jefe y su subordinado.

Pese a su creciente debilidad, o debido a esta, la SMN llamaba a operar como fuese, sin esperar una orden específica, pero respetando la línea política prefijada: patronales, militares, policía. La elección de los blancos puntuales quedaba a criterio de cada Zona, de acuerdo a la propia realidad política. Pero era más importante la acción que la aprobación previa. Si había un error, después podía discutirse. No había que replegarse. Había que actuar. *“Es peor no accionar que hacerlo con incorrecciones”.* Sin embargo, pese al acceso libre para las operaciones, no se podía actuar de un día para el otro. Existía un mecanismo. Cada Departamento tenía que funcionar de manera sincronizada con otro. Si el enlace fallaba -y fallaban-, los combatientes se paralizaban. *“De nada vale que planteemos la autonomía de los grupos de Combate para la colocación de*

explosivos antipatronales si la unidad logística de la Zona no tiene capacidad para la fabricación, o la unidad de Informaciones no tiene medios para obtener direcciones de los patrones”, continúa el documento.

El criterio de la conducción montonera fue centralizar el dinero y las armas, como una forma de mantener el poder interno dentro de la Organización. Sin embargo, como se verá más adelante en éste capítulo, después del golpe de Estado, la fuerza de la represión impulsó a muchos combatientes a operar en forma autónoma y a ser menos dependientes de sus estructuras orgánicas.

El documento de la SMN hacía una advertencia sobre este punto: *“...debemos estar atentos a la correcta resolución de la contradicción centralización/autonomía, ya que si esto no sucede, la metodología propuesta sin unidad de concepción y centralización de la planificación llevará a la dispersión de la fuerza...”*. Mendizábal consideraba la tendencia “autonomista” como “peligrosa” porque podía conducir a la disolución de la estructura de Montoneros¹⁶.

Para la época en que fue elaborado el documento de la SMN, en diciembre de 1976, salir a la calle, responder a un llamado “de control”, o ir a una “cita de atención” ya implicaba dejar la vida librada a la voluntad del enemigo. De un día para el otro, un combatiente que dejaba un mensaje para una cita podía haberse transformado en un delator, por efecto de la metodología de represión clandestina del Estado. El temor en la militancia armada podía deteriorar el funcionamiento orgánico casi tanto como las mismas caídas. Por ese motivo, el documento de la SMN bajó una línea aclaratoria: *“Las citas se están cubriendo mal. Una cosa es la prudencia acompañada de una actitud combativa y otra es el miedo. Esto último, que es uno de los objetivos perseguidos por el enemigo, nos lleva a desengancharnos debido a la reticencia en cubrir las citas. Esta actitud debe ser combatida pues conduce a la dispersión de la fuerza”*. De este modo, los combatientes estaban obligados a cubrir la cita por más extraña que resultase, portando la pastilla de cianuro. Según se desprende del citado

documento, el sector de Sanidad del Área Federal había proyectado la producción de dos mil cápsulas. La cifra estaba en consonancia con las expectativas de Firmenich: 1.500 bajas propias durante el primer año del gobierno militar.

Hacia fines de 1976, Montoneros ya había lanzado la guerra a los militares pero su Ejército todavía estaba en proceso de constitución. Lo mismo sucedía con la elaboración del *"Plan de Instrucción para los Pelotones del Soldado"*.¹⁷ Todavía no estaba concluido, aunque ya se conocían los lineamientos básicos. El plan de instrucción para los que se sumaban al combate duraba tres ó cuatro días. Se realizaba en una casa clandestina, con un fusil, una ametralladora, pistolas calibre 9 milímetros o revólveres .38, granadas y lanzagranadas. Frente a la necesidad de personal, se habían eliminado los oficiales de instrucción con dedicación exclusiva. *"Esta resolución está motivada en la necesidad de personal"*. La instrucción pasó a ser responsabilidad de los jefes de pelotones. Para el primer día, el objetivo era que el soldado lograra familiarizarse con las pistolas. Carga y descarga. Tiro y posiciones. Coberturas. Usos tácticos. Segundo día: lo mismo pero con ametralladoras, fusiles, lanzagranadas. Práctica intensiva con cada arma. Ultimo día: transmitir criterios militares elementales para aplicar en el combate, sea éste una emergencia o un combate provocado. Sorpresa. Velocidad. Persecuciones. Retiradas con coberturas de fuego. El objetivo era que, después de tres ó cuatro jornadas de instrucción y partiendo de una solidez ideológica que se daba o debía darse por descontada, el soldado obtuviera confianza en sí mismo y tuviera ganas de salir al combate.

Pero además, del apuro –y la improvisación– en la formación del combatiente, Montoneros estaba atravesado por una crisis interna.

c. Las disidencias internas: las contradicciones con Columna Norte y la crítica de Rodolfo Walsh.

La necesidad de un debate interno en la Organización que discutiera las políticas adoptadas por la conducción montonera empezó a ser promovida en 1974 por Rodolfo Galimberti, quien llegó a conducir la secretaría militar de Columna Norte con el grado de capitán montonero. Con el argumento de "agilizar las estructuras", "participar de las decisiones" de la Organización, "descentralizar el poder" y lograr una "mayor autonomía operativa" de las Columnas, Galimberti y un grupo de miembros de Montoneros intentó acotar el poder de la CN. La explicación era que la Conducción, a partir del retorno a la clandestinidad de setiembre de 1974, había perdido "conocimiento territorial" y se había aislado de la propia fuerza que dirigía. Entonces, las columnas necesitaban manejar sus propias finanzas, contar con armamento propio y tener una práctica política y militar autónoma, basada en las necesidades propias del territorio. También, el hecho de que la Conducción convirtiera a los militantes públicos en cuadros armados y los obligara al pase a la clandestinidad, en sintonía con la política de militarización que se preparaba para el combate contra las Fuerzas Armadas, produjo otro enfrentamiento con Columna Norte. Estos sostenían que los militantes debían ser "cuadros integrales", es decir, que mantuvieran su militancia en los frentes de masas y tomaran las armas como presión política, ligado a un conflicto determinado. Otro de los puntos de discusión fue la forma de repliegue de los militantes frente a la represión. Mientras que Norte reclamaba dinero para que pudiera armarse una infraestructura de la clandestinidad, la CN respondía que el militante no debía depender del "aparato" sino replegarse en "las masas", barrios, villas o fábricas.

18

La Conducción no cedió a los reclamos de Columna Norte, que en los hechos hubiera implicado la pérdida del control político de Montoneros. Con la centralización del dinero, la documentación y las armas -las armas largas "bajaban" del Área Logística sólo par operaciones militares, y luego debían ser devueltas-, la conducción mantenía el control de sus estructuras internas.

Frente a la negativa oficial de acceder a cambios internos, Columna Norte promovió la realización de un Congreso Montonero que debatiera las diferentes posiciones que se originaban en las Columnas, para que pudieran oírse “los reclamos de abajo hacia arriba”. La respuesta de la conducción fue cambiar la jefatura de Columna Norte para neutralizar los conflictos internos y contener la pretensión de autonomía del grupo de Galimberti. La política de intervenciones oficiales a las Columnas y los traslados de los miembros más conflictivos hacia otras Columnas, fue una respuesta constante de la CN ante los reclamos de descentralización.¹⁹

Durante todo 1975 y buena parte de 1976, la posibilidad de la realización de un Congreso Montonero que ratificara o no la legitimidad de la Conducción fue la señal de la crisis interna que atravesaba la Organización. A la posición disidente de Norte, luego se plegó la Columna La Plata, en base a los mismos reclamos: descentralización y autonomía. También había sectores críticos al oficialismo en la Columna Oeste.

En la reunión del Consejo Nacional del Partido Montonero de Abril de 1976, la CN abrió la posibilidad de la realización del Congreso para definir la línea política y la designación de autoridades partidarias. Finalmente, en setiembre de 1976, la misma Conducción cerró esa posibilidad con el argumento de que la represión militar haría imposible la concurrencia de sus miembros: su realización hubiera significado un “suicidio político”. En cambio, la CN presentó un sistema de votación interna –restringido sólo a oficiales superiores, mayores, primeros y segundos, quienes, por su antigüedad, tenían “un conocimiento más acabado de las contradicciones existentes”-, como una fórmula para salir de las “desviaciones internistas”. La votación, en la que obtuvo el voto favorable de la mayoría, le permitió convalidar su hegemonía²⁰.

Como respuesta a la negativa a la realización del Congreso, en el interior de Columna Norte se discutió si debían renunciar a la Organización con un documento político y replegar los cuadros propios en el interior o exterior, o

continuar el combate contra la dictadura militar, pese a las diferencias con la CN, en virtud del compromiso moral con los caídos en la lucha revolucionaria. En algunos casos, los militantes se fueron del país en forma “inorgánica” –sin autorización de la Organización-, para alejarse de la Organización o luego reintegrarse a ella en el exilio. También, como represalia a los disidentes, la Conducción demoró o impidió la provisión de documentos y de armas a militantes de la Columna Norte. Sin embargo, preservó al propio Galimberti, quien se fue del país en forma orgánica, con una identidad provista por la Organización, en el verano de 1977 ²¹.

En un documento oficial –titulado “Nuestra práctica entre abril y octubre de 1976”, publicado en el número 2/3, de *Vencer*, pag. 17-27, 1979 y firmado por los comandantes Firmenich, Perdía, Yaguer y Mendizábal- la CN hace un análisis retrospectivo del conflicto con Columna Norte.

“El primer tema que motivó el estallido de las contradicciones fue el presupuesto. En torno a su discusión se libró toda una discusión entre la posición aparatista y la posición de asentamiento de masas para los cuadros del partido y del Ejército. La discusión surgió a propósito del monto que se destinaría para los rubros ‘vivienda’ (compras y alquileres), ‘locales de funcionamiento’ (compras), vehículos (compra y mantenimiento de recuperados), trabajo de los cuadros del Partido y del Ejército (trabajos reales o profesionalización de la militancia). Esta discusión incluía obviamente el monto total del presupuesto anual. A poco de desarrollarse la discusión fue girando del aspecto financiero hacia el contenido político de fondo”.

La CN acusaba de “aparatismo” a la Columna Norte por su pretensión de que la Organización –que en ese momento había acumulado un importante capital, producto del millonario rescate por el secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, de la empresa multinacional Bunge&Born- costeara el repliegue de los militantes y obreros en el interior del país, para que no quedaran expuestos a la represión militar en las fábricas, como en el caso de los astilleros Astarsa, en la zona norte del Gran Buenos Aires.

“...de haberse tenido presente la resistencia de masas en esta propuesta aparatista, se hubiera sostenido la transformación de nuestro Partido en el Banco Hipotecario Nacional, con el fin de solucionar el déficit de vivienda de la Argentina”, indica el documento de la CN.

En su libro *“De los bolcheviques a la gesta montonera”*, el histórico militante comunista y luego montonero Gregorio “Goyo” Levenson refiere un diálogo con Perdía, cuando le pidió dinero para una familia de exiliados, en el que el miembro de la Conducción expresa los fundamentos de la postura oficial.

*“Mirá –me dijo, mientras masticaba una lapicera de fibra- cuando se resolvió pasar a la clandestinidad éramos conscientes de que quedaban muchísimos compañeros desprovistos de seguridad. Solicitamos a las columnas que organizaran sus nuevas coberturas, que nos enviaran una lista de presupuestos para los distintos traslados, nuevas casas, locales operativos, etcétera, que los hubieran puesto a cubierto de la represión desatada. Las listas que llegaron eran catastróficas, los presupuestos sumaban millones de pesos. Entonces dimos marcha atrás en nuestro proyecto, no financiamos nada. No podíamos destinar tanto dinero para ese proyecto, nos hubiera dejado sin fondos para hacer política, y por otro lado, hubiéramos tenido a muchos de esos cinco mil militantes que se hubieran trasladado al exterior ‘rompiéndonos las pelotas’ en el exilio”.*²²

Otra de las líneas controversiales expresadas frente a la política de la CN fue la que presentó el escritor Rodolfo Walsh, entonces oficial 2º, responsable del área de Informaciones e Inteligencia de Montoneros. Walsh, en un *dossier* luego conocido como *“los papeles de Walsh”*, produjo una serie de cinco documentos entre noviembre 1976 y enero de 1977 como respuesta al *Informe sobre las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Ejecutivo Nacional de la OPM Montoneros*.²³

Las diferencias entre una y otra posición, estaban basadas en la táctica para el enfrentamiento contra las Fuerzas Armadas y la capacidad de represión de ésta; las visiones estratégicas sobre el repliegue de los miembros de

Montoneros y la caracterización sobre peronismo como aparato político, entre otros aspectos.

Sobre éste último punto, Walsh es crítico de la decisión de la CN de abandonar la lucha interna del peronismo y priorizar la línea militarista, que expresaba en su documento bajo los conceptos de "espacio", "tiempo" y "armas". Pese a que la CN hacía una corrección a su política de su "desviación militarista" de abril de 1976, continuaba con la misma táctica de ataques militares y hostigamientos. Según Walsh, las operaciones armadas debían estar "al servicio de la lucha política. (...) no para construir un ejército cuando todavía no tenemos ganada la representación de nuestro pueblo".

Sobre el repliegue de Montoneros, la CN evaluaba debía ampliarse el espacio político, replegándose hacia las masas y mantener la presencia en el espacio geográfico nacional, lo cual iba a obligar a las Fuerzas Armadas a dispersarse y erosionar su política de "cerco y aniquilamiento". Con esta estrategia, la CN suponía que obligaría a las Fuerzas Armadas a trasladarse a un espacio político popular (fábricas, barrios), forzándola a un enorme despliegue territorial en el que sería obligado a enfrentarse con todo el pueblo, también, por cual, dejaría flancos débiles y serían "fáciles presas para nuestro aniquilamiento".

Walsh era crítico con el planteo de "agotamiento del peronismo" y el acercamiento ideológico de Montoneros con el ERP-PRT y los intentos de construcción de la OLA (Organización para la Liberación de Argentina), que finalizaron con la muerte del jefe del ERP, Roberto Mario Santucho, en julio de 1976. Además, Walsh creía que las masas no era un espacio seguro para la militancia montonera, y por ende, replegarse en ellas significaba quedar en posiciones muy expuestas: "En los barrios, nos van a golpear más duro todavía", indica. Para él, Montoneros debía replegarse hacia el peronismo - donde se replegarían las masas, como ocurrió durante la "resistencia

peronista"-, al que no daba por "agotado" y lo consideraba "sujeto principal de la resistencia" junto a la clase trabajadora.

Por último, sobre las Fuerzas Armadas, mientras la CN creía que carecían "reserva estratégica" y, en cambio, Montoneros contaba, como reserva estratégica, "la totalidad del potencial humano del pueblo (...)". Para Walsh, a las FF.AA. le sobraban reservas tácticas y estaba preparada para encarar "la liquidación del aparato partidario" en el primer semestre de 1977. Esta apreciación marca las notables diferencias existentes entre la estimación de la CN y el Departamento de Información del que Walsh era miembro.

Como se verá en el capítulo siguiente, la política de exterminio del gobierno militar era mucho más acelerada de los que preveían los cálculos de la conducción montonera. Y tampoco existía posibilidad de que los combatientes "se regeneraran".

¹ Véase el "Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre de 1976". Documento en archivo del autor.

² Para la lógica binaria de Montoneros véase el ya citado *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Calveiro, p.158, Grupo Editorial Norma, 2005, Buenos Aires.

³ Véase declaraciones del jefe del Ejército Montonero Horacio Mendizábal, revista mexicana *Proceso*, nº 88, 10/7/78.

⁴ Publicado en el nº 14 del órgano oficial de Montoneros, *Evita Montonera*, octubre de 1976 y reproducido en *Documentos 1976-1977. Volumen I. Golpe militar y resistencia popular*, compilado por Roberto Baschetti, p.190, Editorial de la Campana, 2001, Buenos Aires.

⁵ Como represalia al atentado, la policía trasladó a militantes que permanecían detenidos en su poder, y no habían sido legalizados y los fusiló en distintos puntos de Buenos Aires: un garage en San Telmo, un estacionamiento en Congreso, e incluso hubo un fusilamiento en el Obelisco. En el mes de agosto de 1976, 30 detenidos ilegales de Campo de Mayo y de Seguridad Federal fueron dinamitados en un descampado de Fátima, partido de Pilar. Información provista por el Equipo de Antropología Forense (EAAF) y publicada por el autor en *Galimberti, de Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*. Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, págs. 269-270 y 273-274, Grupo Editorial Norma, 2000, Buenos Aires.

⁶ Reportaje publicado en *Cambio/16*, p. 40-45, 16-8-76, con el título "Los montoneros se explican". Es interesante observar que en esa etapa, Mendizábal marcara las diferencias de Montoneros con el peronismo: "Una cosa es la filosofía peronista y otra es el peronismo como identidad de la clase obrera y el pueblo, expresión de sus luchas. Nosotros somos claramente socialistas y queremos que el Movimiento Montonero permita la construcción del socialismo en la Argentina, cosa que Perón no permitía".

⁷ Después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 las caídas repercutieron con tal intensidad en los cuadros montoneros que en el organigrama de los grupos de combate, los grados militares se escribían en tinta pero los nombres de guerra se anotaban en lápiz. Era usual que en las reuniones de evaluación, que se desarrollaban una vez al mes, se borrarán los nombres de los combatientes que acababan de caer y

luego se realizaba una arenga para honrar su memoria. Entrevista del autor con "Ines", ex militante de Columna Norte. La información fue publicada en "Galimberti...", pág. 273.

⁸ El perfil personal de Mendizábal fue transmitida por su hijo Martín. Los orígenes de Mendizábal en Descamisados fueron transmitidos al autor por "Graciela", ex compañera de militancia de esa organización. La ocupación del cine "California" fue realizada el 20 de noviembre de 1970. Véase *Documentos (1970-1973) De la guerrilla peronista al gobierno popular*. Editorial de la Campana, Roberto Baschetti compilador, p. 96, 1999, Buenos Aires.

⁹ La valoración de la capacidad militar de Mendizábal fue relatada al autor por "Graciela". Para la fuga de Mendizábal de la cárcel de Córdoba, entrevista con su hijo. Véase también en *Evita Montonera* n° 12 un texto sobre Mendizábal titulado "La Conducta revolucionaria".

¹⁰ Véase el artículo "La traición de Quieto: 30 años de silencio", de Lila Pastoriza, publicada en la revista *Lucha Armada*, n° 6. La información sobre el impacto de su caída en la militancia, entrevista del autor con "Ines", ex militante de Columna Norte. Para la cuestión familiar de Quieto, entrevista a Guido Quieto, hijo del desaparecido jefe guerrillero.

¹¹ Véase entrevista de Felipe Pigna a Mario Firmenich, publicado en la página de internet www.elhistoriador.com.ar.

¹² En una visión en perspectiva sobre el "juicio revolucionario" Fernando Vaca Narvaja admite que "(Quieto) cantó algo. Si hubiese colaborado, si se hubiese pasado de bando, hubiese hecho estragos". Sin embargo, los ex miembros de la conducción continúan relacionando su caída a los "problemas familiares" y descartan la incidencia que pudo haber tenido su crítica política. Véase *Lucha armada*, n° 5.

¹³ La información sobre la organización y el funcionamiento del Ejército Montonero fue extraído del Plan Nacional para enero-abril 1977, elaborado por la SMN en diciembre de 1976. Documento en archivo del autor.

¹⁴ La política de aniquilamiento contra la Policía por parte de Montoneros fue susceptible de variaciones con el correr del tiempo. Si hasta mayo de 1975 estaban "condenados" aquellos policías que hubieran secuestrado, torturado o fusilado a militantes populares, o a aquéllos que se resistieran a entregar su arma "al pueblo", un semestre después, por su sola condición, cualquier policía pasó a ser un blanco de la Organización. Esta radicalización de la postura se advierte a través de *Evita Montonera*. En el número de mayo de ese año advierte que "no hemos atacado ni atacaremos a los policías que se limitan a cumplir sus funciones en el marco legal vigente. Sabemos que hay miles de agentes de policías peronistas, que no se han complicado, ni están dispuesto a complicarse en crímenes contra el pueblo. (...)". En el número 12 del órgano oficial, indican que la creación del Ejército Montonero suponía una guerra de desgaste frente a las fuerzas policiales. "(...) Esto significa el ataque (indiscriminado) contra todo representantes de las instituciones represivas (...)". Lo justificaban observando que "(...) cada hombre uniformado y armado – independientemente de su extracción de clase y de sus ideas- contribuye a la represión antipopular y es corresponsable de las atrocidades y asesinatos que comete la represión. Sin embargo, el documento de SMN citado, de diciembre de 1976, señala "dejaremos de accionar en el aniquilamiento individual de policías, salvo cuando sea con objetivos de recuperación. Estas operaciones que dieron un excelente resultado, pues afectaron de manera importante a la policía, dejaremos de ejecutarlas para volcar todo nuestro esfuerzo al apoyo de los conflictos de masas". Estos cambios permiten advertir que no había un criterio nacional unificado. En una circular del 30 de agosto del 77, el secretario militar de Capital Federal, "Raúl", admitió que hasta entonces existía un "aniquilamiento selectivo" a la Policía Federal (PF) para lograr una "fractura" entre los jefes y los cuerpos especiales y sus subordinados. Pero a partir de la fecha consideraba que todo desarme "será con aniquilamiento". El cambio de política estaba fundamentado en que "...nunca como en la campaña de febrero-marzo de 1976 (teniendo en cuenta todos los errores que se puedan haber cometido) hubo mayor índice de dispersión y desertión en los P.F.". La política tenía como fin quitarle la "bajar su moral y quitarles su voluntad de combatir", a la policía aunque hacía una excepción en los casos en que las circunstancias políticas no lo aconsejaban: "mantenemos la posición de no realizar ajusticiamientos que la población popular repudie". Según estimaciones aproximadas, Montoneros dio muerte a más de cien policías federales en su política armada.

¹⁵ Entre otros aspectos organizativos, el SI pide la remisión de una planilla cada 15 días en la que se compilen las informaciones obtenidas sobre el "personal enemigo: patronos, policías, militares, políticos reaccionarios, jefaturas de la empresa, etc" y también informaciones sobre la red de comunicaciones de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL) para sabotajes. Para ejecutar tareas de contrainteligencia, el SI pide información sobre "métodos conocidos que utiliza el enemigo para pinchar tubos" y los números telefónicos que están intervenidos. Por último, da una serie de indicaciones para el

procesamiento de la información: la misma debe ser escrita y fechada; debe estar consignado el nombre de guerra (o un código) de la fuente que la provee y también responder a qué centrales telefónicas tienen acceso, qué especialidades y qué tipo de información pueden canalizar sobre las áreas ya detallados: "red de comunicaciones", "personal del enemigo", "contrainteligencia". Otra tipo de información que canalizaba el SI era a través de los aportes de los militantes sobre controles de las fuerzas del orden, a fin de detectar su metodología. En un informe titulado "Control enemigo de documentación en viaje Capital Federal - Córdoba", provisto por una militante -codificada como cra. Mo. 1.2.2.-, se informa sobre un control del Ejército que ordenó el descenso de todos los pasajeros del tren en la estación Río Segundo, durante dos horas. En informe se previene cómo controlan los documentos -textura de la cédula, sello en el DNI-, el tipo de interrogatorio a los pasajeros que eran llevados a la sala de espera de la estación -procedencia, motivos del viaje, trabajo, etc-, y el chequeo visual con 25 ó 30 fotografías que poseía el Ejército con los pasajeros. Ambos documentos se encuentran en posesión del autor.

¹⁶ Véase *Los del '73*, de Jorge Lewinger y Gonzalo Chávez, p. 221, Editorial de la Campana, 1998, Buenos Aires.

¹⁷ Documento de dos páginas en posesión del autor.

¹⁸ Entrevista a "Inés" y "Pucho", ex militantes montoneros de Columna Norte, y entrevista a Roberto Perdí, ex jefe montonero. Parte de esta información fue publicada por el autor en el libro "*Galimberti...*", p. 276.

¹⁹ Véase "*Galimberti...*", p. 266-267.

²⁰ Las alternativas de la votación presentadas por la CN fueron dos: "*Alternativa 1: llevar adelante la planificación del Congreso reuniendo el Plenario del mismo en el verano 76-77; determinar las nuevas líneas ideológicas-políticas del Partido; designar a las nuevas autoridades que presenten a la verdadera manifestación política de la mayoría. Alternativa 2: Modificar la planificación del Congreso reuniendo el plenario del mismo en el verano 77-78; reafirmar la actual línea ideológica-política del Partido expresada en sus líneas centrales por el documento "Fundamentos del Plan Anual" surgido de la reunión del Consejo Nacional de abril de este año; legitimar la hegemonía política de la CN y el SN como expresión actual de la manifestación política de la mayoría en el plano organizativo*". El método de votación fue publicada en una circular de la CN de setiembre de 1976, denominada "Las contradicciones políticas existentes y su forma de resolución". Los oficiales disidentes de de Columna Norte cuestionaron la metodología por cuanto presentaba una "falsa opción". Por otra parte, en la circular de la CN citada se admite que "*el voto es un procedimiento de tipo excepcional en nuestra Organización, dado que la forma principal de la toma de decisiones en todos los diferentes ámbitos es la del consenso de sus miembros. Sólo en el Consejo Nacional, en alguna circunstancia en que no se pudiera sintetizar las posturas, se podría apelar al voto*". En archivo del autor.

²¹ Entrevistas a "Inés" y "Pucho", ex militantes de Columna Norte.

²² Véase, *op cit.* p. 209, Colihue, 2000.

²³ Para una lectura completa de ambos documentos, véase *Lucha Armada*, nº 5, 2006.

5. Capítulo 2. La resistencia.

Apartados

- a. El plan del enemigo.
- b. 1977. Las operaciones armadas.
- c. 1977-1978. La desintegración.

Circular Fecha 6-12-76

De: Secretariado de Zona Capital

A: todas las secretarías.

“En la semana anterior el enemigo nos hay provocado un número no determinado de bajas. Las que están confirmadas hasta ahora son las siguientes: 1. Secretaría de Organización; 2. Secretario de Propaganda y Adoctrinamiento; 3. algún o algunos oficiales de la Unidad Zonal de Informaciones; 4. un número pequeño aún no determinado de activistas y militantes.

No conocemos todavía el origen de todas las caídas, tampoco conocemos hasta el momento si existen más caídas de las que mencionamos más arriba. Estamos tratando de discernir qué estructuras y qué compañeros quedan en situación de seguridad comprometida. Este secretariado se hará responsable de la conducción de las Secretarías que hayan quedado sin jefe. Mientras procesamos esta situación, y teniendo en cuenta las experiencias similares vividas con anterioridad por nuestra propia zona y en otras zonas, hacemos llegar al conjunto de cros. Del Partido, del Movimiento y del Ejército, las siguientes instrucciones para que sean aplicadas con toda la rigurosidad que el momento requiere...”¹

a. El plan del “enemigo”.

Antes del golpe de Estado, en el ámbito de la conducción montonera circulaba la información, provista por Servicio de Informaciones, de que los militares tenían por objetivo la aniquilación de la organización guerrillera en un plan desarrollado en cuatro fases.

La primera fase, iniciada en 1975, consistía en reducir el apoyo logístico al accionar guerrillero en el interior del país, específicamente en la zona de Tucumán y Córdoba hasta lograr el “desmantelamiento militar” de la Organización en esa región. Para éste propósito, las fuerzas militares ya aplicaban detenciones ilegales y torturas en interrogatorios.

La segunda fase preveía concentrar la acción militar en barrios populares urbanos del Gran Buenos Aires, con rastrillajes, controles de vehículos, detenciones masivas, a fin de difundir el terror en la guerrilla, sus colaboradores, simpatizantes y familiares. En forma sucesiva, la represión militar tendría por objetivo el aniquilamiento de bases obreras de los centros industriales adheridas al proyecto revolucionario.

Por último, el plan contemplaba la destrucción total de la organización guerrillera en todo el territorio nacional e incluso a lo que denominaban "sus elementos residuales".²

El plan represivo se fue cumpliendo. Antes de fines de 1976, Montoneros ya tenía conciencia de la devastación que se estaba produciendo en sus estructuras. Soportando el peso de ataque militar, se propuso detenerlo. En un documento interno -citado en nota 1- y transmitido a los secretariados políticos zonales se indica que "*...el objetivo de nuestro accionar militar no consiste en el aniquilamiento de las Fuerzas Armadas enemigas, de sus Divisiones y Brigadas, cosa imposible, sino en desarrollar una fuerza militar que al hostigarlo imposibilitando su avance, contribuya a la acumulación de poder popular, alentar a la movilización del pueblo para la Guerra y a la construcción de un Ejército Popular*".

Montoneros caracterizaba la etapa de "cerco y aniquilamiento" por parte de la ofensiva enemiga y de "Defensiva estratégica" respecto de sus propias filas. En ese contexto, planteaba respuestas bajo diferentes aspectos: **El espacio:** obligar a la dispersión de la fuerza enemiga a través del hostigamiento permanente, para desgastarlo. **El tiempo:** evaluaban que las fuerzas represivas tenían desesperación por un triunfo rápido. Y a mayor tiempo de enfrentamiento, la fuerza del ataque sería decreciente y mayor el poder político y militar de Montoneros. **La operación:** consideraban que el enemigo estaba concentrado y con alto poder bélico, por eso debían dispersar su poder con operaciones defensivas de larga duración y sobre el interior de las líneas más débiles, utilizando el factor sorpresa.

b. 1977. Las operaciones propias

A lo largo del año 1977, del Ejército Montonero que se había propuesto encabezar la resistencia armada a la dictadura, sólo quedaban ajusticiamientos de empresarios y policías, hostigamiento a empresas del Estado, cargas explosivas a empresas multinacionales, reparto de material de propaganda política en paradas y en el interior de colectivos, volanteadas en misas, arengas a cuadrillas de obreros con la pintada "los trabajadores ferroviarios somos trabajadores de la Patria y no servidores de las botas", un sinfín de granadas que no estallaron y la ciega voluntad de no perder el empuje ni la iniciativa.

No hubo más atentados de magnitud como los realizados contra la Superintendencia de Seguridad Federal o contra el general Cardozo, pero sí relatos de frustraciones. El gran golpe nunca se produjo, pero desde la conducción montonera existía la creencia de que si llegara a producirse, la realidad podría transformarse. El secuestro y asesinato del general Aramburu, que los condujo a la primera línea del escenario político, fijó la idea de que un atentado podría cambiar el curso de una guerra que los estaba destruyendo.

En el año 1977, las conducciones de las secretarías militares zonales fueron objeto de un traumático proceso de extinción. Los pelotones daban el parte de sus bajas y se reacomodaban en nuevas estructuras. Pese a las caídas, los soldados continuaron el combate, con acciones armadas y de propaganda. Tenían la misión de golpear a las multinacionales y a todas las patronales en las que los obreros estuvieran en conflicto. Debían infundir miedo a los ejecutivos para que aceptaran las demandas y reivindicaciones laborales; notificarles que ya habían sido "condenados"; matarlos u obligarlos a irse del país. También sabotear el funcionamiento de las empresas estatales.

En el recuento de sus acciones, durante 1977, los grupos de combate del Ejército Montonero de la Capital Federal informaron que hicieron estallar un

explosivo en el estudio jurídico del ministro de Economía Martínez de Hoz; que lanzaron una granada en el patio del Regimiento I de Infantería de Palermo; explotaron “caños” en las oficinas de la empresa Siemens; ametrallaron concesionarios de Ika-Renault, Fiat, General Motors; domicilios de gerentes de empresa; asaltaron el restaurante *La Cantina de David* para recuperar dinero; hicieron estallar un transformador de energía de la empresa estatal de servicios eléctricos; en los rieles de las vías del ferrocarril Sarmiento; repartieron volantes en estaciones de trenes, bares, panaderías, y volvieron a reiterar las consignas de los tiempos de Lanusse: “*Luche y se van*”.

Entre hostigamientos, propagandas y acciones armadas, informaron centenares operaciones que se encuentran detalladas en el Parte Nacional de Operaciones del Ejército Montonero del primer semestre de 1977.³

Con menor intensidad, también operaron pelotones en la zona norte, sur y oeste de los suburbios de la provincia de Buenos Aires, haciendo blanco sobre los mismos enemigos y con los mismos recursos: cartas de acción psicológica, sentencias de muerte por vía telefónica, matando policías en ajusticiamientos casuales o para “recuperar” el arma, incendiando vagones de trenes, repartiendo propaganda en comedores obreros y hasta recuperando a un bebé de la Casa Cuna, cuya madre había caído. Fracasara o no, cada acción se contaba y se sumaba al parte de guerra.

En tanto, Horacio Mendizábal, que a principios de 1977 se había retirado de la Argentina, utilizaba las operaciones como instrumentos de propaganda en el exterior. A través de un artículo publicado en *Evita Montonera* de abril de ese año, incentivaba las acciones armadas: “*El aniquilamiento previsto por el enemigo para fines de 1976 no se logró y continuamos organizados y encabezando la Resistencia Popular. Ya comenzamos a percibir el efecto de nuestros sacrificios. La lucha de este año va dando sus frutos. El peor error que se puede cometer es parar el ataque cuando se empieza a debilitar al enemigo*”. Para plasmar sus palabras con hechos, anunció la

producción de armas propias: el nuevo lanzagranada LG22, granadas de mano G 5, fusiles G 40.

c. 1977-1978. La desintegración.

En la Argentina, para los combatientes que sobrevivían a la represión militar, la realidad era diferente a la que presentaba Mendizábal en el exterior: faltaba inserción política, faltaban armas y documentos falsos, faltaban casas para poder refugiarse. Un informe manuscrito del pelotón de combate "Mary Ferreira", del Ejército de Zona Sur (Columna Sur), reunido un viernes y sábado de enero de 1978, corrobora la precariedad de su estructura y de sus posibilidades operativas.

En un balance crítico de los últimos tres meses de funcionamiento, el informe de la reunión indica que *"en lo político y lo militar la producción fue pobre. Si bien teníamos conocimiento de las fábricas prioritarias de la zona (Saiar, Bernaleza, etc), al no tener puntas en ellas no supimos de qué manera dar a conocer nuestras propuestas. Esto pasó tanto en las fábricas como en los barrios"*.⁴ Aun así, los combatientes intentaban acercarse a los obreros: *"Por conocimiento indirecto sabemos de dos barrios con experiencia de lucha y trayectoria peronista. Por lo tanto la ofensiva enemiga fue brutal. Nos proponemos llegar ahí por medio de la propaganda masiva y casa por casa. Igualmente pondremos el peso de nuestro trabajo sobre otros barrios, que aunque no sabemos de la lucha allí desarrollada, le damos prioridad porque son asentamientos obreros"*.

En acciones armadas, dada la inexperiencia de los miembros del pelotón, se habían propuesto *"aniquilamientos individuales"*, pero no se cumplieron por errores de planificación, de modo que las acciones militares quedaron suspendidas, aunque dejaban expresa la recomendación de que *"a corto plazo, (debían) suplir la carencia de cortos (armas) avanzando en la tarea de inteligencia sobre (futuras) operaciones"*.

El resto del manuscrito sólo deja traslucir las ganas de superarse. Un soldado promete tomar lecciones de manejo de automóviles en una academia. Un compañero del pelotón dice que recibirá un curso de explosivos y luego lo transmitirá al conjunto. A su vez, le reclaman con urgencia al jefe de pelotón que consiga "buena documentación" para obtener trabajos, movilizarse y poder dejar a los hijos en las guarderías.

Los problemas internos en la conducción de los grupos armados de la zona también quedaron en evidencia. En la evaluación, el jefe de pelotón de la Sección, "R", fue cuestionado por no transmitir sus conocimientos políticos-militares. *"No está en condiciones de ejercer la jefatura"*, indica el manuscrito. Pero no había alternativas para su reemplazo: *"Teniendo en cuenta la falta de cuadros en el Partido, si no hay otro compañero para ocupar esa jefatura, creemos correcto que ("R") continúe, teniendo en cuenta estas limitaciones"*.

Por otra parte, la desmoralización en algunos combatientes fue lo más notable en la evaluación del segundo trimestre del año 1978 del Estado Mayor del Ejército Montonero de la Capital Federal. No se cumplieron con las pautas exigidas, Logística Nacional demoró la provisión del lanzagranadas LG 22 y, fundamentalmente, la caída de un teniente provocó otras caídas, desenganches y dos meses de inactividad. Las bajas no se recuperaron: no hubo nuevos soldados.

Desde la formación del Ejército Montonero en 1976, la calidad de los reclutamientos había ido en descenso. Pese a ello, o quizá por la necesidad de cubrir las bajas, los requisitos para transformar a "colaborador" en un "combatiente" se redujeron. *"Existe la concepción elitista según la cual la guerra la libran sólo los cuadros que reúnen determinadas condiciones políticas e ideológicas..."*, dice el informe del Estado Mayor Zonal de Capital Federal. Y enseguida negaba esa concepción. *"Nuestro Ejército es un Ejército de cuadros. No debemos descartar 'a priori' a ningún compañero como posible combatiente y además de tener claro el*

concepto de que: *“todo hombre del Pueblo que tenga acuerdos básicos con nuestra política y que quiera combatir contra la dictadura debe ser soldado de nuestro Ejército”*.

Sin embargo, los recaudos estaban relacionados con la seguridad, para evitar la infiltración. Como garantía de lealtad a lo que quedaba de la Organización en el país, los nuevos integrantes debían aportar una casa para las reuniones y sólo conocerían *“lo estrictamente necesario para cumplir con las tareas que se les asignen y además deberán realizar una práctica militar paulatina que culmine con su participación en la ejecución de un cana (policía)”*.

Durante los primeros dos años de resistencia armada, el Ejército Montonero de Capital Federal había perdido el 60 % de sus fuerzas, si se consideraban las caídas y los traslados que –como se verá luego en este capítulo- había ordenado la Secretaría Militar Nacional. Las caídas fueron tema de reunión del segundo trimestre del año 1978. *“Existe un costo de caídas de compañeros que necesariamente debemos pagar como resultado de la situación de enfrentamiento que vivimos. Este es el costo de la guerra. Pero hay otras caídas como las del traidor Mario, que originó la caída del subteniente Gustavo y el desenganche de dos soldados, que son el resultado de nuestros errores. En un documento de principios de noviembre de 1977, sostenía el compañero jefe del EMZ (Ejército Montonero Zonal): ‘Ninguna maniobra de por sí es inalterable para solucionar el ataque del enemigo. Lo que hoy nos sirve, mañana puede ser la fuente de nuestra destrucción. Si no pegamos el salto definitivo en lo organizativo nos va a costar muchísimo adecuarnos a las nuevas tácticas que van a pasar por la inteligencia, el cerco familiar y la infiltración’. Esta cuestión de las nuevas tácticas enemigas fue luego discutida y analizada por los jefes de Grupo de Combate; el ex teniente Mario, que conocía y había discutido y acordado estos análisis, visitó con su compañera y su hijo la casa de su madre sobre la que él sabía que existía una situación de grave duda. O sea que no sólo concurría a un lugar que no debía sino que lo hacía totalmente inerme”*.

Para este grupo que había realizado las operaciones de Capital Federal, durante el período evaluado, el déficit principal fue que no habían matado a

nadie ni tampoco habían “recuperado” armas. *“En el aspecto político, aunque incidimos y participamos militar y políticamente en los principales conflictos de los gremios de servicios, apenas logramos establecer algún tipo de relación directa con compañeros de esos frentes. En lo que hace a la propaganda fue pobre y la relación, nula. La comprensión de los caminos para establecer esta relación es el déficit más determinante”.*

Uno de los aspectos políticos más críticos que planteaba el informe era que tras una acción de propaganda en determinado conflicto, no se lograban alcanzar vías de contacto con los trabajadores. Montoneros fue arrastrando este déficit hasta llegar al aislamiento político. Es decir, si bien el Ejército Montonero seguía intentando la ejecución de sus acciones en “el reducto del enemigo”, no podía ejercer una capitalización política de la acción por la recepción negativa que generaban en sectores obreros, en los que en algún momento habían recogido adhesiones, y ahora intentaban reinsertarse.

Sin embargo, fiel a la política del enfrentamiento entre aparatos militares, los grupos de combate continuaron con atentados, como el hostigamiento a la casa del ministro de Defensa José María Klix y el lanzamiento de granadas “Energas” G-40 y G-70 contra el Regimiento 1 de Palermo, y también con atentados “antripatronales”, contra gerentes de multinacionales de la industria automotriz.

Para entonces, Montoneros ya tenía el Mundial '78 a la vista y una política militar que alternaba acciones armadas y de propaganda con resonancia pública, que el gobierno no pudiera ocultar, pero que, a su vez, no pusieran en peligro la vida de los periodistas, los espectadores ni de ninguna persona en general. El espacio autorizado para las operaciones armadas estaba marcado a 600 metros de los estadios.⁵

Un pelotón del Ejército Montonero de Capital Federal –denominado “Columna 34” fueron trasladados a Brasil y luego a Madrid, donde se reunieron con miembros del Estado Mayor del Ejército Montonero e hicieron un curso de

explosivos, pero la instrucción más importante se realizó en las afueras de París. En una residencia de campo, un miembro del equipo de custodia de la conducción montonera los instruyó en el uso del lanzacohetes antitanque soviético RPG7, que tenía capacidad de derribar a un helicóptero.⁶

Los RPG7 guiaron la Campaña de Ofensiva Táctica de Montoneros contra el gobierno militar durante el Mundial '78. Fueron introducidos en la Argentina por intermedio del mismo dueño de casa, un ciudadano francés que llegó al país en avión y luego retiró su automóvil que había trasladado en un barco del puerto de Buenos Aires. La misma operación se realizó con un ciudadano inglés, colaborador de Montoneros, que embutió los cohetes en su auto y lo envió por mar. Una vez en tierra, las partes de los RPG7 fueron trasladados a Mar del Plata y comenzaron a distribuirse desde esa ciudad. El 18 de junio de 1978 fue lanzado el primer RPG7 desde el techo corredizo de un Peugeot 504, que facilitaba el reflujo de gases que expedía de su parte posterior, apostado en Callao y Viamonte, de la Capital Federal. El cohete recorrió cien metros hasta golpear la sede del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército.⁷

La misma acción se repitió para golpear las paredes de la Casa de Gobierno, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) –donde había cientos de detenidos ilegales–, el Comando en Jefe del Ejército, la Escuela Superior de Guerra, la Escuela de Policía, la Comisaría 43ª y otras sedes de las fuerzas de seguridad.

El debut militar de los RPG7 fue “exitoso” para Montoneros pero no sirvió como acción de propaganda. El cohete liberaba la energía una vez que perforaba la pared. La conmoción por el impacto era sólo al interior del blanco. En la pared exterior, sólo quedaba un agujero de proporciones menores. En la Casa de Gobierno, mientras reponían el cemento, ocultaron los daños con una bandera argentina a primera hora de la mañana.

El cerco informativo de los militares también fue eficiente: los atentados no fueron publicados en la Argentina, aunque sí por la prensa extranjera. Sin

embargo, los RPG7 funcionaron como un aviso al gobierno militar para dejar de relieve que Montoneros no había sido “aniquilado”: todavía existía.

Después de las acciones los pelotones de combate se retiraron del país. Condecorado por Firmenich con la “Orden del Comandante Carlos Olmedo” por el rol cumplido por las fuerzas militares bajo su mando, Mendizábal se presentó en París para narrar los éxitos. De todas las acciones militares durante el Mundial '78, la que consideró “más espectacular”, fue una interferencia sobre el sonido de un canal de televisión en la zona de La Plata, que se escuchó en parte de la ciudad, que funcionó como un anticipo del instrumento de propaganda de las Tropas Especiales de Agitación (TEA), como se verá en el próximo capítulo. A través de la interferencia, por primera vez desde que la Organización pasó a la clandestinidad pudo difundirse un mensaje de Firmenich, quien dijo, sobre la imagen del partido Argentina-Francia, que *“no hay ninguna contradicción entre nuestro anhelo de ganar el campeonato mundial de fútbol y nuestro anhelo de voltear al salvajismo que se ha instalado en el poder... Argentina Campeón. Videla al paredón”*.

A diferencia de los informes que elaboraban los pelotones de combate que dejaban evidencias de la devastación que estaban sufriendo, Mendizábal hacía cálculos optimistas, alejados de la realidad local. Dijo que habían realizado 600 las operaciones del año 1977, que el Ejército Montonero estaba afianzando cuadros aguerridos, y con doctrinas, y que reclutaban como combatientes a obreros y estudiantes con formación política. A su vez, reveló que estaban enviando a través del correo mil mensajes por mes al Ejército Argentino, que eran leídos y discutidos “cada vez con mayor simpatía por la oficialidad”. En cuestiones de armamentos, ya habían fabricado 4.000 granadas de mano, 1.500 kilos de explosivos y 250 unidades del fusil lanzagranadas. Además de eso, recordó que a Montoneros tampoco le faltaba dinero para comprar armas. *“La táctica del enemigo contra nosotros no ha sido la infiltración sino la captura y tortura a fin de obtener las delaciones que, por cierto, han sido muy bajas a*

pesar de los refinamientos empleados. Es como tratar de acabar con un hormiguero matando a las hormigas una a una. Ahora (los militares) se dan cuenta que se han equivocado y buscan la eliminación de los jefes. Pero pienso que ya es tarde. Ya han perdido". Por último, también reveló cuatro atentados fallidos contra Videla⁸.

Mendizábal remitió al "éxito" de la estrategia de "guerra larga de desgaste". Consideró que los militares ya habían detenido su ofensiva y que la etapa de la resistencia activa ya había terminado: las fuerzas de seguridad no habían podido quebrar la voluntad de los combatientes, pero las fuerzas no alcanzaban para derribar a la dictadura militar. "La situación que se nos presenta es la preparación de la contraofensiva popular", dijo Mendizábal en los medios ya citados.

Las evaluaciones internas en las reuniones de los grupos de combate desmentían el triunfalismo de la conducción del Ejército en el exterior. El acta de la reunión del grupo "Wenceslao Caballero", menciona "el bajón productivo" del semestre enero-junio de 1978 como consecuencia de la desmoralización. No hubo regeneración de las bajas y la imposibilidad de aprovechar el espacio político que ofrecían los gremios. Y también se cuestionaba a su jefe, "Raúl" por su responsabilidad en el "desenganche" de otros compañeros⁹.

En el mismo sentido, el balance del grupo de combate "Héroes Montoneros", ex miembros de la Columna Oeste, también ponía en cuestión el desempeño de los jefes y reflejaba la problemática de las caídas a consecuencia de los secuestros y delaciones, la desmoralización de sus cuadros y la desertión.¹⁰ En la evaluación del semestre junio-diciembre de 1978, el grupo había perdido el 85% de sus fuerzas, "atribuidas en su mayoría a la delación de un oficial 1º y un oficial que ejercían puestos de conducción en la columna"; además el jefe y su esposa habían desertado. Estas pérdidas era un indicio de la débil seguridad de los grupos de combate. Si un miembro de conducción de una columna caía, las consecuencias podían sufrirla todos su subordinados.

Frente a las caídas, el grupo "Héroes..." criticó "conducciones intermedias", que eran digitadas "de arriba hacia abajo" por la Conducción Nacional y ejercían el autoritarismo "hacia abajo", para no responder a los cuestionamientos. El informe reclama que "alguien" –en implícita referencia a la CN- deberá hacerse cargo "de que los más asquerosos traidores" tuvieran niveles de conducción. Con la modalidad de un ejercicio democrático interno, contradictorio con el verticalismo de los cuadros del Ejército Montonero, el grupo "Héroes..." decidió degradar o reemplazar a todo aquel que tuviera la "oposición mayoritaria" de sus propios conducidos. También, para que no se produjeran caídas en cadena, se propusieron la conformación de pelotones autónomos de cinco hombres, y la disminución de las comunicaciones con una jefatura. La comunicación por citas y reuniones sería reemplazada por "la comprensión política" de la coyuntura y el desarrollo de la línea político militar, para esa coyuntura. En la cuestión Logística y Organización, esta política de creciente autonomía –que ya había planteado la Columna Norte antes del golpe de Estado, como se observó en el capítulo 1- consistía en "distribuir lo que se tiene y conseguir lo que no se tiene" para su funcionamiento: viviendas, depósitos, armamentos, dinero, movilidad, documentación y prensa (mimeógrafo). Es decir, descentralizar los recursos, alargar las citas y reuniones y colocar a cada combatiente de un pelotón en una situación de autonomía para mejorar su nivel de evaluación sobre la realidad.

En el plano de la concepción militar, a diferencia de las evaluaciones del jefe del Ejército Montonero sobre el freno de la ofensiva de las Fuerzas Armadas, el informe del grupo "Héroes..." marcaba una lectura diferente: el "enemigo" estaba desplegado en todo el territorio; había más patrullajes motorizados (patrulleros y de civil); más personal civil "mimetizado" (que encubrían su presencia); hacían masiva la identificación con la incorporación tecnológica del Digicom –que permitía reunir los antecedentes del detenido desde el mismo móvil policial- y se encontraban con una "buena moral de

combate". La táctica de la infiltración enemiga era conseguir la "traición" de un ex compañero. Otro de los aspectos en que el grupo ponía el foco era el efecto desmoralizador que provocaban las delaciones tras las caídas, y que afectaban la "voluntad de vencer" expresada por aquellos que, en cambio, habían callado en la tortura o habían combatido "hasta morir". La delación generaba una sensación de derrota difícil de superar.

"Luego de esta batalla en que hemos sido duramente golpeados –indica el informe–, debemos estar alerta para detectar sentimientos de desmoralización (...). Estos compañeros ante la vista de lo que ‘henmos perdido’ o ‘ya no tenemos’ ven al enemigo como ‘invulnerable, y pierden la fe en el triunfo fina. La desmoralización sobre nuestras fuerzas puede tener efectos serios que pueden ir desde la disolución hasta cierta “actitud suicida” que se refleja en la seguridad y el funcionamiento. En la convicción de que hemos sido derrotados, a muchos compañeros pareciera que le da lo mismo morir hoy que mañana, pues de cualquier manera piensan que van a morir: no organizan el funcionamiento de acuerdo a lo necesario; hacen las citas a cualquier hora y en cualquier lugar, con formas de encuentro y contraseña que el enemigo ya conoce de sobra; en cuestión de vivienda e infraestructura se construye precariamente y, por lo tanto las casas caen y los compañeros siguen yirando. O sea que en vez de reducir el blanco, se ponen a tiro. La desmoralización es fuente principal de traiciones y deserciones".

"Héroes..." proponía estrechar lazos de afectos que luego impidieran la delación al momento de la caída. *"La experiencia demuestra que no se canta al amigo y al compañero, pero sí al jefe o compañero ocasional del ámbito"*. También, como una muestra de elasticidad, preferían facilitarles la deserción a los más débiles en términos morales (que sólo pertenecían al grupo de combate sólo por temor a las represalias en caso de huída). Esta elasticidad de criterio –si bien no invalidaba la obligación del juicio previo y dictado de sentencia de un juicio revolucionario– evitaba que ante la caída "el débil" se quebrara y se convirtiera en "un seguro traidor".

La fe ciega en el combate, pese a las evidentes debilidades de la estructura, se mantenía de manifiesto al menos en la liturgia montonera con una lógica voluntarista disociada con la capacidad de la fuerza entre los enemigos que se enfrentaban: si la guerra eran “dos voluntades que se enfrentan, -indica el informe en su arenga-, la nuestra es la voluntad más fuerte. Resistir es vencer”.

A la altura de la fecha de la producción de este informe de una de las últimas estructuras montoneras que se mantenía en el territorio, la Conducción Nacional lanzó el Plan de la Contraofensiva Estratégica que se desarrollará en el capítulo siguiente.

Sin embargo, los grupos que se estaban preparando en el exterior para desarrollar su práctica de propaganda política y ataques militares contra la conducción económica, no preveían tomar contacto con los grupos de combatientes dispersos, que habían resistido al gobierno militar. Quizá porque ya no existían, y los que habían sobrevivido, no resultaban confiables.

En una evaluación de Montoneros, el militante Eduardo Astiz se preguntaba:

“(…) En 1979, ¿qué quedaba de la Organización? Casi nada. En realidad no quedaba ninguna estructura político-militar ni en la provincia de Córdoba, ni en Tucumán, ni en Mendoza, ni en Santa Fe, Salta, Jujuy, ni en ninguna otra provincia. Tampoco en ninguna región de la provincia de Buenos Aires. La Capital Federal fue traicionada por el ‘Pelado Diego’, Antonio Nelson Latorre, en mayo del ‘77, la poderosa Columna Rosario fue destruida y “chupada” también el en ‘77, las potentes columnas de Berisso, Ensenada, Lanús, Avellaneda y la Plata ya no existían. La Columna Norte había sido aniquilada tres veces. En síntesis, algo quedaba en algunos lados, pero por lo general, descolgado. Realmente en 1979 había que preguntarse ¿qué era Montoneros? ¿Un sello ovalado, un recuerdo o una máquina tragacarne?¹¹.

¹ Documento de Montoneros en archivo del autor.

² Documento de Montoneros en archivo del autor.

³ Documento de Montoneros en posesión del autor.

⁴ Documento de Montoneros en archivo del autor.

⁵ En diferentes artículos periodísticos se hizo mención a un supuesta "tregua" entre Firmenich y el almirante Eduardo Massera, integrante de la Junta Militar, que se habría formulado en París, Francia. Este supuesto constituye otro motivo "la leyenda negra" sobre Firmenich (véase nota 38 del cap 5 de esta tesis). Si ese pacto existió, no llegó a cumplimentarse porque hubo combatientes montoneros que atacaron a las fuerzas de seguridad durante el Mundial '78.

⁶ Entrevista a "Mario", ex miembro de Montoneros, asistente de la conducción e instructor del grupo de combate en Francia. Por entonces, a partir de marzo de 1978, Montoneros había resuelto la implantación de los uniformes y las insignias del Ejército Montonero, obligando a los combatientes al saludo oficial con la venia, a designar el grado militar antes de dirigirse a un superior, a solicitar su autorización para usar la palabra, y a las formaciones militares en casos de ascensos, condecoraciones y degradaciones.

⁷ Entrevista a "Mario".

⁸ Entrevista a Mendizábal publicada en la revista mexicana *Proceso* del 12/6/78 y la española *Cambio/16* del 9/9/78. Sobre los atentados fallidos, Mendizábal informó a la publicación española que "a través de un compañero que estaba haciendo el servicio militar en un regimiento colocamos una carga de dos kilos de explosivo plástico bajo el tablón del palco donde iban a estar presidiendo una celebración del arma de comunicaciones. Pusimos la carga igual a la tabla, la pintamos igual. Quedó perfecto. Tanto que el equipo de seguridad que revisó el palco no detectó nada. Cometimos un error, no tuvimos en cuenta la cronométrica puntualidad de los militares argentinos. La carga tenía un dispositivo. La ceremonia estaba prevista para las ocho de la mañana. Pensamos: bueno, comenzará ocho y diez y pusimos la carga ocho y veinte. La ceremonia por supuesto comenzó a las ocho en punto. Como además se largó una lluvia muy fuerte, se cortó la ceremonia. A las 8 y 15 terminó. Salieron del palco y cuando habían caminado unos cien metros, voló el palco en pedazos".

⁹ Documento de Montoneros en archivo del autor.

¹⁰ Documento de Montoneros en archivo del autor.

¹¹ Véase *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79*, Eduardo Astiz, p.240, Ediciones de la Campana, 2005, La Plata. Eduardo Astiz fue militante montonero y relató en el libro su experiencia con el Grupo TEI-II, en la contraofensiva montonera de 1979.

6. Capítulo 3. 1979. La Contraofensiva: Agitación y Propaganda.

Apartados

- a. Conformación y desarrollo de las Tropas Especiales de Agitación (TEA).**
- b. La ruptura de Galimberti y la disidencia del Grupo I de TEA.**
- c. Las caídas.**

a. Conformación y desarrollo de las Tropas Especiales de Agitación (TEA).

En el año 1977 Montoneros había establecido en Beirut, después de cuatro años de relaciones con la Organización de Liberación Palestina (OLP). Al principio fueron contactos políticos con un delegado palestino en Europa, luego se firmaron acuerdos de logística, documentación y transporte de armas¹. Finalmente la cooperación mutua entre las dos organizaciones se hizo pública en mayo de 1977 cuando el líder árabe Yasser Arafat recibió en Beirut a los comandantes Mario Firmenich y Fernando Vaca Narvaja. Montoneros, que sumaba el apoyo internacional de partidos y organizaciones socialdemócratas y de izquierda, presentó la foto como una victoria política.

El acuerdo con los árabes tenía una cláusula secreta, el aspecto militar. La OLP, a través de su facción interna Al Fatah, ofrecía campos de entrenamiento, instructores militares y misiles RPG7, entre otros armamentos. Montoneros, por su parte, instalaría en el sur del Líbano una fábrica de explosivos plásticos cuya producción quedaría bajo el mando de un técnico argentino, un ingeniero químico que contaba con un doctorado en explosivos en el exterior.

A un año y medio de la firma, en setiembre de 1978, los acuerdos se estaban cumpliendo, pero fueron puestos en riesgo por el propio jefe del Ejército Montonero, Horacio Mendizábal, en una visita a Beirut.

Vestido con el uniforme y sus insignias, Mendizábal recorrió la región sur del Líbano y luego fue recibido por el jefe militar de Al Fatah, el comandante Abu Jihad, y entabló con él un diálogo de "comandante a comandante"; Mendizábal se sentía muy cómodo en Beirut, al punto que cuando Al Fatah le ofreció su oficina de la secretaría de Relaciones Exteriores para un encuentro con la prensa, sintió que estaba habilitado para poner en relieve la dimensión que –decía- estaba tomando el Ejército Montonero e hizo pública la cláusula del acuerdo militar. Habló de los RPG7 utilizados durante el Mundial '78, mencionó la fábrica de explosivos e incluso situó geográficamente su ubicación.² A partir de allí, la información provocó la acción conjunta de la inteligencia israelí y la argentina –el Mossad y el Batallón 601 del Ejército Argentino-, quienes comenzaron a intercambiar datos sobre la fábrica de explosivos y la base montonera en Beirut.³

¿La revelación fue un acto involuntario de Mendizábal? ¿Mendizábal aprovechó el escenario para presentarse como la figura de mayor relevancia de Montoneros luego de las operaciones militares en el Mundial '78? Estas hipótesis fueron difíciles de establecer, pero sea como fuere, Mendizábal no pudo volver más a Beirut, que era la base de entrenamiento militar, y, por ende, perdió el mando del Ejército Montonero. Después de que fuera apercibido por Firmenich en Cuba, Mendizábal empezó a preparar su regreso a la Argentina para conducir las Tropas Especiales de Agitación (TEA).⁴

Montoneros puso en marcha la Contraofensiva desde el último trimestre de 1978 y fue aprobada en un plenario en enero de 1979 en un convento en el norte de Italia.⁵ Según el análisis de la Conducción Nacional había distintas razones políticas que –según su perspectiva- lo justificaban.⁶ Primero, la dictadura militar no había podido cercar ni aniquilar a la resistencia armada y

pese a las bajas, los combatientes se habían regenerado. *“Hicimos fracasar (la estrategia de aniquilamiento) porque nuestra fuerza tuvo el suficiente heroísmo en su capacidad de combate y la suficiente capacidad de maniobra estratégica para evitar el aniquilamiento y mantener la resistencia hasta lograr que se fuera masificando la resistencia obrera, en forma paulatina y creciente, hasta transformarse en fuerza con capacidad de contraofensiva”*.

Es decir, la CN resalta la capacidad operativa de los combatientes que permanecieron en el país, cuyos informes –ya desarrollados en el capítulo 2– muestran las evidencias de un progresivo estado de desmantelamiento de las estructuras.

Por otra parte, el Boletín de la CN coloca a los cuadros montoneros como partícipes de los conflictos obreros, cuando distintas fuentes documentales expresan la dificultad que tenían los cuadros para acercarse a las bases de trabajadores.

Dice el boletín número 10 de la CN: *“Para fines de 1977, cuando según sus planes estratégicos (del gobierno militar) nada debía quedar como fuerza de oposición a la dictadura, centenares de miles de trabajadores en huelgas casi simultáneas, con nuestra presencia política en la agitación e inclusive en la conducción de parte de ellas, con nuestra presencia militar en el sabotaje de apoyo a las mismas, acababan definitivamente con esta estrategia...”*.

Según la perspectiva de la CN, aunque era cierto que la resistencia no se había extinguido, también lo era que se había agotado en su propio triunfo y era insuficiente como estrategia de poder. En conclusión: necesitaba de un impulso desde el espacio exterior.

Otra de las justificaciones para impulsar el retorno era “el salto cualitativo” de la lucha de los obreros en las plantas fabriles del conurbano bonaerense. Si la clase obrera resistía la política oficial de reducción salarial para hacer más “eficiente” la economía argentina, delineada por el plan de José Alfredo Martínez de Hoz, a Montoneros le correspondía revalidar ante las

masas su existencia como partido revolucionario, es decir, revalidar su rol de vanguardia. La resistencia armada por sí sola podía conducir a la derrota. Montoneros, como protagonista en la historia social y política de la Argentina de la década del setenta, consideraba que no podía perder su identidad como Organización: la Contraofensiva era la única posibilidad de continuar en el camino del triunfo⁷.

La maniobra de la Contraofensiva estaba contenida en un plan de acción que comprendía tres fases, descritas en el boletín ya citado: concentración, aproximación y ataque. La primera fase consistía en el reagrupamiento de las fuerzas propias y demandaría seis meses, de noviembre de 1978 a abril de 1979. A fin de reclutar militantes, Montoneros impulsó convocatorias en México y Europa. Uno de estos encuentros se concretó en vísperas de la Navidad de 1978 en un local del Partido Comunista Español de Madrid, donde concurrió el número dos de la Organización, el comandante Roberto Perdía. Frente a casi un centenar de exiliados, Perdía hizo una convocatoria abierta para el retorno. Su análisis no variaba de lo ya expresado por la CN: dijo que las Fuerzas Armadas habían fracasado en su intento de desmantelar el aparato industrial y las bases de poder sindical y que un golpe importante sobre la dictadura provocaría fisuras en el proyecto económico y la obligaría a retroceder.

Para aquellos que se mostraran interesados en participar del retorno pero que a su vez requirieran información más detallada, la Organización dispuso de varios cuadros propios para conversaciones personales: bastaba con que el militante volcara en una urna su nombre y apellido y la dirección de sus casas. En esta instancia, la privacidad del encuentro propiciaba la exposición de análisis más triunfalistas sobre el retorno. Uno de ellos era que apenas se produjera una acción armada de Montoneros, "la gente va a empezar a tirar los cadáveres de los militares por los balcones". Pero había otras visitas privadas donde los análisis eran tan mesurados como inciertos: "cuando llegemos a la Argentina, vamos a ver qué pasa"⁸.

Por razones de seguridad, la información sobre los planes de la Contraofensiva continuó siendo reservada. Al militante se le explicaba que si tomaba la decisión de regresar, debía dar cuenta a sus familiares de que perderían contacto con ellos durante varios meses; se entrenarían en una casa que funcionaría como un cuartel, en el que obtendrían mayores precisiones, pero había una información clara: una vez que se ingresara a ese cuartel, sería muy difícil volver para atrás.

La mayoría de los militantes que se enrolaron en la Contraofensiva montonera habían sido detenidos durante el gobierno de Isabel Perón; nunca fueron sometidos a proceso judicial y lograron la libertad durante la dictadura, cuando escogieron la opción de irse del país más allá de sus fronteras. Fueron desterrados. La policía los llevaba desde la cárcel hasta la butaca del avión. La Contraofensiva también permitió a los militantes que habían quedado "desenganchados" y escaparon del país por sus propios medios, la posibilidad de reintegrarse a la Organización. Tanto la caída de sus compañeros en la Argentina, como la cárcel y el exilio, los había dejado desprotegidos afectivamente. Los militantes no tenían dinero ni tampoco otro objetivo que no fuera el de subsistir en sociedades con códigos de vida muy diferentes a los que estaban habituados. Para los militantes, Montoneros significaba la vida misma. Quedar fuera de ella implicaba romper con su historia personal, un vacío difícil de soportar. Frente a eso, Montoneros representaba un sostén que les permitía reconstituir su personalidad y su ideología, recuperar su ahora debilitada moral revolucionaria y convertirse, otra vez, en militantes dispuestos a volver a la batalla y dar la vida en ella.⁹

España y México fueron las bases centrales del reclutamiento para la Contraofensiva. Los dos países implicaban un destino diferente. De España, luego de un mes de entrenamiento físico y capacitación política, se volaba a Beirut para convertirse en un combatiente y formar parte de las Tropas Especiales de Infantería (TEI). En México, el reclutamiento los transformaba en

integrantes de las Tropas Especiales de Agitación (TEA). Ambas estructuras no compartirían la información de sus objetivos y logística ni tendrían ningún punto de contacto entre sí en territorio argentino. La Organización decidía en cuál de ellas enrolaba a sus militantes. Según los pronósticos políticos de la conducción, para la Contraofensiva del año 1979, organizada bajo el lema "Conquistar poder sindical es vencer", tanto las TEA como las TEI actuarían en un contexto social que preveía movilizaciones obreras a Plaza de Mayo y enfrentamientos callejeros. Mientras las TEA promoverían la agitación y propaganda, las TEI actuarían en un espacio y un tiempo diferenciado: primero golpearían militarmente las redes de transporte y comunicaciones para generar el caos y luego atacarían contra la vida de distintos miembros del equipo económico. Montoneros pensaba que si se golpeaba sobre el centro articulador del poder, además de obtener la simpatía de las masas, la estructura de la dictadura se derrumbaría.

b. La ruptura de Galimberti y la disidencia del "Grupo I" de TEA.

La formación física, política y militar de los grupos TEA en México quedó bajo responsabilidad de Horacio Mendizábal, luego que éste perdiera la conducción del Ejército Montonero. El primer pelotón fue preparado con cierto apremio en una casa en las afueras de Cuernavaca por la intensificación de los conflictos en la Argentina. Fue un pelotón de avanzada, el primero que se aproximaría al territorio de la batalla. Los hombres de "enlace" entre el pelotón TEA (denominado "Grupo I") y Mendizábal fueron "Carlón", Eduardo Pereira Rossi, de la Secretaría de Agitación y Propaganda y "Gerardo", Adolfo Regino González, quien como miembro de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Montoneros, había vivido en Tanzania. Como las TEA debían realizar acciones de propaganda, la capacitación en el uso de los equipos de interferencia (RTLTV)

estuvo a cargo de un técnico electrónico, quien a su vez era el responsable técnico de Radio del Continente, asentada en Costa Rica, que difundía información sobre Montoneros hacia América Latina. Los aparatos RTLV fueron probados en barrios marginales del Distrito Federal¹⁰.

Además de la conformación de los pelotones de Agitación y Propaganda (TEA) y de Infantería (TEI), la Contraofensiva preveía la avanzada de un Comando Táctico Adelantado, integrado por las ramas política, sindical, femenina y de juventud, que dependía de la Secretaría Política del Partido Montonero a cargo de Roberto Perdía, y tenía la misión de realizar contactos con obreros de la zona norte bonaerense y utilizar los mensajes de Firmenich como herramienta de trabajo político. Pero la maniobra sufrió un escollo inesperado: poco antes de ingresar al país, en febrero de 1979, el líder de ese Comando Táctico Adelantado rompió en forma sorpresiva con Montoneros y se dedicó a realizar una tarea de contrareclutamiento de militantes para impedir que se alistaran a la Contraofensiva. El movimiento rebelde fue liderado por Rodolfo Galimberti, el ex capitán de Columna Norte y primer contacto político de Montoneros con Juan Perón en 1971. Entre los disidentes se encontraba el poeta Juan Gelman, que integraba la Secretaría de Relaciones Exteriores del Partido Montonero al momento de la ruptura, y una serie de cuadros cooptados con sigilo en forma simultánea a la preparación de la Contraofensiva¹¹.

La ruptura de Galimberti alteró la maniobra original de la Contraofensiva pero no alcanzó a detener el plan de ataque. La Conducción no estaba dispuesta a discutir una crisis interna que venía postergando desde hacía casi cinco años – como se observó en el capítulo 1-. En cambio, entrevió en los conflictos obreros la oportunidad de presentarse ante las masas como una alternativa de conducción revolucionaria. La realización de la Contraofensiva se convirtió en un desafío para afianzar su continuidad como Organización. Subyacía la idea de que Montoneros estaba por delante de todo. Podía perder militantes pero no podía poner a riesgo su existencia. Entonces, frente a la disidencia de

Galimberti, la Conducción decidió anular la avanzada del Comando Táctico en la zona norte y dejó flotando en la incertidumbre al pelotón del "Grupo I" de TEA -que ingresó a la Argentina en febrero de 1979 en coincidencia con la ruptura-, porque sospechó que habían sido infiltrados por "los desertores"¹². Los militantes contaban con documentos y dinero provistos por la Organización, pero hasta que no fueran considerados "leales", la Conducción decidió no enviarles los aparatos de interferencia para las acciones de propaganda a depósitos de guardamuebles, ni tampoco las armas que debían llegar desde Panamá por vía terrestre. La espera acrecentó el riesgo. Aun así, "Gerardo" recurrió a un colaborador montonero del suburbio bonaerense que le proveyó un revólver Luger calibre .22 y un aparato de interferencia deteriorado que logró reparar. El 11 de marzo de 1979, el "Grupo I" de TEA realizó su primera acción: transmitió una proclama montonera en conmemoración del sexto aniversario del triunfo peronista en las elecciones de 1973. La novedad alcanzó repercusión en México y permitió reducir la desconfianza de Mendizábal sobre "Gerardo". Finalmente, la interferencia del 27 de abril en apoyo a la primera huelga nacional contra la dictadura, convocada por un sector de la burocracia sindical peronista, disolvió las dudas originales que podían existir sobre la influencia de Galimberti en el "Grupo I". Entonces llegaron a Buenos Aires los aparatos y las armas.

Horacio Mendizábal llegó a la Argentina en la fecha prevista para la segunda fase, la aproximación al campo de batalla, mayo de 1979. La Contraofensiva le permitió reunir en Buenos Aires a su pareja, su ex esposa y sus hijos. Hizo algunas visitas familiares y poco después, Mendizábal se instaló a 70 kilómetros de Buenos Aires, con la cobertura de un repartidor de galletitas "Ortiz" que llegaba del interior del país¹³.

Al margen de los grupos TEA, Mendizábal contaba con dos hombres de apoyo en la conducción de la estructura política. Uno de ellos era Armando Croatto, quien había sido electo diputado por la Juventud Peronista (JP) en 1973

y renunció a su banca a principios de 1974 junto a otros siete legisladores. Como secretario de la rama sindical del MPM, Croatto intentó reactivar sus contactos con antiguos militantes de la zona sur. Su cobertura fue trabajar en el comercio de un amigo en el centro de Buenos Aires. Si bien era cierto que ni su visión general sobre la realidad argentina ni su observación particular sobre la lucha sindical se condecía con la evaluación teórica que se había transmitido en el exterior, pensaba que con el trabajo a largo plazo la situación podía llegar a cambiar¹⁴. El otro era "El Gallego Willy", Jesús María Luján Vich, un cuadro surgido entre los seminaristas de la provincia de Córdoba, perteneciente a una de las células fundadoras de Montoneros. "Willy" llegó a la Argentina para realizar tareas políticas y de propaganda. Había instalado en su casa un mimeógrafo para imprimir panfletos de Montoneros. Su misión era lograr que se distribuyeran en las fábricas.

A la llegada de Mendizábal a la Argentina, nada del Ejército Montonero que él había conducido y que se había constituido como la resistencia armada contra la dictadura, estaba en pie. La última estructura, de Columna Sur, había sido desmantelada en diciembre de 1978, con la caída de seis combatientes. Sin embargo, una célula que había quedado "desenganchada", hizo un contacto para ir a México y empezaron a entrenarse en 1979 para conformar el segundo pelotón TEA (Grupo II). Retornaron al país seis meses más tarde, bajo la jefatura de Eduardo "Carlón" Pereira Rossi, para instalarse otra vez en la zona Sur. Como algunos de ellos conocían el territorio, alquilaron viviendas, conseguieron trabajo en talleres o carpinterías y al finalizar su tarea se subían a las losas abandonadas de edificios en construcción y propalaban el casete de Radio Liberación, interfiriendo la proclama montonera sobre el audio de las telenovelas de la tarde¹⁵.

El tercer pelotón TEA desembarcó en la Argentina en julio de 1979 y se asentó en la zona oeste bajo la jefatura de "Julliot", Daniel Tolchinsky, quien había sobrevivido a la represión de las columnas Sur y Oeste, donde había

militado. Cada pelotón de TEA-oeste operaba como podía. Para fortalecer la presencia territorial de Montoneros y actualizar sus discursos, algunos descartaban las proclamas de Firmerich y grababan otras que contenían las demandas puntuales de las metalúrgicas en conflicto, como La Cantábrica de Haedo, Santa Rosa de San Justo y la papelera Schcolnik de Villa Tesei. Estaban comprometidos con su misión: una militante a punto de dar a luz se subía a las obras en construcción, realizaba la interferencia y luego escapaba en motocicleta con su compañero¹⁶.

Pese a la simpatía que generaban las transmisiones en los barrios y entre los obreros de los tres pelotones TEA, su penetración política en los conflictos fue escasa o nula. Una vez en el territorio, los pelotones comprendieron que la pretensión de Montoneros de conducir las luchas sindicales era una utopía. Incluso muchos militantes tomaron los análisis previos como una forma de engaño para incentivar el retorno. Ni había movilizaciones populares en las calles ni la dictadura se caía. La evolución de los conflictos obreros, que eran localizados, con victorias, treguas y retrocesos, era mucho más lenta que la expectativa y la urgencia que la Conducción había depositado sobre ellos. Además, los grupos TEA no podían trabajar políticamente en las fábricas en conflicto¹⁷.

Sin embargo, pese a la imposibilidad, la necesidad de mostrar a la Organización interviniendo en los conflictos continuó intacta. Carlón impulsó a sus subordinados de zona sur a entregar volantes en las fábricas, con el persuasivo e improbable argumento de que el propio Mendizábal y el Gallego Willy lo estaban haciendo en la zona norte¹⁸.

A la dificultosa inserción de los pelotones en los conflictos, se sucedieron los problemas operativos y en forma inmediata se desataron los problemas internos. Esto sucedió básicamente en el "Grupo I" de TEA, el pelotón de avanzada. En un balance retrospectivo de la aproximación de sus cuadros en la Argentina, expresado en el boletín interno 11, fechado en julio de 1979, la CN

sostuvo que *"(en) marzo y abril (de 1979) el enemigo parece que no existe, está en "ganar la paz" y mientras el enemigo está en "la paz" nosotros estamos en "la guerra", es decir que nos va "excelente": huelga general, transmisiones de RL, montaje de infraestructura, entramos y salimos del país, etc. Pero en mayo y junio el enemigo volvió a la guerra, copó de vuelta todo el territorio y empezó a buscar a los que transmitían con RL. Lo que parecía una virtud de audacia inicial, cuando el Grupo 1 empezó las transmisiones sin armamento, rápidamente se transformó en una tendencia de defensa pasiva en que querían seguir transmitiendo sin armas y en forma encubierta. Sobre esto empieza toda una discusión doctrinaria de cómo iban a operar las TEA..."*

Como se dijo, el "Grupo I" no pudo librarse de la sospecha de formar parte de la ruptura de Galimberti, y mucho menos cuando empezaron a conocerse las rebeliones internas de los pelotones en la Argentina. Visto el cuadro de situación política, muchos integrantes criticaron la concepción de la Contraofensiva y particularmente su organización centralizada, que permitía a la Conducción el control de todas las estructuras, pero a la vez facilitaba las caídas en cadena de sus militantes. Como conductor del "Grupo I", "Gerardo" compartió estos criterios y fue permeable a las peticiones de sus subordinados. Sus pelotones pudieron operar con los aparatos transmisores en forma autónoma e incluso transmitir desde una camioneta. La Conducción descalificó estas concesiones¹⁹.

Poco tiempo después, hacia julio de 1979, el "Grupo I" empezó a desmembrarse porque sus integrantes consideraban que era innecesario y riesgoso permanecer en la Argentina. Pese a la resistencia de Mendizábal, "Gerardo" dio libertad a los pelotones para que se fueran del país. Los que lo hicieron, fueron considerados "desertores" por Montoneros. La CN focalizó en "Gerardo" la explicación de los problemas del Grupo 1. Hasta hacía pocos años lo había valorado como "un montonero que vale por ocho",²⁰ pero una vez que expresó sus diferencias, fue acusado de haber incurrido en el delito de "traición criminal"²¹.

En el boletín nº 11, la Conducción relató el origen de sus diferencias con el "Grupo I". *"(...) En definitiva, esta crisis del Grupo I es una manifestación retrasada de los efectos de la conspiración y desertión de Galimberti y Gelman. Ésa es la caracterización política más apropiada, más allá de que haya o no en este caso conspiración, coordinación entre los sujetos. Posiblemente no la haya habido pero en términos políticos es lo mismo. Tales diferencias ideológicas y políticas acabaron por transformarse en traición criminal"*²².

En Buenos Aires, tras liderar durante más de cuatro meses el cada vez más descompuesto Grupo I, "Gerardo" inició su proceso de disidencia política con la Contraofensiva y grabó en una cinta su testimonio en el que explicaba las razones de sus diferencias con Montoneros, y la hizo trasladar a México por su hermano, al cual frecuentó durante este período rompiendo las reglas de la clandestinidad. Además, le pidió que en forma inmediata protegiera a su esposa y a sus hijas y las trajera a Buenos Aires para retomar la vida junto a ellas²³.

Para el momento del desmembramiento del Grupo I, hacia agosto de 1979, pero particularmente en el mes siguiente, el panorama político expresó por primera vez los efectos de la oposición a la dictadura militar, por la fuerte presión que ejercieron los organismos de derechos humanos que reclamaban la aparición con vida de los familiares secuestrados. El punto más alto de este escenario crítico se manifestó durante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA), cuyos miembros recogieron las denuncias de miles de personas en una oficina del organismo en el centro de Buenos Aires. La llegada de la CIDH permitió ir filtrando datos de una verdad que había sido ignorada casi sin excepciones por la prensa y que ya era imposible de ocultar: secuestros, desapariciones, torturas, un drama que involucraba a muchos argentinos y que ya no cabía en la categoría de los "excesos" de la represión, como argumentaba el gobierno militar. Simultáneamente al estado de movilización de los

organismos de derechos humanos, los conflictos sindicales también se profundizaron y las empresas negociaron aumentos para evitar que se generalizaran. Incluso los obreros de la fábrica de Peugeot amenazaron con realizar la movilización a Plaza de Mayo tan esperada por Montoneros, si no aceptaban sus demandas salariales. Cuando el aumento llegó, la marcha no se produjo. La dictadura, y también el *establishment* y los medios de prensa que simpatizaban con ella, lanzaron campañas de desprestigio contra los familiares de los desaparecidos para contrarrestar sus denuncias y aprovecharon el furor que provocaban en la población las victorias del Seleccionado Juvenil que disputaba el Mundial de Japón, del mismo modo que lo habían hecho en 1978: transformaron el triunfo deportivo en el triunfo de todos los argentinos, asociado al triunfo del gobierno²⁴.

b. Las caídas.

En la tarde del 10 de setiembre de 1979, comenzaron a producirse las caídas en la conducción del Grupo TEA. Primero, fue secuestrada en su casa, "La Chana", ex esposa de Horacio Mendizábal, que formaba parte del Grupo I. Tres días después, el 13 de setiembre a las ocho de la noche, un comando de doce personas desplegadas en cinco autos, entró en la casa de Munro, ubicada a 60 metros de una comisaría, en la que "Gerardo" ya vivía con su esposa y sus tres hijas de corta edad. Pese a que éste no estaba, el grupo comando secuestró a toda la familia. La denuncia llegó a ser publicada en el *Buenos Aires Herald* y también se denunció el hecho en la CIDH. Como la esposa de "Gerardo" era española, también intervino la embajada de ese país para reclamar por el paradero de ella y sus hijas ante el gobierno militar. La escalada no se detuvo. El domingo 17 de setiembre Croatto fue emboscado en "Ciudad Canguro", Munro, un galpón de media manzana convertido en un centro comercial, en forma simultánea con Horacio Mendizábal, cuando ambos iban a encontrarse.

Los dos cayeron en combate. Aparentemente, habrían recibido una cita por parte de "El Gallego Willy", cuando éste ya estaba en manos de sus secuestradores. La hija de "Willy" y su tía Margarita Vich Jiménez, también fueron secuestradas en una plaza²⁵.

Los cuerpos de Mendizábal y Croatto fueron entregados por el Ejército a sus padres y enterrados tras un breve velatorio en Boulogne y Avellaneda. El Gallego Willy apareció muerto a golpes el 30 de setiembre de 1979, a un costado de la ruta Panamericana. Para entonces, el Ejército hizo pública la detención de Castaño Blanco, esposa de "Gerardo"²⁶.

Al mes siguiente, en octubre de 1979, cayó la jefatura de la estructura política y de los grupos TEA de la zona oeste, Daniel Tolchinsky y Guillermo Amarilla. También cayó la esposa de Tolchinsky, Ana Wiessen; la de Amarilla, Marcela Molfino; su cuñado Rubén Amarilla, María Antonia Berger, que había sobrevivido a un fusilamiento en la base naval de Trelew siete años antes, y Adriana Lesgart, secuestrada tras ser interceptada después de denunciar casos de secuestros a la CIDH en Buenos Aires. Sin embargo, uno de los pelotones que operaba en forma autónoma logró sobrevivir. La militante que realizaba las interferencias con un embarazo avanzado parió a su hijo en la semana de las caídas de sus jefes; lo anotó con una identidad falsa y luego escapó de la clínica. Cuando regresó a México, entregó los comprobantes de sus gastos en la Argentina como exigía la Organización. Los grupos TEA de zona sur, que se habían insertado en el territorio y se negaron a realizar propaganda en las fábricas en conflicto, salvaron sus vidas. A fines de octubre, recibieron la orden de retirarse de la Argentina y fueron convocados a Panamá por su jefe "Carlón" Pereira Rossi, donde realizaron un balance de sus operaciones en la Contraofensiva.²⁷

Cuando la Contraofensiva montonera de 1979 terminó, un miembro TEA-oeste -en el informe citado en el capítulo 2-, preguntó a la Conducción si las pequeñas alegrías que producían en los barrios obreros las interferencias al

audio de los canales con los discursos de Firmenich alcanzaban para compensar el alto costo de las vidas perdidas. *“¿Durante cuánto tiempo más la Organización puede soportar un enfrentamiento, aparato contra aparato, Montoneros contra Dictadura?”*, cuestionó. Unas líneas después pronosticó que *“de persistir en esta concepción y con este ritmo en la búsqueda de objetivos a corto plazo, el Partido será aniquilado en pocos meses. Sólo quedaremos los que tengamos la suerte de sobrevivir”*.

En su evaluación posterior a las caídas de ese año publicada en el boletín interno nº 11, la Conducción aceptó que el enemigo había sido subestimado y aceptó también que debido a la desertión de Galimberti y su grupo debieron invertir en la maniobra un alto costo en calidad de cuadros, “pagados por nosotros”, cuadros que consideraba “propios” de la Conducción. Pero también tenía argumentos políticos para rechazar las objeciones: si Montoneros no hubiese lanzado la Contraofensiva podría haber preservado físicamente a sus miembros, pero hubiese puesto a riesgo su identidad como partido revolucionario. La medición de los resultados de la batalla, no podía hacerse sólo en base a las bajas. La Organización podía regenerarse con el reclutamiento de otros militantes. Su continuidad no estaba en peligro. El hecho objetivo era que, más allá del sacrificio de sus vidas, Montoneros estaba cumpliendo su rol de vanguardia y ese título histórico había que revalidarlo en cada etapa. La Contraofensiva de las TEA había sido sólo una.

En el próximo capítulo se reconstruirá el funcionamiento interno del aparato militar de Montoneros que llegó al país para ejecutar acciones armadas durante 1979.

¹ Entrevista del autor con “Alicia”, quien tuvo a cargo la base de Montoneros en Beirut entre los años 1978 y 1979. También fue entrevistada “Ana”, su subordinada, quien vivió en Beirut en 1978.

² Cuando se fue de Beirut, Mendizábal no había tomado conciencia de las implicancias de su revelación, porque si bien los diarios locales no las hicieron trascender, un periodista extranjero presente en la

conferencia la transmitió a través de la agencia Reuters. La información también fue publicada en un artículo de *Cambio/16* en setiembre de 1978.

³ Véase documentos secretos del batallón 601, sobre la "BDT (Banda de Terroristas) Montoneros", insertos en el expediente de la causa judicial sobre la Contraofensiva. La información sobre la participación del Mossad en el intercambio de información fue obtenida por la ex militante montonera radicada en Beirut.

⁴ Entrevista a "Miguel", asistente de la conducción y custodio del nuevo jefe del Ejército Montonero, Raúl Clemente Yager. "Miguel" también ofició como traductor en la visita que los comandantes montoneros harían en 1979.

⁵ Las deliberaciones duraron un fin de semana. Había un clima de triunfalismo, nostalgia, incertidumbre. Entrevista del autor con Miguel Bonasso. Véase también "*Galimberti...*", p.315.

⁶ Véase boletín interno n° 10 de la Conducción Montonera, elaborado en mayo de 1979.

⁷ Véase boletín interno n° 10 ya citado.

⁸ Entrevista a "Gloria", ex montonero reclutada en Madrid. "Gloria" luego entrenó en Beirut y participó de las Tropas Especiales de Infantería (TEI) en la Argentina en el año 1979.

⁹ Testimonios coincidentes de militantes que fueron reclutados en Madrid y participaron en la Contraofensiva, tanto en las TEA como en las TEI.

¹⁰ Se interfiere con música el audio de un canal desde lo alto de un edificio y los niños que veían la televisión salían de sus barracas para confirmar el éxito de la operación. Entrevista a "Daniel", quien participó de las TEA. Para una descripción técnica de la interferencia de la frecuencia de sonido de un canal de televisión, véase *Fuimos Soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera*, del autor de esta tesis, p.36, Aguilar, 2006, Buenos Aires.

¹¹ Con su renuncia, Rodolfo Galimberti concluyó su convulsionada historia de disidencias y recelos con el oficialismo montonero. Sus críticas a la Contraofensiva fueron el argumento central de la ruptura. Según dijo, conduciría a los militantes a la muerte. Galimberti también criticó la falta de debate, el militarismo y el control que tenía el Partido Montonero y la Conducción sobre el Movimiento Peronista Montonero (MPM), que fue creado en Roma en 1977 con la idea de ampliar la participación política interna. En su retirada, Galimberti también reveló los planes que le habían asignado para la Contraofensiva. Un Tribunal Revolucionario creado por Montoneros lo condenó junto al resto de "los desertores a la degradación, expulsión y muerte", una orden a ser aplicada en el lugar en que fuesen hallados. Montoneros hizo públicas las identidades y los legajos internos de los disidentes. Véase resolución 045/, fechada el 10 de marzo de 1979, bajo el título. "Sobre la desertión de cinco militantes del Partido y cuatro milicianos, en el exterior". En forma inmediata a la renuncia de Galimberti, también se produjo la de Arnaldo Lisazo al Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero (MPM). Un extracto de la carta de renuncia de Lisazo indicó que "el MPM no tiene vida propia, sino que existe como una mera herramienta del Partido Montonero. El 80% de los integrantes del Consejo pertenecen al Partido Montonero, porcentaje que se mantiene o acrecienta en la Mesa Ejecutiva. Esto demuestra que el MPM se limita a ejecutar la política del Partido. También demuestra la imposibilidad de modificarla desde el Movimiento. Esto teóricamente es valedero, pero si consideramos que a su vez el Partido está conformado como Ejército, aunque sea con el nombre de Partido o Movimiento, con desconocimiento total de los miembros de este último, amparándose en el secreto militar. Perdónese me la expresión pero me viene a la memoria una frase del militarismo clásico: subordinación y valor". Posteriormente, para que no existiese dualidad entre las políticas ejecutadas por la Conducción Nacional y las del MPM, ambas se sintetizaron bajo responsabilidad de Perdía, comandante de la CN.

¹² En la Argentina, el Grupo "I" se dividió en pelotones y repartió las zonas de acción, norte, sur y oeste de Buenos Aires, pero su intención original –fuerza de agitación en las movilizaciones obreras–, quedó desnaturalizada porque no había concentraciones obreras por las calles sino conflictos laborales puntuales en el cordón industrial bonaerense, en contra de los despidos y por mejoras salariales. (Entrevista "Julia", integrante de "Grupo I", de TEA). Los trabajadores habían desarrollado conflictos desde el mismo inicio de la dictadura, con medidas que se votaban en las puertas de la fábrica y se manifestaban con paros sorpresivos y trabajo a desgano. También realizaban sabotajes internos. Para contrarrestar el peso sindical, los empresarios abrieron las puertas de las instalaciones para que se asentaran guarniciones militares, a fin de castigar –con golpes o secuestros– a los activistas. Para un detallado relato sobre los conflictos obreros, véase *La resistencia obrera a la dictadura*, Pablo Pozzi, Punto Sur, 1987, Buenos Aires.

¹³ Entrevista a Martín, hijo de Horacio Mendizábal.

¹⁴ Entrevista a Susana, viuda de Armando Croatto, quien compartió su estadía a la Argentina con su marido en 1979.

¹⁵ Entrevista a "Alejandro", ex militante de Columna Sur, que partió a México para instruirse en la práctica de RLTV y formó parte del Grupo II de las TEA.

¹⁶ Para un minucioso relato sobre el Grupo de TEA-Oeste, véase el ya citado *Lo que mata de las balas...*, de Eduardo Astiz. Astiz fue responsable del traslado de armas y jefe de uno de los pelotones que realizaba las interferencias. Su responsable en el Comando Táctico de la operación era Horacio Campiglia, "Petrus", cuya secuestro y desaparición se trabajará en el capítulo 5.

¹⁷ De este análisis dan cuenta varios testimonios tomados por el autor en entrevistas, "Julia", "María" (Grupo TEA-II, quien formó parte de la Contraofensiva con un embarazo de cuatro meses), "Alejandro", ex militante de Columna Sur, Elbio Alberione, quien participó de la Contraofensiva en la zona Sur, bajo la jefatura de "Carlón", Pereira Rossi. Véase también el ya citado, "Lo que mata de las balas", de Astiz. En la pag.221 se indica: *"Para todos estaba claro que los trabajadores estaban desesperados, abandonados por la burocracia sindical traidora y en franca lucha reivindicativa, pero no daban indicios de querer rifar el trabajo y la seguridad personal y familiar en una aventura como la que ejecutaban los Montoneros que prometían una supuesta victoria rápida... (...) No era correcto afirmar que el trabajador -no tiene nada que perder-, si tiene mucho por perder y la violencia terrorista del estado represor y la lucha revolucionaria de Montoneros lo tenía acorralado entre dos fuegos. (...) Hay que meter en la discusión el sentimiento de la gente que afirma: los Montoneros atraen la represión'. La agitación estaba dando buenos resultados, pero tampoco se podía esperar que la agitación sola produjese un auge de masas"*.

¹⁸ Entrevista del autor con Elbio Alberione, ex militante montonero. Según su testimonio, en la automotriz Peugeot de Berazategui, que estuvo en conflicto durante casi todo el año 1979, un militante de zona sur que intentó contactarse con un delegado en la puerta de la fábrica fue rápidamente alejado. El delegado le advirtió que los militares sabían de las transmisiones y estaban esperando a los montoneros. En el libro de Astiz se da cuenta de que un contacto sindical de Fiat les pidió que "asustaran" a la guardia que custodiaba la puerta de la fábrica al grupo de Montoneros de TEA. En un operativo militar, tiraron la granada pero no explotaron. Véase p. 261 del citado *"Lo que mata de las balas..."*. Por último, en noviembre de 1979, una vez terminada la primera Contraofensiva de Montoneros, un miembro de un pelotón TEA zona oeste, que firma bajo el nombre de "Carlos"/"José" -y que presumiblemente sea el propio Astiz, entregó a la Conducción un informe con sus impresiones de la relación entre los militantes y las masas: *"...luego de cada transmisión he podido observar que nuestra presencia produce alegría, emoción en el momento, pero si bien no nos atacan ni nos tildan de asesinos, tampoco se "juegan" hablando positivamente. La referencia hacia nosotros es un tanto distante"*.

¹⁹ Para crítica a la concepción de la Contraofensiva del "Grupo I", entrevista a "Julia". El boletín interno número 11 menciona que el "Grupo I" de Gerardo "(quería)... comprarle una camioneta a cada pelotón, embutirle el equipo y que cada uno transmitiera sin ver al resto. Es una propuesta de resistencia en base al aparato. Y por último, se manifiesta la diferencia que hay entre tener una tropa instruida militarmente con rigor y tener una tropa instruida sólo a nivel teórico. Es decir, la ausencia de instrucción de práctica militar de este grupo se nota claramente". Sumado a esto, la percepción negativa que tiene el oficialismo montonero sobre el Grupo 1, se advierte en informe del miembro de TEA-oeste ya citado: *"Me preocupa conocer las causas políticas por las cuales todos los compañeros del Grupo 1 de las TEA (según me informaron serían unos 15), son todos "desertores", "traidores" e "hijos de puta"*.

²⁰ "Gerardo" había arrasado un control policial en Wilde en 1976. Mientras viajaba en colectivo, transportando en su bolso tres granadas y tres pistolas, disparó contra las fuerzas de seguridad que se disponían a requisar a los pasajeros en el interior del transporte. El enfrentamiento dejó tres policías muertos y algunos pasajeros heridos. "Gerardo" logró escapar ileso. Al día siguiente, la información policial indicó que en el colectivo había ocho montoneros, de modo que "Gerardo" fue bautizado "Un montonero que vale por ocho" ó "El octavo hombre". *Evita montonera* n° 13 publicó un texto en homenaje a su conducta revolucionaria en el número de abril/mayo de 1976. Entrevista del autor con Fernando González (hermano de "Gerardo").

²¹El boletín n° 11 de la Conducción indica que *"la crisis de Gerardo, que empieza en este período, es una crisis política, de desacuerdos políticos con la maniobra (de la Contraofensiva). Esto se manifiesta por primera vez en el exterior en torno al problema de incorporar a la familia en el proceso, sosteniendo él que los hijos no tenían que enterarse de nada y por eso no quería dejarlos en la guardería del Partido; pero ya está al inicio de la aproximación, y lo que se manifiesta como un problema ideológico inicialmente, luego en el país se manifiesta en términos políticos. En las reuniones de la célula del CC (Comando Central) él se manifiesta en desacuerdo con toda la caracterización estratégica, planteando que no sólo no se puede pasar a la Contraofensiva sino que ni siquiera se ha masificado la resistencia; en el ejercicio de su jefatura, prácticamente se dedicó a desorganizar el grupo"*.

²² La “diferencia ideológica” que establece el boletín era que la esposa de “Gerardo”, María Consuelo Castaño Blanco, no era montonera. La Conducción intentó convencerlo de que se separara de ella porque implicaba un peligro para la Organización; frustrado este intento, la Organización persuadió a Castaño Blanco para que se comprometiera con la Contraofensiva y dejara a sus tres hijas en la guardería del Partido en México, lo que finalmente logró. (Entrevista del autor a Mariana y Fernando, hija y hermano de “Gerardo”).

²³ Entrevista con Fernando González. El entrevistado supone que las cintas implicaban una ruptura con la Organización. “Julia”, en cambio, que era su subordinada en el pelotón, cree que “Gerardo” aspiraba a continuar en Montoneros, pero fuera de la estrategia de la Contraofensiva. En entrevista con el autor sobre el caso “Gerardo”, el ex jefe montonero Roberto Perdiá mencionó que “no pudo refrendar en la Contraofensiva “el mito interno” que existía sobre él, generado en su acción de Wilde.

²⁴ Artículos de prensa de setiembre de 1979. Para el contexto político de ese período, véase *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Marcos Novaro y Vicente Palermo, cap. 4, Editorial Paidós, 2003.

²⁵ Entrevistas a Martín, hijo de Mendizábal; a María José, hija del “Gallego” Willy y a viuda de Croatto. Hay dos versiones sobre el hecho. La primera versión surge de una fuente militar transmitida a través de un ex guerrillero e indica que “El Gallego” Willy, que ya había caído en manos del Ejército, concurrió a la cita junto a un grupo comando que se disimuló con una falsa apariencia en la zona. Sorprendido de ver a Croatto acompañado por Mendizábal, cuando éste se acerca, alcanza a advertirle: “estoy con la patota”. Mendizábal reacciona y toma su granada, y aunque la orden era atraparlo vivo, un francotirador del grupo comando le dispara desde el techo del establecimiento comercial y lo mata. Croatto es muerto al intentar escapar. La segunda versión corresponde a un mozo del bar de “Ciudad Canguro”, en entrevista con el autor. El hecho se desarrolló en el interior del bar, que estaba cercado por una pequeña sogá que lo separaba de un corredor peatonal y los locales comerciales. El piso era una plataforma de madera tarugada. Mendizábal pidió un café. Esa mañana, el dueño de la concesión del local gastronómico, de apellido Del Puerto, le dijo al mozo (entrevistado) que no trabajaría y que entregara su uniforme a otra persona porque quería probarla en el oficio. El hombre que le sirvió café a Mendizábal era un agente militar. En tanto, afuera de Ciudad Canguro, Croatto llegaba a la playa de estacionamiento en una camioneta Renault 4. Al ver que algunos hombres lo rodean, les tira una granada que no explota y empieza a escapar por una calle lateral que lo conduce a una fábrica, donde le disparan y lo matan. Cuando Mendizábal escucha el primer tiro desde el bar advierte que la cita es una emboscada. Pero el falso mozo, con la ayuda de un grupo comando que se había camuflado, lo reduce y lo lleva hacia fuera. Esa misma noche, el mozo reemplazado fue convocado como testigo a una comisaría de Boulogne. Reconoció el cadáver de Mendizábal con un tiro en la cabeza. Dijo que era el mismo hombre que había visto en el bar. Por último, en octubre, fue secuestrado la pareja de Mendizábal, “Charo”. Previamente, había realizado una llamada llegó al contacto telefónico del Comando Táctico de Perdiá, en Madrid. “Charo” hizo saber que estaba en una plaza con sus dos hijos (uno de ellos, un bebé de ocho meses) y no sabía dónde ir. La Organización la dejó un tiempo en espera hasta que se obtuvieran detalles de la caída de su marido; temían que se hubiese producido a partir del secuestro de ella (entrevista viuda de Croatto). “Charo” encontró refugio en la casa de una pareja en Capital Federal hasta que desapareció el 13 de octubre. Los hijos de Mendizábal, “Charo” y la hija del “Gallego Willy” fueron entregados a sus familiares. El 27 de noviembre de 1979 apareció el cuerpo de “La Chana”, Susana Solimano, la primera esposa de Mendizábal. Estaba adentro de un Peugeot 504 rojo semihundido en un arroyo de Escobar, muy cerca del Delta. Junto a ella, se encontraba el cadáver de su pareja El Poeta, Alfredo Berliner, de 29 años, y otros cuerpos con los que, en vida, no había tenido contacto en Buenos Aires: el dirigente montonero Julio Suárez, de 40, quien había sido ministro de Gobierno de San Luis en 1973 y el de Diana Schatz, de 33 años, que había llegado a la Contraofensiva en la estructura política y había efectuado denuncias ante la CIDH. El Ejército juntó a los cuatro secuestrados. La causa judicial fue caratulada como muerte por accidente. (Entrevista del autor con Esther Tunkeski, abogada de la familia Solimano). En cuanto a la familia Croatto, una vez conocida la muerte de su marido, su viuda falsificó sus documentos y los de sus hijas, abordó un micro y viajó a Brasil, desde donde contactó la Organización. Allí recibió otro juego de pasaportes, viajó a España y quedó a la espera de una cita, hasta que, realizados los controles de seguridad, le entregó a Perdiá el dinero con que contaba su esposo al momento de caer, cerca de U\$S 50.000, que estaban siendo utilizados como sostén económico de los grupos TEA.

²⁶ Miembros de la CIDH reclamaron por su liberación y la entrega de las hijas de “Gerardo” y Castaño Blanco, pero un funcionario del Ministerio del Interior les informó que cuando ellos se fueran del país, sus

hijas serían entregadas. Al mes, ya estaban con sus abuelos. (Entrevista Fernando González). Castaño Blanco fue condenada a 24 años por un Consejo de Guerra pero en la revisión del caso, le redujeron la pena a 18 porque había estudiado catecismo. Ni siquiera alcanzó el reclamo del Rey Juan Carlos I de España al gobierno militar para su libertad. En diciembre de 1983, para la asunción de Raúl Alfonsín, el premier español Felipe González puso como condición a su presencia en Buenos Aires la liberación de Castaño Blanco. Había permanecido más de tres años detenida. (Entrevista del autor con Mariana, hija de "Gerardo"). *El Ejército jamás informó del secuestro de "Gerardo". Se cree que un comando lo siguió al salir de su casa de Munro la mañana del jueves 13 y que fue detenido en la ruta Panamericana cuando utilizaba su Rastrojero rojo. Es probable que no estuviera armado. Habría sido ejecutado ese mismo día en Campo de Mayo. Dos días después, su hermano Fernando realizó una gestión con el secretario del nuncio papal Pio Laghi, monseñor Claudio María Celli, dado que Gerardo había sido salesiano. Luego de realizar algunas averiguaciones, Celli recomendó que guardara un buen recuerdo de él y que se cuidara. El cuerpo de Gerardo jamás apareció.* (Entrevista Fernando González, hermano de "Gerardo").

²⁷ Entrevista a "María", de TEA-Oeste y "Alejandro" y Elbio Alberione, ex miembros de TEA-Sur.

7. Capítulo 4. La Contraofensiva: los ataques militares.

Apartados

a. Entrenamiento en Beirut.

b. Los pelotones de las Tropas Especiales de Infantería en Buenos Aires.

c. Los atentados.

a. Entrenamiento en Beirut.

Diez días después de la muerte de Mendizábal y Croatto, las Tropas Especiales de Infantería de Montoneros iniciaron la tercera fase de la maniobra: el ataque. El plan original preveía que las acciones militares se ejecutaran en coincidencia con las acciones de propaganda de las TEA en un contexto de enfrentamiento callejero contra el Proceso de Reorganización Nacional. Estos dos últimos pronósticos fallaron. Cuando las TEI se dispusieron a golpear, las estructuras de TEA estaban aniquiladas o esperaban la orden de retirada y no había movilizaciones sociales. Sin embargo, los atentados, que en principio tuvieron como blanco al ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, continuaron su planificación. Su realización en forma simultánea contra dos miembros vitales del equipo económico estaba destinada a generar una conmoción que no sólo provocaría fisuras en el gobierno militar sino que ya nadie mantendría la impresión de que Montoneros había sido derrotado.¹

Las tropas de Infantería vivieron en forma clandestina durante tres meses en Buenos Aires diseñando las acciones militares que luego llevarían a cabo, pero antes se habían instruido durante otros tres meses en Medio Oriente. Montoneros tenía a su disposición tres bases de entrenamiento, dos en El Líbano y otra en Siria, para la preparación de sus pelotones. Una de las bases

estaba ubicada en Damour, una aldea a 24 kilómetros al sur de Beirut, ubicado sobre una costa rocosa del mar Mediterráneo, que había sido ocupada por los palestinos en 1976, después de que desalojaran a los cristianos. Allí, refugiados en una casa, un pelotón de doce combatientes izaba cada mañana el pabellón nacional, hacía ejercicios físicos, subían y bajaban lomas; también los montoneros cargaban y descargaban ametralladoras Uzi, disparaban con fusiles M16 contra blancos móviles o se colgaban al hombro un RPG7 soviético para hacer blanco contra un árbol o a una chatarra perdida en la playa desde cien o doscientos metros.

El pelotón entrenaba en jornadas de doble turno, interrumpidas por un descanso al mediodía y volvía a la playa con el uniforme montonero y un fusil al hombro. Repetían los mismos ejercicios de la mañana hasta bien entrada la tarde. Después, en la casa o fuera de ella, dos instructores árabes -que hablaban inglés, a través de un montonero que también manejaba ese idioma- los interiorizaban sobre el armado, uso y manipulación de explosivos; les enseñaban a proteger las posiciones y a ensayar los desplazamientos para tomar un territorio, aunque lo máximo que los argentinos podían hacer era atacar por sorpresa un objetivo y emprender la retirada.

La mayoría de los montoneros que se entrenaban en Medio Oriente no habían tenido una militancia previa en común. Había algunas parejas que habían escapado juntas de la Argentina y otras que comenzaron la convivencia en el exterior. También había adolescentes de quince y catorce años, como el caso de Verónica Cabilla y dos hermanas mellizas que decidieron volver al país -con la anuencia de sus padres-, insufladas por los relatos de heroísmo que escucharon en el exilio. Pero en la instrucción no había amistad ni mística de combate, tan sólo una módica camaradería militar. Había un deber moral, la necesidad de dar cumplimiento a un sacrificio. Nadie que se entrenara en el Líbano lo hacía por otra cosa que no fuera pagar una deuda: honrar la memoria de algún muerto o morigerar el peso de la culpa por haberse escapado de la

Argentina. Eran sensaciones comunes a todos. Alistarse era la única manera de resarcir las pérdidas².

La vida era extraña para un combatiente argentino que se entrenaba para el regreso. Sus historias personales habían dado un giro brusco en pocos años. Seguían siendo jóvenes, pero ya no tenían una militancia pública como en el '73-'74. Para ellos, Buenos Aires era un territorio inimaginable después de la tragedia. Ahora vivían en una casa en la que se trataban de usted, con gestos de marcialidad impensada, estaban insertos en un mundo diferente y escuchaban las voces de las madres llamando a sus hijos después de la caída de las bombas, las mismas madres que después veían desfilando y bailando por las calles con las camisas de sus hijos muertos, y ansiando tener más hijos para entregarlos a la revolución. Respecto de los árabes, los montoneros tenían percepciones diferenciadas sobre los resultados de la lucha armada. Mientras los palestinos creían que los sacrificios de su guerra serían disfrutados por sus nietos, los montoneros creían que la revolución se pondría en marcha a poco de que ellos retornaran a la Argentina. Pero también tenían miedo que sus cuerpos no estuvieran a la altura de la exigencia. Un pelotón era un engranaje que no admitía piezas defectuosas. Y las piezas podían fallar: la muerte era algo más certero que una simple posibilidad.³

En el entrenamiento había momentos de distensión. Una vez a la semana podían bañarse en el mar; las mujeres lo hacían con pantalones y remera. Algunas veces practicaban voley con los milicianos del Frente Popular para la Liberación Palestina (FPLP) apostados en una base contigua, a setenta metros. Los montoneros empezaron a vivir la guerra como nunca antes. Fueron testigos cuando la aviación israelí bombardeó la posición palestina y los obligó a saltar a las trincheras que habían cavado alrededor de la casa. El FPLP reconoció dos muertos en el ataque, aunque las bajas fueron más de veinte. La incursión aérea obligó al pelotón montonero a la mudanza; habían quedado muchos cráteres alrededor y la casa se había vuelto insegura. Primero ocuparon los restos de una

iglesia de la que sólo quedaba en pie su estructura de hormigón y que les serviría de refugio en posteriores bombardeos. Después el pelotón se asentó en otra casa más destruida que la anterior, ubicada más lejos de la playa.

Quienes se habían alistado para el combate no habían sentido el peso de la dictadura y no tenían conciencia, porque no lo habían vivido, del poder de destrucción masiva que había ejercido el aparato militar sobre las organizaciones guerrilleras. Ni siquiera imaginaban el fatal destino que perseguía a aquellos que eran secuestrados. Para ellos la figura del desaparecido tal y como se la conoció más tarde, no existía. En todo caso el desaparecido era un detenido que en la mayoría de los casos sobrevivía. Tenían la falsa imagen de que el enemigo no era mucho más poderoso del que ya habían derrotado en 1972, con las acciones armadas y la movilización popular invocando el regreso de Perón; y si bien ya no existía Perón y las organizaciones armadas habían quedado a la defensiva, confiaban que con la evolución de los conflictos sindicales y los atentados montoneros sobre los blancos clave, la movilización popular se dispararía otra vez. Hacía falta dar el golpe maestro.⁴

El comandante montonero Mario Firmenich viajó a Beirut en mayo de 1979. Fue la primera visita de la CN luego del desbande que produjo la incursión de Mendizábal ocho meses antes. Lo acompañaban Fernando Vaca Narvaja y Raúl Yaguer, también comandantes, y el capellán montonero, el padre Jorge Adur. En el encuentro el comandante Abu Jihad, responsable militar de Al Fatah - Arafat había decidido no recibirlos- le transmitió su desagrado por la revelación que hizo Mendizábal de la fábrica de explosivos, que provocó el intenso asedio de la aviación israelí, que bombardeó toda la zona del sur del Líbano con el objetivo de hacer blanco sobre la posible ubicación de la fábrica, sin haberlo logrado. Firmenich le hizo saber a Jihad que ya le habían “pegado en los dedos” a Mendizábal por sus dichos. Yaguer estaba en su reemplazo y fue presentado como el nuevo jefe del Ejército Montonero.⁵

En su excursión a Medio Oriente, los tres comandantes conocieron la base de Damour. Firmenich pasó revista frente a la formación de tropas, quienes luego desarrollaron frente a él el simulacro de la toma de una casa que venían ensayando desde los primeros días de la instrucción. Por entonces nadie conocía los detalles ni los blancos de las acciones armadas que debían desarrollar en Buenos Aires. Firmenich les dijo que cuando llegaran a la Argentina ellos iban a ser el vapor que iba a levantar la tapa de la olla. La dictadura no soportaría la presión. La presencia de Firmenich imponía respeto a los combatientes. Era el hombre que había liderado la Organización durante casi toda la década y era la primera vez que lo veían. Casi no se animaron a hablarle. Sólo en un momento se generó un contrapunto, cuando en medio de la lectura de diarios argentinos, Firmenich marcó las contradicciones que existían entre las fuerzas enemigas. “¿Y qué va a pasar cuando nosotros los atacemos?”, preguntó, con cierta retórica. “Se van a unir”, respondió una militante. “No, si los atacamos los dividimos aún más. Hay que atacar el punto de inflexión. Es como hacer volar un puente. No importa tanto la carga de dinamita como el hecho de colocarla en el lugar adecuado”⁶.

Firmenich permaneció sólo un día en la casa de entrenamiento. Yaguer como jefe militar, permaneció otros dos para transmitir algunas pautas de orden organizativo para el retorno: los grupos viajarían en forma autónoma. Se dispersarían por Europa y cada uno emprendería el regreso por la frontera que eligiese. Cada combatiente contaría con sus documentos y su dinero. En Buenos Aires recibirían las armas. Se formarían grupos de tres soldados, con un responsable, que reportaría únicamente al jefe de la operación; había que evitar los contactos “laterales”.⁷ En caso de perder el “enganche” en una cita de control, debían contactar al teléfono de la casa del Movimiento en Madrid. Desde allí recibirían instrucciones para “reengancharse”. En el marco político el discurso de Yaguer no difería de lo ya conocido: la dictadura no había podido quebrar la resistencia y era la hora de iniciar la maniobra de Contraofensiva

para volcar la correlación de fuerzas en favor del campo popular. La información sobre los objetivos militares estaría a disposición de los jefes de cada pelotón en el momento oportuno, pero su planificación debía ser concebida en función de la aniquilación del objetivo y no en base a la retirada del pelotón. Yaguer valoró los esfuerzos del grupo como una construcción a futuro: más duro el entrenamiento en El Líbano, más blando el combate en la Argentina. Fue esa tarde, en la casa, cuando un soldado, Carlos, que era el único de todo el grupo que había participado de una acción militar en la Argentina y el único que había matado, dijo que no quería volver a matar porque el recuerdo de esa acción lo seguía atormentando. El soldado relató que su objetivo había quedado herido y éste le rogó que no lo matara y él desoyó ese ruego y cumplió con su misión, pero jamás pudo olvidar su rostro. Remarcó que él estaba dispuesto a morir; no a matar. Lejos de sentir piedad por él, en el grupo se planteó que un soldado que pensara así debía ser separado. ¿Para qué iba un miembro de las Tropas de Infantería a la Argentina sino a aniquilar a sus enemigos que habían aniquilado a sus compañeros y estaban aniquilando al pueblo? Yaguer explicó que una guerra implicaba un sacrificio y parte de ese sacrificio era matar: era el costo de la guerra. El soldado que no quería volver a matar retrocedió a su posición inicial y dijo que lo que le había sucedido a él era algo muy personal que no debía ser tenido en cuenta por nadie. Sobre él no se tomó ninguna resolución y continuó en el grupo⁸.

b. Los pelotones de las Tropas Especiales de Infantería en Buenos Aires.

Un día antes de abandonar Beirut cada combatiente tuvo su ticket de avión para volar hacia Europa y desde ahí cada uno planificó su viaje. Todos ingresaron sin contratiempos durante el mes de junio de 1979 y se fueron instalando en distintas pensiones y hoteles de Buenos Aires. Cada uno de ellos

suponía una vida distinta. Entonces: había tres grupos de combate TEI, tres operaciones a definir y varias tareas por realizar. La primera de ellas, la más elemental, era el alquiler de una casa, la base donde se concentraría el pelotón y el armamento antes de la operación. En el caso del grupo TEI número 2, cuyo jefe era el teniente primero "Miguel", Osvaldo Olmedo -hermano de Carlos Olmedo, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y epítome del cuadro montonero-, una vez que llegó a Buenos Aires, delegó a "Vicente", uno de sus soldados, la responsabilidad de esa tarea. La casa debería estar en la zona norte de la ciudad con una entrada de garage y vía de escape por el fondo o laterales. "Vicente" consultó en inmobiliarias, habló con dueños, pero pasado un mes no logró definir nada. Mientras informaba de sus fracasos en citas de control callejero a Olmedo, "Vicente" empezó a sentirse "débil ideológicamente". *"Había perdido el compromiso moral con la Organización. Pensaba que si me atrapaban podía llegar a delatar y como ya había caído, frente al peligro de volver a caer me había comprometido a matar o a morir. Ahora no soportaría la tortura sin hablar. Además, me sentía solo, pero más que solo, me sentía fuera de época. Veía gente por la calle, cada uno encerrado en su propia vida, y yo esperando armas para un atentado. Era un extraterrestre. Un terrorista. Sentía miedo"*⁹.

Una serie de sucesos lo fueron acorralando. Dos agentes de policías de civil revisaron el registro de pasajeros de su hotel y entraron a su habitación para pedirle documentos. Logró salvarse porque su pasaporte falso no fue detectado. Poco después, "Liliana", un soldado de la provincia de Misiones, que ya había estado presa y estaba bajo su responsabilidad en el pelotón, no concurrió a una cita. "Vicente" llamó al hotel donde se hospedaba y el conserje dijo que la policía se la había llevado esa misma madrugada y habían retirado sus pertenencias porque ya no volvería. Y unos días más tarde el que no concurrió a la cita con él fue "Juan". Desde ese día, "Vicente" no buscó más casas: faltó a su próxima cita con Olmedo y desertó sin avisarle¹⁰

La decisión de "Vicente" trastornó la organización del grupo TEI número 2. Como ya disponía de alguna información sobre el ataque, o podía llegar a intuirlo, y como en un primer momento se supuso que había caído en manos del enemigo, hubo que cambiar todo, empezando por el alojamiento. Los combatientes abandonaron las pensiones en Buenos Aires y emigraron hacia el suburbio. Alquilaban pequeñas casas o habitaciones y desaparecieron de las calles. Se emplearon en talleres de costura, en talleres mecánicos, se impusieron horas de lectura en bibliotecas públicas.¹¹ Hacia fines de agosto de 1979 el pelotón se reagrupó. Una pareja alquiló un departamento de dos habitaciones en la planta baja de un edificio de la zona norte de Capital Federal, que tenía cochera. Allí convivieron siete combatientes a la espera de la operación. Realizaban ejercicios físicos y nunca salían de la casa. Para entonces el blanco ya no era el ministro de Economía. Varias veces habían intentado chequear sus movimientos en la entrada de su edificio y en el Ministerio de Economía, frente a la Plaza de Mayo, pero nunca lo vieron. Además, Martínez de Hoz se había mudado de su domicilio particular. Entonces decidieron apuntar sobre el secretario de Hacienda, Juan Alemann. Uno de los problemas que enfrentó el diseño de la operación fue la aproximación al blanco. Alemann vivía en el barrio de Belgrano y en la cuadra siguiente a su edificio había una comisaría. Para superar este escollo se pensó en tomar una guardería ubicada frente a su casa y esperar a que saliera entre las 8.30 y 9.30 de la mañana como lo hacía habitualmente. Una militante ya había chequeado sus horarios y conocía los diferentes autos que lo conducían al Ministerio. La ocupación de la guardería fue planeada para el momento previo en que se produjera la llegada de los niños, pero después se concluyó que una falla en la operación pondría en riesgo sus vidas. Ese plan fue descartado.¹² Finalmente, diez días después de las muertes de Mendizábal y Croatto, el jueves 27 de de setiembre de 1979, el pelotón salió de la casa en una camioneta para realizar la operación contra Alemann. Sin embargo, a punto de ejecutarla, Olmedo decidió suspenderla.

Dijo que no se podía hacer. Yaguer decidió separarlo de la Organización. Marcó dos errores en su conducción militar: no supo mantener la unidad de su pelotón, por la desertión de "Vicente", y además, en el armado del ataque contra el secretario de Hacienda, marginó a dos mujeres por evaluar insuficiente su nivel de preparación; las dejó esperando en la casa. Pero el hecho determinante para la separación de Olmedo fue que suspendiera la operación sin consultarlo. Lo había decidido él solo¹³.

c. Los atentados.

Yaguer había programado un ataque simultáneo contra dos hombres clave del equipo económico para demostrar el poder de fuego de Montoneros. De modo que sólo pudo concretarse uno. Cuando los soldados del grupo TEI 2 volvieron a su base, el televisor estaba encendido y la casa de Guillermo Walter Klein era una montaña de escombros.

Klein, hijo de un director del Fondo Monetario Internacional (FMI), era apoderado de bancos extranjeros en la Argentina y, luego de ser designado secretario de Coordinación y Programación Económica, se convirtió en "la mano derecha" de Martínez de Hoz. Klein había ordenado, mediante el dictado de una resolución del Ministerio, que las empresas del Estado tomaran créditos de los mismos bancos que representaba en forma privada. Fue uno de los gestores del endeudamiento forzado que triplicó en menos de dos años de gestión la deuda externa argentina. Montoneros lo había apuntado como blanco. Vivía con su esposa, y sus cuatro hijos en un chalet de dos plantas estilo inglés, en Olivos. La operación en su contra había comenzado un mes antes, cuando un miembro del pelotón montonero había logrado ingresar a su casa¹⁴. Había utilizado el argumento de que un plomero-gasista de la zona, a quien los Klein ya habían convocado para realizar trabajos, lo había enviado para revisar

el baño de la planta alta. El montonero atravesó el pasillo de entrada, subió las escaleras y tomó conocimiento de la distribución de las habitaciones. Después de algunos minutos descendió y prometió regresar para realizar el trabajo. La camioneta que se utilizó para la operación, una Chevrolet modelo '73 blanca fue comprada en forma legal a través de un aviso del diario. La transacción se demoró casi una semana. El pelotón dispuso de la camioneta sólo un día antes de la operación. En su rutina diaria, cada mañana, apenas pasadas las ocho, Klein salía de su casa. Dos policías de civil del servicio de custodia lo conducían en auto hasta el Ministerio, mientras que otro policía, que dormía en el garage, permanecía en la puerta durante el resto del día. Era la custodia permanente. El día 27 de setiembre, a las 7.30 de la mañana, los policías del servicio de custodia ingresaron a la casa y se dirigieron al garage para sacar el auto a la calle, mientras que el otro policía salió a caminar por la vereda en plan de observación, como lo hacía siempre. En esos momentos, el pelotón inició la maniobra de ataque: tres montoneros uniformados dispararon contra el frente de la casa y el resto del pelotón descendió de los vehículos y se dispuso a ingresar. El policía de la vereda se guareció detrás de un árbol y empezó a disparar. Los tres montoneros le respondieron. En su dormitorio, Klein escuchó tiros en la planta baja. Supuso que eran ladrones. Pero enseguida, la intensidad de los disparos le hizo sospechar que venían a matarlo. Una de las mucamas, la que trabajaba cama adentro, tomó a su beba de ocho meses de la habitación de servicio, que estaba al lado de la cocina, y escapó junto a la otra mucama hacia el fondo de la casa. Los policías que estaban en el garage fueron neutralizados por el pelotón. Mientras los vecinos que comenzaron a asomarse por las ventanas, un patrullero se dirigió hacia el lugar guiado por las detonaciones y un mayor retirado de la Fuerza Aérea, que vivía frente a la casa de Klein, fue a buscar su escopeta High Standard pero dudaba si disparar o no porque el uniforme era muy similar al de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Klein trató de concentrar a sus hijos en su pieza, mientras los miembros del pelotón

colocaban distintas granadas, que contenían la carga explosiva, sobre todas las columnas del sector derecho de la casa, donde se asentaba la losa. La carga estaba distribuida entre explosivo plástico, 75% de exógeno y 25% de aceite plastificante, y trotyl, reforzado con nitrato de amonio. Cinco kilos de explosivos bastan para demoler una casa de 150 toneladas. Pero la carga se triplicó: se colocaron quince kilos. En el fondo, las mucamas, escondidas tras un tronco del jardín, rogaron a dos miembros del grupo que no las mataran: les permitieron escapar por el alambrado de atrás, mientras los ladridos de la perra fueron acallados con un disparo. Afuera, desde la vereda de la casa, tres miembros del pelotón seguían tirando contra el policía refugiado detrás del árbol. El mayor retirado de la fuerza área, apostado en el balcón, tenía a los tres montoneros en la mira de la escopeta, pero no se decidía a disparar. Ninguno de los miembros del pelotón subió las escaleras para ir a matar a Klein en la planta alta. Quizá un "arrastre cristiano" por parte de los miembros del pelotón hizo que ninguno de ellos tomara la responsabilidad ir a matar a Klein en la planta alta. Se pensó que era suficiente con la carga de explosivos¹⁵. La operación también tenía un tiempo que respetar. Y ese límite no podía ser vulnerado. Había muchas vidas propias que se ponían a riesgo con el paso de cada segundo. El teniente primero "Alberto", quien ya había disparado el cohete RPG7 a la Casa Rosada durante el Mundial '78 y ahora era el jefe del grupo TEI número 1, supervisó las acción contra Klein con un cronómetro en la mano. Una vez que el plazo de tres minutos se cumplió y en la creencia de que se había cumplido con el objetivo, ordenó dar por finalizada la misión. Los miembros del pelotón salieron de la casa y regresaron al auto y la camioneta. Existió un imprevisto: en medio de la retirada, llegó el patrullero y empezó a disparar, pero la acción de dos proyectiles energas y granadas lanzadas por el grupo de combate los hizo desistir de la persecución.

El mecanismo de iniciación de la explosión se activó por un cable detonador eléctrico. En ese momento, justo cuando Klein estaba descendiendo la escalera

en busca de su hija, se escuchó una explosión, y luego otra y enseguida una mucho más fuerte que las dos anteriores, con un poder destructivo tal que terminó por derrumbar todas las estructuras de la construcción. La casa, en tan sólo cuatro minutos, se transformó en una montaña de escombros. Sólo quedó en pie el pilar de entrada. "Alberto" tenía mucha confianza en la eficacia de los explosivos. Su utilización permitía cumplir con un doble objetivo: aniquilar a Klein (y a su familia) y producir un hecho propagandístico, de alto impacto psicológico, que exaltara la potencia militar de Montoneros. Quizá la necesidad de respetar éste último precepto fue en detrimento del cumplimiento del primero¹⁶.

Pero tanto Klein como sus hijos sobrevivieron y pudieron ser localizados por los bomberos tras varias horas de búsqueda. Los Klein permanecieron más de un mes hospitalizados. Los dos policías que estaban en el garage, en cambio, habían muerto, no por acción de las balas sino por asfixia. El hecho de que se hubiese intentado también matar a los hijos de Klein provocó una polémica en el interior de Montoneros¹⁷.

Después del atentado a Klein los miembros del grupo número 1 de TEI se fueron del país y los del número 2 se reordenaron para revertir la operación, frustrada por Olmedo, contra el secretario de Hacienda Alemann. Yaguer dispuso de otro jefe de menor nivel militar para comandar la maniobra, que fue programada para el miércoles 7 de noviembre de 1979. Esa mañana en que llovió como hacía mucho no lo hacía en Buenos Aires, Alemann salió de su departamento y subió a un automóvil Torino. Una militante registró el primer movimiento desde el agujero del baúl de un auto, donde estaba enrollada¹⁸. Otro auto se ocupó de seguir su recorrido y lo informó a la camioneta que lo esperaba a través de un *walkie talkie*. Fue el segundo chequeo. Alemann cruzó la avenida Cabildo y continuó por Zabala, una calle de dirección única. Pocos metros antes de la próxima esquina estaba estacionada una camioneta pick up Chevrolet de color gris metalizado. Tenía una denuncia de robo: dos miembros

del pelotón se la habían sustraído a un repartidor de mercaderías hacía dos días en la zona de Munro. La camioneta tenía una caja trasera con el techo cerrado y una amplia ventanilla lateral. Mientras esperaban a Alemann, la tensión de los combatientes se sentía en cada respiración. *“No había palabras. Había miedo. Algún imprevisto, un auto que se atravesase, un compañero que cayera, la propia muerte. Las operaciones, aunque estuviesen pensadas hasta el menor de los detalles, nunca salían como en las películas”*.¹⁹ Cuando el Torino avanzó por Zabala, a poco menos de cuarenta metros de la esquina de Vuelta de Obligado, la camioneta Chevrolet se cruzó en la bocacalle y bloqueó el paso. El grupo empezó a disparar desde la ventana de la caja. El custodio de Alemann ordenó tirarse al piso. La lluvia era muy intensa en ese momento y eso fue en perjudicial para la operación. Alemann y el chofer cumplieron la orden del custodio y éste tomó su escopeta y bajó del auto en medio de la balacera para responder el ataque. A los fusiles montoneros se les añadió otro recurso. Un miembro del pelotón bajó de la camioneta, la cruzó por detrás, se apostó en una de las esquinas y disparó un proyectil antitanque energia. Entre los combatientes existía el concepto de que si el lanzaenergia alcanzaba su objetivo, bastaba para garantizar el éxito de la operación. Era un concepto casi mágico.²⁰ El proyectil alcanzó el blanco enemigo, pero como los vidrios ya estaban rotos por los disparos, la onda expansiva no produjo la presión de energía suficiente en el interior del auto, en parte porque golpeó en el capot. En la confusión y entre la lluvia, la operación ya parecía resuelta. La camioneta se retiró por Zabala. El pelotón se fue con la sensación de que la misión estaba cumplida. No fue así: el policía tenía una bala en el pómulo, otra le había atravesado el brazo izquierdo y había perdido los dientes. El chofer tenía una herida debajo del párpado y otra en el abdomen. Alemann no sólo había sobrevivido, sino que estaba intacto. Dos horas más tarde estaba en su despacho.

El último atentado de la Contraofensiva militar de 1979 intentó reparar todos los errores de las dos operaciones anteriores. Se produjo seis días más

tarde, el 13 de noviembre de 1979, en plena mañana. No se ejecutó en una calle de barrio sino en pleno centro de Buenos Aires, sobre la avenida 9 de julio, a diez cuadras del Obelisco. El blanco elegido fue un miembro de uno de los grupos económicos que apoyaba la gestión de Martínez de Hoz, el empresario Francisco Soldati, que hasta hacía cinco meses había sido presidente de la Compañía de Electricidad Italo Argentina (CEIA) y se la había vendido al Estado a casi 400 millones de dólares²¹. La operación militar fue conducida por el teniente primero "Chacho". Era el jefe del grupo TEI número 3, no superaba los 30 años, pero con mucha experiencia militar. Había integrado el Grupo Especial de Combate del Ejército Montonero entre 1976 y 1977, después se entrenó en España y Francia, lanzó los cohetes RPG7 contra el edificio del Comando en Jefe del Ejército y la ESMA durante el Mundial '78 y luego instruyó a las tropas del grupo 3 en Siria. Con los integrantes del auto de apoyo, un Peugeot 504 gris que debía obstaculizar el vehículo de Soldati cuando cruzara la avenida 9 de julio, el pelotón estaba integrado por doce combatientes. Soldati ya había sido chequeado²². Vivía en Cerrito 1364, todas las mañanas se dirigía a su oficina en la Sociedad Comercial Del Plata, a pocas cuadras de su edificio, en el Bajo. Viajaba en el asiento trasero derecho de un Torino, con un policía que actuaba de chofer. El 13 de noviembre, a las 10.40, el Torino iba por la calle Arenales y atravesaba la avenida 9 de Julio. El Peugeot 504 lo obligó a reducir la velocidad. Una camioneta pick up Ford, también de color gris, que lo esperaba en la avenida, aprovechó la momentánea detención para embestirlo sobre el costado izquierdo. (La camioneta era legal. Un miembro de grupo TEI la había comprada con identidad falsa en una concesionaria de Floresta). El impacto neutralizó al Torino y tres combatientes con fusiles AK 47, ametralladoras Uzi y vestidos con uniforme montonero bajaron de la caja trasera de la camioneta; dos de ellos se desplazaron hacia la parte delantera del Torino y otro lo hizo sobre la puerta trasera derecha. Este último, el jefe de la operación, tenía la misión de ultimar a Soldati. Y lo hizo.

Pero a diferencia de los grupos TEI números 1 y 2, que no cumplieron con los objetivos de sus operaciones pero preservaron sus vidas, lo que sucedió con el tercer pelotón tuvo consecuencias peores. La planificación del atentado preveía el uso de una bomba de retardo, programada a un tiempo máximo de veinte minutos, para ser colocada debajo del Torino, para deflagrar contra quienes se acercaran al auto. La responsable de esa misión era "Irene" ó "La Negra". Había sido una de las más ágiles en la instrucción militar; tenía casi el mismo nivel de los guerrilleros del Chad, que tiraban una soga y saltaban una pared en cuestión de segundos. También había tomado cursos de medicina y sanidad en un hospital de Beirut²³. Lo sorprendente fue que "Irene" trastabillara al descender de la camioneta y la bomba explotara cuando la llevaba en sus manos en dirección al Torino. La explosión prematura hizo volar toda la estructura trasera de la camioneta. Granadas, armas largas y de puño, proyectiles y clavos "miguelitos" quedaron esparcidos en un radio de cincuenta metros. También los panfletos: *"A Martínez de Hoz y sus personeros lo revientan los Montoneros"*. La onda expansiva de la bomba también impactó sobre el vehículo de Soldati y su chofer Ricardo Durán, que ya estaban muertos, y lo envolvió en una llamarada de más de diez metros de altura, una visión que conmovió a los conductores y peatones que circulaban por la zona. También conmovió al pelotón. Los tres montoneros que habían cumplido con la misión de aniquilar a Soldati quedaron aturdidos y desconcertados; aturdidos al punto que "Chacho" perdió la audición de un oído. Desconcertados porque ninguno de los tres recordaba dónde estaba el Peugeot 504 gris, que era uno de los vehículos preparados para la retirada de la operación. "Chacho" se fue sacando la piel de la cara que había quedado quemada para que no se advirtiera que había participado del atentado. En medio del desastre, corrieron hacia la playa de estacionamiento que ocupaba un sector de la avenida y desalojaron de su auto a una conductora de un Peugeot 404; el auto se perdió por la avenida Libertador. Para entonces, casi simultáneamente a la fuga de los tres miembros del pelotón, distintos

miembros de las fuerzas de seguridad se agruparon en torno a la camioneta: un policía que custodiaba la embajada de Francia; un patrullero que circulaba por la zona; algunos oficiales de la Marina que se encontraban en la oficina privada del almirante Emilio Massera del edificio de Cerrito 836; más otros militares que vigilaban el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas ubicada a cien metros del teatro de operaciones. (En la inteligencia previa no había conocimiento de este inmueble). Por la explosión de la bomba, el resto del pelotón montonero había quedado devastado y casi sin reacción para responder los disparos. El chofer de la camioneta pick up "Patrón", Horacio Firelli, de 28 años, hijo de un ganadero, que había desertado del servicio militar obligatorio para alistarse en el Ejército Montonero y había integrado uno de los pelotones en las acciones del Mundial '78, recibió varios disparos y murió con su frente en el volante y una Uzi en la mano. A su derecha, tendido sobre la avenida 9 de julio, se veía el cuerpo de "Esteban", Remigio Elpidio González, de 28, oriundo de Loreto, provincia de Corrientes y docente en Misiones. Había sido detenido durante la dictadura y recuperó la libertad por el beneficio de la opción luego de veintitrés meses de cárcel. Se fue a Noruega. En mayo de 1979, mediante una postal, le anunció a su familia que durante varios meses no tendrían noticias suyas. "Irene" quedó atrapada entre los fierros de la cabina y la caja trasera de la camioneta. Los análisis científicos demoraron mucho tiempo en acreditar su identidad. Se llamaba Graciela Rivero. Era pareja de uno de los tres que habían escapado. Otros dos miembros del pelotón, "Lalo", Luis Alberto Lera, de 23, y "Alejandra", Susana Patricia Ronco, de 27, que habían quedado muy aturdidos por la explosión, lograron arrastrarse unos metros hasta la plazoleta que da sobre la calle Carlos Pellegrini. Aún cuando fueron alcanzados por las balas de las fuerzas de seguridad, siguieron disparando hasta que los atraparon con vida. La información oficial publicada en los diarios sobre el atentado a Soldati no dio cuenta de la existencia de ellos. Nadie habló de heridos. Sólo de cinco muertos: Soldati, su custodio Durán y tres montoneros.²⁴

Pese a que el objetivo inicial había sido cumplido, la operación contra Soldati significó un precio demasiado alto para Montoneros. Fueron las únicas caídas de los grupos TEI. Raúl Yaguer, responsable de todos los pelotones, lo atribuyó a las deficiencias de la preparación militar en Beirut. Yaguer había observado la operación desde la ventana desde el hotel Embajador, donde se había alojado. Con el desastre a menos de treinta metros de su vista, comentó: “Los cursos Pitman no van...”, en referencia a los cursos de aprendizaje intensivo²⁵.

¹ Entrevista del autor a “Lita”, ex combatiente que participó en las TEI e hizo inteligencia sobre Martínez de Hoz. “Lita” es viuda de “Miguel”, Osvaldo Olmedo, ex jefe de uno de los pelotones TEI.

² Entrevista a “Vicente”, ex combatiente que entrenó en Beirut. Sobre las mellizas de 15 años y la menor Verónica Cabilla, entrevista a “Alicia”, jefa de la base de Montoneros en Beirut.

³ Entrevistas a “Vicente” y a “Gloria”, quien también participó del entrenamiento en Beirut y vino a la Argentina con un pelotón TEI.

⁴ Entrevista a “Vicente”.

⁵ Entrevista a “Ricardo”, ex montonero, custodio de Yaguer, que además ofició de traductor en el encuentro entre Montoneros y Al Fatah.⁵ Pese a las demoras, los riesgos y la desconfianza, el acuerdo entre la OLP y Montoneros se cumplió durante todo el año 1979: la fábrica comenzó a producir explosivos plásticos en agosto de 1979 –Israel nunca pudo detectar dónde se hallaba– y los montoneros dispusieron de territorio para el entrenamiento, instructores árabes, municiones, armas y la información adecuada para poder trasladarla en barco, hasta el continente americano, y luego por tierra, a la Argentina.

⁶ Entrevista a “Lita”.

⁷ Contactos no orgánicos con personas que no pertenecieran a su pelotón.

⁸ Entrevistas a “Vicente” y “Lita”. “Carlos” participó del ataque al secretario de Hacienda Juan Alemann en 1979. En junio de 1980, fue secuestrado junto a su esposa en la frontera de Paso de los Libres y trasladado al centro clandestino de la ESMA. Desde entonces, está desaparecido.

⁹ Entrevista a “Vicente”.

¹⁰ “Vicente” viajó a Madrid y presentó un informe explicando las razones de su desertión. Se lo entregó a un miembro de la Organización junto con el dinero que tenía a cargo. “Liliana” intentó suicidarse con un cortapapeles cuando la policía requisó su habitación del hotel, el 9 de julio de 1979. Permaneció vendada tres días en un hospital con custodia policial. Una vez en la comisaría, fue liberada a las pocas horas porque “no tenía antecedentes”. Liliana pensó que la dejaban libre para luego seguirla y provocar la caída de sus responsables. Entonces, decidió no volver a tomar contacto con “Vicente”. Se empleó como doméstica durante cuatro años en Buenos Aires y regresó a su provincia en 1984. Pese a que figura en las listas de desaparecidos, vive. Al igual que el otro soldado, Juan. Volvió a reencontrarse con “Vicente” en el año 2006. (Entrevistas a “Vicente” y a “Liliana”).

¹¹ Entrevista a “Lita”.

¹² Entrevista a “Lita”.

¹³ Entrevista a “Lita”.

¹⁴ La información sobre el atentado a Klein fue extraída en base al testimonio de testigos que declararon en la causa judicial, archivada en los Tribunales Federales de San Isidro.

¹⁵ Sobre el tema de no haber matado en forma directa a Klein, entrevista con Roberto Perdía, ex jefe montonero.

¹⁶ Entrevista con Roberto Perdía, ex jefe montonero.

¹⁷ En el documento del grupo rupturista Movimiento Montonero 17 de Octubre, titulado *Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación* –que se analiza en el capítulo 5- se menciona “(...) en lo que hace a las acciones, hay que explicitar un cuestionamiento referido, concretamente, a la operación contra la familia Klein. Si nuestro objetivo era matar a toda la familia, como lo aseguró recientemente un compañero de la CN, implica un grave error de concepción”. Astiz también da una visión crítica sobre el atentado a la familia Klein, en el citado *“Lo que mata de las balas...”*, p.269: “¿Qué se pretendía con eso... matar a los hijos de Klein? ¿De dónde mierda sacó Yaguer que los montoneros casi-matamos chicos? Porque bien pudieron morir. Nunca fuimos terroristas, nunca fuimos casi-matadores de hijos de enemigos, él no es el dueño de la línea político-militar de Montoneros y la Conducción Nacional tampoco, y no pueden cambiar algo tan importante como eso de un día para el otro”.

¹⁸ Entrevista a “Gloria”, que participó en la operación armada. También se tomaron como fuente los testimonios incorporados en la causa judicial del atentado a Juan Alemann.

¹⁹ Entrevista a “Gloria”.

²⁰ Entrevista a Roberto Perdía.

²¹ Soldati era hijo de un emprendedor suizo, dueño de un holding ligado a Martínez de Hoz. Soldati, como Martínez de Hoz, era miembro del Consejo Empresario Argentino (CEA) y formaba parte de “la patria contratista”, empresarios acusados por Montoneros de provocar el vaciamiento del Estado. El hijo de Soldati, Francisco, era director del Banco Central.

²² La operación contra Soldati fue reconstruida en base a artículos periodísticos, los testimonios de la causa judicial y con la entrevista a “Emilio”, ex miembro de las TEL, que participó de la operación.

²³ Entrevista a “Lita”, que entrenó junto a “Irene”.

²⁴ En la causa judicial, se establecieron cinco cadáveres y el informe pericial del médico legista sobre cada uno de ellos. Aunque en la inspección ocular del ayudante Jorge Enrique Solano sobre el atentado, asentado en las fojas 343 y 344 del expediente, relató que *“a raíz de un tiroteo con fuerzas de seguridad fueron abatidas tres personas, dos del sexo masculino, y resultaron con heridas de distinta consideración otras dos de diferente sexo”*. (resaltado del autor). Eran “Lalo” y “Alejandra”. Ninguno de ellos fue convocado a declarar por el juez Montoya. A excepción de la mención citada, no hay otra constancia de ellos en la causa judicial. Ambos figuran en las listas de organismos de derechos humanos como “desaparecidos el 13 de noviembre de 1979”. Pero en el caso de “Alejandra”, a través de un documento de inteligencia del Ejército asentado en el expediente, se supo que estuvo sobrevivido, estuvo detenida ilegalmente y sus secuestradores la interrogaron para que tomara contacto con su pareja, “Chacho”, jefe del pelotón, y uno de los que escapó tras la explosión.

²⁵ Entrevista a “Ricardo”, custodio de Yaguer. Según la misma fuente, el atentado fue filmado por un miembro de Montoneros desde el hotel, aunque nunca pudo ver la cinta.

8. Capítulo 5. El fin de la lucha armada.

Apartados.

a. Las disidencias internas

b. El último pelotón.

c. El expediente judicial de la Contraofensiva.

a. Las disidencias internas.

Cuando informó de su misión ante la Conducción, Yaguer pudo disociar la diferencia entre una realidad percibida desde el exterior y otra elaborada a partir de su experiencia de casi seis meses en la Argentina. Yaguer dijo que en el país la gente no acompañaba. No había un nivel de conciencia política que sostuviera la realización de operaciones militares. Se podía tirar una bomba molotov si había una huelga, pero no un RPG7. Las armas no iban a generar un mayor estado de conciencia en la sociedad¹.

Dos de los tres jefes de los grupos TEI tenían puntos de vista similares a los de Yaguer. "Alberto", jefe del grupo 1, que había comandado la operación-Klein, siempre había creído en el pueblo pero esta vez el pueblo no respondía. Las operaciones no habían tenido repercusión. "Alberto" había llegado muy decepcionado de Argentina y aprovechó algunos días de descanso que le concedió la Organización para recorrer el sur de España. A poco de regresar a Madrid, Perdía y "Alcides", que había sido jefe militar de Montoneros en Beirut y había actuado como enlace entre Yaguer y los tres grupos TEI, lo convocaron a una reunión de combatientes y le propusieron retornar a la Argentina como jefe operativo de otro pelotón para un ataque militar. Alberto sintió que ya había perdido valor. Su esposa, que también había participado junto a él en la Contraofensiva, tenía un embarazo de ocho meses. Su argumento no fue

entendido en esa reunión. Lo acusaron de pensar más en su hijo, que era una cuestión individual, que en el proceso revolucionario, que era un fin superior y colectivo. Lo trataron de cobarde. Alberto renunció².

“Miguel” Olmedo, jefe del grupo 2, había sido degradado de teniente primero a soldado por abortar el atentado a Alemann. Cuando llegó a Madrid, después de las acciones militares, planteó la ruptura. Perdía le pidió que si pensaba armar una línea disidente no utilizara del nombre de su hermano Carlos, que estaba muy ligado a la historia de Montoneros; después le trajeron a sus hijos que estaban en la guardería de Cuba y clausuró su vida con La Organización³.

En ese período, en los últimos días de 1979, cuando las acciones de las TEI y las TEA habían concluido, fueron momento de desolación, crítica y necesidad de debatir lo que había sucedido en la Argentina. En el informe del ex miembro de Grupo TEA II –citado en los capítulos 3 y 4- y entregado a la CN, sintetizaba la crítica a la “militarización de la política”, la concepción cortoplacista –“en un año ganamos”- y la imprevisión del costo real en bajas que insumiría la Contraofensiva. Además, en su experiencia en el territorio, había concluido que el enemigo conservaba la fuerza propia, con suficiente capacidad de maniobra para continuar la represión, y además había logrado aislar y sectorizar los conflictos obreros aplicando la negociación localizada.

El informe también planteaba de manera crítica la metodología de acción de las TEA, *“que consistía en alquilar una casa, desarrollar un rápido trabajo político fabril en la zona, realizar alguna transmisión de RLTV, ‘quemar’ la casa y retirarse, para volver luego desde ‘afuera’ del barrio y explicarle a los vecinos: “yo soy montonero y fui el que realizó la interferencia de Tv... Con esta estructura centralizada y encadenada pretendimos lograr objetivos inmediatos y creo que no hemos logrado casi nada, o muy poco. (...)...la política de acumulación de poder sindical fue incorrecta en su concepción y suicida en su organización. La incorrección de concepción consiste en que no estamos conduciendo con política sino con “el aparato” corporizado en el*

compañero inserto desde hace 4 ó 5 meses... Si al menos no tuviésemos las bajas que tenemos se podría aceptar esta metodología como un mal menor... pero las caídas son tan grandes que corremos el peligro de caer en la inactividad y en la discontinuidad... En mi opinión, la alternativa a esta situación debería girar en torno a la elaboración de un proyecto político adecuado a la situación de las masas, que respete las formas de lucha, las estructuras descentralizadas que los trabajadores han dado durante estos últimos años como síntesis metodológica de su práctica, y que respete los ritmos de participación de la clase obrera. Esto facilitaría nuestra inserción, lenta y definitivamente, integrarse al "paisaje" fabril y barrial... Al paso que vamos, el cro. Comdte. Firmenich va a tener que plantarse en una fábrica para contactar algún trabajador y entregarle un volante"⁴.

En forma casi inmediata a la conclusión de la Contraofensiva de 1979, las escisiones continuaron. Se produjo la ruptura liderada por el secretario de prensa Miguel Bonasso y un grupo de militantes, quienes criticaron la militarización del Partido, el enfrentamiento 'aparato contra aparato' y la vocación de constituirse como vanguardia con una única estrategia, la guerra popular y prolongada. Indica el documento:

"(...) no se priorizó la inserción política de los cuadros en el seno de las masas, se recayó en prácticas organizativistas y aparatistas y todo nuestro accionar estuvo dirigido a montarnos desde afuera en el creciente proceso de presión popular que la clase obrera peronista, principalmente, ha iniciado contra la dictadura militar. (...) No se alcanzaron los objetivos propuestos, perdimos valiosos cuadros partidarios, no avanzamos en nuestra inserción y como consecuencia debimos replegar una vez más al exterior al resto de los cuadros que empeñamos en la maniobra militar".

El texto fundacional del "Movimiento Montonero 17 de Octubre", conocido como "Documento de Madrid", que marcaba el inicio de la crisis interna partidaria a la "no realización del Congreso previsto en 1976", proponía eliminar los grados militares y la disciplina militar, excepto para las estructuras

militarizadas; mantener al Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero (MPM)–instaurado en abril de 1977 en Roma- en la conducción del órgano de masas; permitir la libre expresión de las tendencias internas y convocar al Primer Congreso del Partido⁵.

Los firmantes del documento de Madrid también fueron acusados de “cobardes”, por asumir una lucha revolucionaria en la que no arriesgaban nada y se montaban a lo que hacían los demás, según el documento *“Contra las inconsecuencias del reformismo frente a la clase obrera”*, que firmó el miembro de la CN Eduardo “Carlón” Pereira Rossi, segundo comandante montonero, que había liderado el comando táctico de la Zona Sur de las TEA.

En su defensa a la política oficial de la Conducción, Pereira Rossi menciona que *“invertir cuadros representativos y experimentados (en la Contraofensiva) tuvo para nosotros el objetivo de impulsar una política que se demostró en los hechos como correcta: pasar de la resistencia aislada a la contraofensiva elevando el nivel del enfrentamiento político social”*. Pereira Rossi seguía enfatizando el rol de Montoneros en la “organización” de las luchas obreras contra el gobierno militar. En el resumen de lo actuado, y siempre respondiendo al documento de Madrid y a las voces internas disidentes internas, el documento refiere. *“Nuestra propaganda agitativa tuvo durante el transcurso de 1979 y más precisamente en la coyuntura setiembre-octubre, directivas claras y precisas, referidas a la coordinación de las luchas obreras, planteando como objetivo máximo de las mismas, movilizarse a la calle (...) Por supuesto, con esa tarea no logramos producir ninguna insurrección, ya que pensamos que para tal cosa se hacen necesarias otras condiciones objetivas y subjetivas a nivel de masas. Pero ubicando la tarea en el marco de la realidad correspondiente, esa tarea provocó la participación de miles de personas en la transmisión de nuestra política, llevándola a los barrios, a los centros de trabajo y viceversa, provocó agitación barrial e intercambio de opiniones, provocó que nuestras consignas fueran pintadas por los trabajadores dentro de fábrica como forma de expresar su repudio a la política oligárquica...”*⁶.

En la misma posición se alineó "Chacho", que había perdido a su pareja "Alejandra" en el atentado a Soldati y no fue convocado para conducir el regreso de otro pelotón que se entrenaba en Beirut. En su informe sobre su experiencia en la Argentina, indicó que los resultados de la Contraofensiva habían sido "muy positivos", con un costo en bajas que había sido alto pero "no determinante", y también que la maniobra había sido organizada de manera correcta: con estructuras centralizadas y no con pelotones dispersos, porque de este modo se podían dar respuestas coordinadas frente a situaciones cambiantes. "Chacho" también se oponía a un alto el fuego: con el lanzamiento de la Contraofensiva el primer paso ya estaba dado y con la experiencia obtenida y la mejor visión que existía sobre el territorio, en un futuro retorno el número de bajas quizá podía ser un poco menor y las tareas a realizar, menos complejas. *"Creo que los hechos protagonizados por la clase trabajadora en el '79 son la mejor prueba de que ha comenzado la contraofensiva popular y que debido a la decisión de lanzar nuestra primera maniobra hemos logrado tener la presencia que potenció y dio mayor calidad a la lucha cumpliendo nuestro rol de vanguardia"*.

Su posición era cerrada con los que pensaban diferente. Para él, los críticos debían rectificarse y asumir las propuestas correctas o debían ser suspendidos. Su informe era una muestra de que la Conducción estaba a la defensiva, pero también atacaba. Como no aceptaban las críticas, culpaba a los críticos de lo que había ocurrido. Un ejemplo fue la acusación de "traición criminal" a Gerardo, cuando ya estaba secuestrado y muerto, por haber dado libertad de funcionamiento de su pelotón, como expresó el Boletín interno nº 11 de la CN.

Pero el balance de la maniobra no se atenuaba al señalar la responsabilidad de supuestos "traidores", que en este caso no se los enjuiciaba por haber delatado, sino por haberse diferenciado del oficialismo montonero en medio de la batalla. Una descripción llana de los acontecimientos en la Contraofensiva de 1979 demostraba que uno de los tres grupos TEA se había desmembrado y habían caído cuadros de jerarquía; casi toda la estructura

política había sido secuestrada o muerta por la acción de la inteligencia enemiga, y las operaciones armadas de las TEI se habían cumplido en forma parcial: el objetivo más importante, que era el ministro Martínez de Hoz, no se concretó y sólo se alcanzó uno de los tres objetivos secundarios, con un saldo de importantes bajas propias. Pero si no se quería considerar a la Contraofensiva en función de sus bajas –que fueron alrededor de 80, según el cálculo estimado por el Equipo de Antropólogos Forenses al autor-, el único saldo positivo había sido la realización de las interferencias a los canales de televisión, aunque los discursos de Firmenich no alcanzaban para captar a los obreros y conducir su lucha. Sea por diferencias tácticas, políticas, ideológicas o por miedo, no había gremios ni fábricas en conflicto que apoyaran la propuesta montonera.

La Conducción intentó neutralizar los cuestionamientos internos para evitar el estado deliberativo. Se argumentó que no era el momento de atender problemas internos: lo determinante era el proceso de masas, lo urgente era llenar el vacío de conducción de la clase trabajadora. Las cuestiones partidarias debían resolverse dentro del país, en las prácticas cotidianas. No hubo posibilidad de debate ni congreso montonero que discutiera las políticas y rindiera cuentas en una Organización que desde que había ingresado a la clandestinidad en 1974 pasó de seis mil cuadros a poco más de cien.⁸

Con la crisis a cuestas, Montoneros entendió que debía continuar con los lineamientos de la Contraofensiva de 1979: acertar con un ataque militar a una figura prominente del gobierno y fortalecer la vía de la insurrección de la clase obrera, hasta que se produjera la violenta irrupción de las masas. La Conducción tomaba como ejemplo la revolución iraní de febrero de 1979, cuando más de tres millones de personas en las calles habían enfrentado y derrumbado al régimen del sha Reza Palevi. Montoneros no quería permanecer ajeno al proceso histórico si una revolución parecida se desencadenaba en la Argentina. Debía construir poder de masas. Había una justificación científica: cuando la lucha de clases alcanzaba un momento crítico y se luchaba por la

toma del poder, el papel de la vanguardia era decisivo; en este caso, le correspondía a Montoneros. La revolución nicaragüense de julio de 1979 también los deslumbró. La Organización había aportado un millón de dólares, había cedido el uso de la Radio Noticias de Costa Rica y el comandante Vaca Narvaja había sido invitado al ejército rebelde. Firmenich preveía que los años ochenta serían la contraofensiva del pueblo latinoamericano. Teniendo en cuenta estas dos revoluciones y la evaluación positiva de la primera Contraofensiva, en diciembre de 1979, en una reunión colegiada del Comité Central de Montoneros en La Habana, a la que sólo pudieron concurrir cuadros con grado de capitán hacia arriba, se decidió encarar las maniobras de la Segunda Campaña Popular. La Contraofensiva no podía detenerse⁹.

b. El último pelotón.

Durante 1979, el Departamento de Logística y Personal había continuado con el reclutamiento de combatientes en México y Madrid para enviarlos hacia el Líbano. No se requerían muchas condiciones para la selección: cualquiera que se quisiera incorporar, tuviera instrucción o no, podía hacerlo. Aunque, debido a las expulsiones y deserciones, costó trabajo completar el primer pelotón del año 1980. Se recurrió a aquellos que habían servido tanto en las tropas de agitación como en las de infantería y acababan de retornar de la Argentina.

En el caso de éste último pelotón, fue el único cuyos secuestros y desapariciones alcanzaron a ser investigados por la Justicia, con condenas judiciales a miembros sobre el Batallón de Inteligencia 601; a diferencia de los caídos de 1979, sobre los cuales no existen más que denuncias asentadas en los legajos de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP).

Uno de los miembros del último pelotón de la Contraofensiva fue "Facundo", Julio Cesar Genoud. Hacia 1980, tenía 25 años y una historia como

la de cualquier otro montonero¹⁰. En los últimos meses de 1979, Genoud había quedado “desenganchado” de la estructura de TEA-Sur -nunca había podido dar con los otros dos integrantes de su pelotón- y había quedado solo, encerrado en una pensión de La Boca. Pasó varios meses sin armas, sin capacidad de operar, sin dinero. Finalmente, por orden de “Carlón”, recibió la orden de la retirada. Genoud, con la ayuda de su hermano, viajó a Brasil, donde se reunió con sus padres y les prometió que no volvería a militar en Montoneros. Se iría un tiempo a Londres. Pero no lo hizo. Se fue a Panamá, el lugar elegido por “Carlón” para reagrupar a su tropa de TEA-Sur y evaluar lo actuado: las interferencias se hicieron, el grupo no había tenido bajas, todo había funcionado bien. Después Genoud viajó a Madrid y se alistó en el primer pelotón TEI que ingresaría a la Argentina. La última carta a su madre se la envió el 20 de febrero de 1980. Junto a Genoud también se integró “Toti”, Mariana Guangioli, su novia, que se había entrenado dos meses en el Líbano y tenía más jerarquía que él: con 21 años ya era subteniente y también viuda -su marido había caído en combate-, y había parido a una hija.

El de Genoud no fue el único caso de padres que intentaron impedir su regreso porque deseaban salvar sus vidas más que nada en el mundo. A fines de noviembre de 1979 el actor Marcos Zuker viajó a Madrid para interpelar a su hijo Ricardo. Alguien le transmitió que lo había visto en una panadería de Buenos Aires, pocas semanas antes.¹¹ Por lo que su padre sabía, su hijo vivía en Madrid en pareja con Marta Libenson, “Ana”. Tenían 24 y 22 años. Ricardo había sido secuestrado durante algunos meses en 1977. Ella tenía una hija de una pareja anterior, que ya había caído; ambos se habían entrenado en Beirut e integraron el grupo TEI número 1 que atentó contra la casa de Klein. Durante su estadía de casi cinco meses en la Argentina, Zuker había vivido en una casa en el barrio de Saavedra y entre sus salidas, visitó la tumba de su madre, fue a la cancha de San Lorenzo, y también saludó a algunos amigos, rompiendo las

reglas de la clandestinidad que prohibía los contactos "laterales". Pero a su padre le dijo que nunca estuvo en la Argentina y que tampoco volvería.

Verónica Cabilla, a los 16 años, integró el mismo pelotón de Zuker durante 1979, pero su caso fue diferente. Tanto su padre como su madre autorizaron por escrito la participación de su hija en el combate. Antes de que viajara de México a Beirut, organizaron una reunión entre militantes para despedirla. Ella no estaba haciendo otra cosa que continuar el camino que sus padres habían elegido¹².

En el caso de Jorge Benítez, de 16 años, su viaje a la Argentina estuvo avalado por su madre, y en los hechos por su tío Angel Servando, de 28 años, que había sido detenido en la Argentina y había tomado la opción de irse del país. Los dos eran chaqueños, de origen humilde. Apenas reclutados, participaron del brindis de fin del año de 1979 que se organizó en la casa de Montoneros en Madrid, mientras se empezaba a conocer la magnitud de las caídas de la primera Contraofensiva.¹³ Además de los soldados Genoud, Zuker, Libenson y Caviglia, la Organización reiteró la convocatoria para el teniente "Enrique", Ángel Carbajal, de 30 años, mendocino, profesor de matemáticas, y militante del gremio docente, que había permanecido tres años detenido, de 1975 a 1978. A él se sumó su esposa, "Marisa", Matilde Rodríguez de Carbajal, de 27, que no tenía instrucción militar y otro teniente, "Ricardo", Raúl Milberg, de 25, técnico químico, que ya había participado de la operación contra Klein en 1979.

Con la desertión de "Alberto", la jefatura del grupo que se preparaba para retornar a la Argentina tuvo que reformularse. El nuevo jefe era el teniente primero "El Chino", Ernesto García Ferré, de 24 años, hijo de una familia reconocida por la creación de dibujos animados. Ferré había sido miembro del Frente de Derecho de Montoneros, luego integró la Unidad Logística del Ejército Montonero de Capital Federal durante la resistencia armada y fue uno de los pocos que logró sobrevivir a la represalia militar por el fallido atentado

contra al almirante Armando Lambruschini, en el que murió su hija de quince años, el 1º de agosto de 1978. A partir de entonces, García Ferré viajó a México y fue instructor de un pelotón TEA. "El Chino" generaba cierta desconfianza en algunos militantes en el exterior; preferían evitarlo.¹⁴ La desconfianza sobre Ferré no se expresó en la conducción montonera: avanzado 1979 recibió instrucción en El Líbano y una vez que partieron los primeros tres grupos TEI, él se convirtió en instructor de los nuevos pelotones en formación. Durante un pasaje por Madrid, Ferré había conocido a "Laura", Miriam Antonio, sobrina de Jorge Antonio, uno de los empresarios vinculados a Perón desde los años cincuenta. Ella había nacido en Suiza, dominaba el inglés y el alemán, tenía estudios de conservatorio de música y una economía consolidada, no sólo por la posición de su familia sino por los ingresos que le generaba una heladería en la calle Toledo que gestionaba junto a su primo Héctor Antonio. Pero el hecho de que su nivel social y cultural fuese diferente al resto de sus compañeros, no la alejaba de los suyos: vivía junto a dos milicianas en un departamento pequeño. "El Chino" Ferré y Miriam Antonio ya estaban en pareja cuando viajaron a Medio Oriente para el entrenamiento militar¹⁵.

Otro miembro del pelotón, que ya había participado en la Contraofensiva como asistente del capitán "Alcides" y que se ocupaba de cubrir las citas y las necesidades de los tres grupos TEI, era "Manuel", Ángel García Pérez, de 28. En total, quienes se habían alistado para la continuidad de la batalla eran trece; siete de los cuales ya habían intervenido en la primera Contraofensiva.

Los objetivos militares de 1980 se escogieron bajo los mismos lineamientos políticos que los del año 1979: figuras del equipo económico y empresarios ligados a la oligarquía local. En Madrid, como jefe del Comando Táctico, Perdía había marcado alrededor de una docena de blancos, pero sobre esa base, la elección específica quedaba a criterio de las posibilidades operativas del pelotón. La logística también fue la misma que la de la primera Contraofensiva. Se utilizarían las armas que los grupos TEI habían ocultado en

guardamuebles de Buenos Aires, antes de partir hacia Europa. Los pasaportes y cédulas de identidad de cada miembro serían preparados por la Secretaría Técnica, asentada en Cuba, bajo responsabilidad de Firmenich. La forma de ingreso a la Argentina quedaba a criterio de cada uno. Las citas estaban cerradas antes de viajar y si alguno perdía el contacto en Buenos Aires, se reenganchaba llamando a Madrid. Habría dos casas para la concentración del pelotón antes del ataque y una tercera para "El Chino", el jefe operativo. La Conducción esperaba que antes del 24 de marzo de 1980, o precisamente ese día, durante el cuarto aniversario del golpe de Estado, el grupo pudiera realizar un atentado de proporciones contra la dictadura. Tenían poco más de un mes para prepararlo.

Mientras los combatientes aprovechaban sus últimos días de descanso en Europa, durante el mes de diciembre de 1979 comenzó a circular por distintos cuerpos y regimientos de Ejército la orden de revisar cada uno de los guardamuebles de la ciudad de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires¹⁶. Habían descubierto la línea de la logística de la Contraofensiva montonera. Comprobaron que los depósitos de las compañías de mudanza se habían usado para guardar armas, granadas e incluso material sanitario. Los regimientos crearon equipos de control para examinar todos los muebles depositados entre octubre y diciembre de 1979, con especial atención sobre aquellos que fueron entregados en persona por el cliente y con un pago de seis meses por adelantado. Ante la posibilidad de que las banquetas o sillones pudieran contener trampas *cazabobos*, los militares recomendaban supervisarlos con agujas de tejer. Para los muebles con candado, la orden era contactar al dueño, quien debería proceder personalmente a su apertura. La circular del Ejército, además, consignaba que en caso de que se hallara "material subversivo", se debía dar aviso a la policía de la jurisdicción para iniciar las actuaciones judiciales.

A menos de un mes de la circulación de la orden, la noticia ya era pública. El 23 de enero el diario *Clarín*, publicó un comunicado del Comando del Cuerpo I del Ejército, entonces bajo el mando del general Guillermo Suárez Mason, que informaba del secuestro de un pequeño arsenal montonero escondido en cajas de juguetes, televisores y sillones: hallaron fusiles G3, ametralladoras Uzi, pistolas Smith and Wesson, un lanzacohetes RPG7, granadas de mano, proyectiles, dos equipos de interferencia RTLTV. Los militares anticiparon que extenderían la revisión de guardamuebles a todo el país.

Es difícil suponer que la Conducción montonera, asentada tanto en Cuba como en España, no hubiese tomado conocimiento de esta noticia que comprometía directamente a la logística del pelotón que se aproximaba al frente de combate. Pudo haber fallado el Departamento de Inteligencia pero la Conducción debió estar enterada. Había un montonero que se ocupaba del correo interno y todas las semanas viajaba de México a La Habana y también hasta Madrid para dejar en manos de Firmenich y Perdía la documentación interna, diarios y revistas. La prensa se leía, se analizaba y se comentaba. Pero si la Conducción o el Departamento de Logística y Personal se enteró de la caída de un arsenal montonero en un guardamuebles, fue lo mismo: la orden de batalla ya estaba dada, el plan mantuvo su disposición original y nada modificó el curso de los acontecimientos.

No todos los comandos militares hicieron públicos los hallazgos de armamento ni tomaron en cuenta los recaudos legales de la circular. Una madrugada de enero de 1980, un grupo de seis o siete militares tomaron por asalto el guardamuebles "Expreso Florida", ubicado en Malaver 2851, en Olivos. Le pidieron los registros a su dueño, Victorio Crisafio, ocuparon su oficina y desde entonces asumieron la gestión de la empresa. Crisafio fue confinado a su vivienda de la planta alta, con vigilancia militar. Cada tanto le

consultaban por algún presupuesto para realizar una mudanza, pero nada más.¹⁷

El 21 de febrero de 1980, Ángel Carbajal, que había guardado las armas de la operación Klein, se acercó al guardamuebles para retirar un baúl y un placard. Llevaba pocos días en el país y había dejado alquilada una casa en San Justo, en la que acababan de instalarse su esposa Matilde y Raúl Milberg. Los propietarios, que vivían en la parte de adelante, se habían encariñado con ellos y saludaron su regreso luego de una ausencia de algunos meses. Lo festejaron con un asado. Pero tres días después dejaron de verlos. Un grupo de civil que a la semana entró a revisar la casa, les informó a los propietarios que la volvieran a alquilar porque a esa gente no la iban a ver nunca más¹⁸.

La de Carbajal fue la primera caída. A partir de allí, en menos de un mes, todos los combatientes del grupo TEI que fueron ingresando a la Argentina fueron secuestrados. Según el Informe I, producido en junio de 1980 por el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército Argentino, el 27 de febrero fueron secuestrados en la estación de Once, cuando descendían de un ómnibus procedente del Paraguay, Julio César Genoud, Mariana Guangioli y Verónica Cabilla. El 28, desaparecieron el "El Chino" García Ferré y su pareja Miriam Antonio, que habían ingresado por Chile. Fueron detenidos en un lugar no revelado. Ese mismo día, un comando militar secuestró a la esposa de Carbajal, Matilde Rodríguez y a Raúl Milberg. El 29, también en Once, detuvieron a Ricardo Zuker y su pareja Marta Libenson. Los últimos miembros del pelotón cayeron en marzo. El 19, "Manuel", Ángel García Pérez, que llevaba sólo una semana en el país, fue secuestrado en una cita en Luján. El mismo día se produjo el secuestro de "Raúl", Jorge Benítez. Según el informe del procedimiento, efectuado por miembros del Comando Militar de Zona IV, "Manuel" y "Raúl" fueron llevados a un guardamuebles de Buenos Aires, donde secuestraron 1 RPG7, dos fusiles alemanes, doce granadas y dos lanzagranadas. Un informe interno del Ejército, escrito el mismo 19 de marzo,

planeaba las tareas del día siguiente. *“Queda una cita pendiente con “Fermín”, que es otro integrante del TEI del “Chino” para el 20 de marzo a las 16.00. Se conoce el domicilio de “Fermín”, pero para evitar riesgos, se procurará detenerlo en la cita”.*

“Fermín” era Ángel Servando Benítez. Fue secuestrado en la localidad de Martínez. A la tarde, un comando militar irrumpió en su casa. Una vecina logró rescatar a su hija¹⁹.

La Conducción no se enteró de la destrucción de sus Tropas de Infantería enviadas a Buenos Aires. El plan de operaciones siguió su curso aunque, respecto a la Contraofensiva de 1979, hubo una corrección. El Comando Táctico decidió instalar una base en un país limítrofe para que el responsable de las TEI en la Argentina pudiera salir del país y recibir asistencia e instrucciones, según el desarrollo de los acontecimientos. Para ese fin, “Petrus”, Horacio Campiglia, de 30 años, segundo comandante montonero y secretario auxiliar del Comando Táctico, voló desde Panamá a Río de Janeiro, el 11 de marzo de 1980. Lo acompañaba su asistente “Lucía”, Mónica Pinus de Binstock, de 26. Ambos viajaron bajo el nombre de Jorge Pinero y María Cristina Aguirre de Prinssot. Precisamente el marido de Pinus, Edgardo Binstock, había alquilado un departamento amueblado para que se alojaran. Unos días antes del viaje a Brasil, su esposa llamó al hotel donde se hospedaba Binstock y acordaron una cita en un cruce de calles de Río con una hora precisa, durante cualquier día de la semana siguiente. Binstock fue cubriendo las citas establecidas y nunca vio a ella ni al jefe de ella. Enseguida, viajó a México e informó de las citas frustradas y luego se trasladó a Cuba. La Conducción –le informaron- no sabía nada sobre Campiglia ni Mónica Pinus de Binstock²⁰.

Las caídas de ambos es todavía un enigma. Sus cuerpos desaparecieron en el vuelo de Viasa 344 que partió de la ciudad de Panamá, hizo escala en Caracas y tenía como destino final Río de Janeiro. Aparentemente, el grupo que los secuestró sabía que viajarían en ese vuelo, ese día. Los únicos que conocían sus nombres supuestos eran los miembros de la Secretaría Técnica de

Montoneros, quienes proveían documentos y, por tratarse de un miembro de Conducción, los boletos aéreos. Si se continúa con esta hipótesis de investigación, la caída de Campiglia y Pinus de Binstock se habría producido por una filtración interna desde la Comandancia en Cuba. Es decir, habría sido originada “desde arriba”. Pero no es la única hipótesis. Otra sugiere que la caída se produjo “desde abajo”. Es decir, a partir de la confesión del jefe operativo de las TEI en Argentina, “El Chino” García Ferré. Estaba previsto que Campiglia y Mónica Pinus de Binstock se reunieran en Río, para que éste informara sobre el pelotón que tenía bajo su conducción y el atentado que supuestamente se estaba planificando.²¹ De este modo, en el armado de la supuesta cita, y estando ya en manos de los militares, Ferré habría facilitado la información necesaria para los secuestros de Campiglia y su asistente. Esta hipótesis se reforzó con la publicación de un documento de la embajada norteamericana en Buenos Aires al Departamento de Estado de Estados Unidos bajo el título *Conversation with argentine inteligente source*, elaborado pocos días después del secuestro de Campiglia y Pinus de Binstock. En el mismo, un oficial político de la embajada norteamericana transcribió una conversación con una fuente de la inteligencia argentina. Los puntos centrales del documento fechado el 7 de abril de 1980 son los siguientes: el Batallón 601 del Ejército había capturado al instructor montonero en el Líbano (García Ferré). Éste suministró la fecha y hora de la reunión con Campiglia en Río, y un comando militar, en coordinación con las autoridades brasileñas, secuestró a los montoneros antes de que se registraran en un hotel de Río. Fueron traídos a Buenos Aires en un avión Hércules C130 de la Fuerza Aérea Argentina. El cable informó también que García Ferré ya había provocado las caídas del resto de los miembros de los grupos TEI, al informar que los pelotones reingresarían en micro desde países limítrofes.²²

El documento desclasificado, sin embargo, no ayuda a poner en evidencia cómo hizo García Ferré para conocer la cobertura de identidad con la

que viajaban Campiglia y Pinus, además del día y el vuelo. Esto constituye una debilidad de la hipótesis. Pero a su vez, como el documento no menciona el lugar donde fueron secuestrados, se puede suponer que, incluso antes de cubrir la cita con Eduardo Binstock, Campiglia hubiese decidido encontrar a García Ferré en alguna calle de Río. Si hubiese sido así, la hipótesis vuelve a debilitarse: los nombres supuestos de Campiglia y Pinus no existen en reservas de hoteles de Río. Y si la cita se hubiese realizado en forma inmediata a su llegada, ¿por qué Campiglia y su asistente habrían de concurrir juntos?

En la causa judicial sobre las caídas de la Contraofensiva, revisada por el autor de esta tesis, existen dos artículos de prensa, uno de *O Estado de Sao Paulo* de abril de 1980 y otro de *Journal do Brasil* de junio de 1983, según los cuales, en la pista de aterrizaje, militares que hablaban portugués armaron un cordón de aislamiento y separaron a los montoneros del resto del pasaje y que tanto Pinus como Campiglia gritaron sus identidades y denunciaron que estaban siendo secuestrados. El primer artículo tuvo como fuente de información a miembros de Montoneros, que viajaron a Río de Janeiro para investigar la caída y aprovecharon para generar la denuncia pública a través de la prensa, con la intención de convocar a testigos. Pese a la denuncia, no existieron testigos de tal procedimiento. El titular del Movimiento de Justicia y Derechos Humanos de Río Grande do Sul, Jair Kischke, viajó desde Brasil para ratificar los secuestros en la justicia argentina, pero en el juzgado no creyeron que hubiese presenciado los hechos.²³

Otra hipótesis no desarrollada en la causa judicial es que la información necesaria para las caídas de Campiglia y Pinus hubiese provenido desde Panamá. La línea de contactos de Montoneros tenía dos funcionarios estatales: el secretario del general Omar Torrijos, Jesús "Chuchú" Martínez, y el general Manuel Noriega, por entonces jefe de inteligencia de las Fuerzas Armadas. Ambos ofrecían protección, documentación de cobertura e intercambio de información con la Organización en ese país. Sin embargo, Panamá no era una

zona segura para la izquierda latinoamericana.²⁴²³ Si, como indica el testimonio de Pilar Calveiro, esposa de Campiglia, en la causa judicial, ella lo despidió desde México el 7 de marzo y luego su marido abordó el avión el 11 desde Panamá, es posible que en esos cuatro días la inteligencia militar argentina hubiese recibido información sobre su identidad de cobertura y la fecha de su partida a Brasil. Por otra parte, el hecho de que -como está asentado en la causa judicial- Mónica Pinus fuese demorada en el aeropuerto de Tocumen por problemas en su pasaporte, suma otro punto para considerar la hipótesis de que los pasaportes ya estaban "pinchados" por la Dirección de Migraciones de ese país.²⁴

Aunque todavía no existen precisiones sobre la modalidad del secuestro, sí se conoce que tanto Campiglia como Pinus estuvieron detenidos ilegalmente en Campo de Mayo. Por una parte, lo informa el documento desclasificado producido por la embajada norteamericana (2/4/1980). También lo confirma un documento del Batallón 601, donde, bajo el nombre de "Petrus", se transcriben algunas informaciones sobre el ingreso de otro nuevo grupo TEI en el mes de junio *"o podría adelantarse para mayo"*, para realizar *"un hecho de conmoción nacional"*. Sobre este punto, el documento del Ejército indica: *"A los efectos de obtener puntas para identificación de dichos DT (delincuentes terroristas) a su entrada al país el DT CHINO ("delincuente terrorista", "Chino" García Ferré) está haciendo una descripción lo más detallada posible de todos los DT a quien instruyó en el Líbano* ²⁵.

La caída de Campiglia no detuvo los planes de la Contraofensiva, pero algunas modalidades del regreso se fueron modificando. Algunos militantes llegaron del exterior para intentar insertarse en el territorio, buscarse un trabajo y empezar a hacer contactos políticos con vecinos, organizaciones barriales o sindicales. Esta nueva política también incluyó a Mario Firmenich. En mayo de 1980, un asistente suyo viajó a Mar del Plata para montar una infraestructura para que el jefe montonero pudiera instalarse en la ciudad balnearia, pero luego

retornó a Cuba e informó que no había condiciones posibles para garantizar su seguridad. En la Argentina, no sobreviviría. La Conducción, o lo que quedaba de ella, decidió que Firmenich permaneciera en Cuba²⁶. Perdía, en tanto, se estableció en Lima, Perú, con su Comando Táctico. Tenía la misma función que debía cumplir Campiglia en Río de Janeiro: brindar asistencia a militantes dispersos o pelotones que se estaban instalando en la Argentina. Como parte de esta política, una estructura de prensa y propaganda conformada por siete militantes se instaló en Buenos Aires para imprimir y distribuir un libro sobre análisis político y económico crítico de la dictadura militar, producido por Montoneros. Llegaron a montar un equipo de impresión en una casa alquilada y enviaron el libro por encomienda a más de trescientos dirigentes políticos y sindicales, incluso a funcionarios militares, pero las posibilidades de desarrollar un trabajo político con los vecinos era muy escasa porque éstos rehuían involucrarse en ninguna obligación. El control ideológico de la dictadura sobre la clase media porteña era tan arraigado que no encontraban huecos para propagar su discurso. Con desazón, los militantes concluyeron que la sociedad no tenía oídos para ellos, ni los necesitaban. Los riesgos eran muy altos para los que llegaban del exterior. De esa estructura de prensa, tres miembros fueron secuestrados y nunca más aparecieron. Los que sobrevivieron, lo hicieron luego de permanecer más de tres años en cárcel, con condenas del Consejo de Guerra²⁷. Uno de los casos más llamativos de las desapariciones de esa estructura fue el caso de Gervasio Guadix, quien fue secuestrado a fines de agosto de 1980. Los militares planificaron una parodia de su supuesto suicidio tres meses más tarde en Paso de los Libres²⁸.

Las fronteras eran zonas de caídas frecuentes por la información de inteligencia que poseía el Ejército sumada a la colaboración de la red de "marcadores", montoneros secuestrados-desaparecidos que eran obligados a delatar la entrada o salida de sus ex compañeros²⁹.

Luego de la caída del Grupo TEI en febrero y marzo de 1980, todas y cada una de las diferentes estrategias de la Conducción para establecer cuadros en el país, los distintos grupos de prensa, de agitación y propaganda, incluso los militantes que debían instalarse en un barrio y sumar vecinos para una construcción política a largo plazo, fueron siendo desmantelados por el Ejército. Los militantes no tenían garantías de seguridad, pero se subordinaban a las decisiones de la Organización. Su destino era secuestro, la tortura y el fusilamiento o, en algunos casos excepcionales, una detención legalizada. La propia embajada norteamericana empezó a sentirse incómoda por la continuidad de esta estrategia. El 14 de mayo de 1980, Maxwell Chaplin, un oficial político de la Embajada norteamericana en la Argentina, transmitió un cable a Washington en el que, según le indicó su fuente militar, los miembros de las TEI y TEA *“serán tratados de la misma manera que antes: la tortura y ejecución sumaria”*. El oficial de la embajada preguntó a su interlocutor si no era conveniente *“llevar a esta gente ante cortes formales, inclusive cortes militares”*. Pero la respuesta fue negativa. Había un problema operativo. *“Los militares no confían ni saben cómo utilizar las soluciones legales. Primero, los métodos actuales son más fáciles y familiares. Segundo, no hay ningún militar que tenga el coraje para asumir la responsabilidad formal por la condena y ejecución de un montonero. Bajo las reglas actuales “nadie” es responsable en los registros por las ejecuciones”*, respondió la fuente³⁰.

Tres meses después, en agosto de 1980, la embajada norteamericana ya estaba molesta por la seguidilla de crímenes. Les pareció una exageración. *“Los miembros políticamente agudos del equipo de Videla deben darse cuenta de que la continua táctica de asesinar a montoneros sin un debido proceso legal ya no es necesaria desde el punto de vista de seguridad y extremadamente costosa en términos de las relaciones internacionales”*, indica el cable desclasificado por el Departamento de Estado. La molestia estaba fundada en la extensión internacional de una operación del Batallón 601, que, para su realización, necesitó de la colaboración

de los servicios secretos de Perú y de España. El *raid* tuvo su punto de partida en mayo de 1980 con cinco secuestros en Buenos Aires; en junio la operación continuó en Perú, donde los secuestros estuvieron a pocos minutos de alcanzar al jefe montonero Roberto Perdía y, por último, acabó con una militante, que había sido secuestrada en Lima, y apareció muerta en Madrid. Si bien la operación se realizaba en el marco del Plan Cóndor, que la propia central de inteligencia de Estados Unidos (CIA) había definido como *“un esfuerzo cooperativo de los servicios de inteligencia de varias naciones sudamericanas para derrotar el terrorismo y la subversión”*, que contaba entre sus miembros a Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y Bolivia y afirmaba que *“Perú y Ecuador recientemente se convirtieron en miembros”*, para el oficial político de la embajada norteamericana en la Argentina, esta operación de la inteligencia militar argentina les pareció desproporcionada y con efectos perjudiciales para la imagen del gobierno local. El cable describió a Videla como un *“prisionero o víctima”* del Batallón del 601. *“Cualquiera con un gramo de sentido político en el gobierno argentino hubiera abortado, si hubiera podido, estas operaciones. Ciertamente, el riesgo de la aventura peruana para Videla no valía el precio de tener que cancelar su visita a Lima”*.³¹

Según la agenda de la Junta Militar, el general Jorge Rafael Videla debía participar de la asunción del presidente electo Fernando Belaúnde Terry en Perú a fines de julio, pero una acción del Batallón 601, por las consecuencias que trajo, lo obligó a quedarse en Buenos Aires. La acción se inició con el secuestro del teniente primero *“Lucio”*, Federico Frías, un ex estudiante de Economía de la ciudad de La Plata que ya había participado de la Contraofensiva de 1979 como miembro de TEA zona oeste. Frías acababa de abandonar México para retornar a la Argentina y era responsable de un grupo de cuatro militantes, - Gastón Dillón, Mirtha Simonetti, Salvador Privitera y Aghatina Motta-. Todos fueron secuestrados en el mes de mayo de 1980.³²

Pero dado que Frías debía reportarse a Perú para un encuentro con Perdía, los militares planificaron una operación internacional para capturar al jefe del Comando Táctico a través del mismo Frías. Frías ya tenía una cita establecida con la teniente "Mecha", María Inés Raverta el 12 de junio en el parque Kennedy. Ella debía conducirlo al encuentro con Perdía. El plan de los militares se complicó el día anterior cuando Frías, en el baño de un bar, logró quemar con un cigarrillo una cuerda de nylon que unía el dedo gordo de su pie con un testículo y empezó a correr por las calles de Miraflores, mientras, muy atrás, el militar que lo custodiaba le disparaba y gritaba que acababa de asaltarlo. Para desgracia de Frías, un peruano intentó solidarizarse con la supuesta víctima y con su pierna lo hizo caer al suelo y lo retuvo. Frías intentó defenderse, explicó que no era un ladrón sino un secuestrado y que lo habían traído de Buenos Aires para matarlo, pero enseguida llegó su perseguidor y lo golpeó con un revólver. En ese momento se acercó una camioneta para secuestrarlo otra vez, pero un patrullero local impidió la acción e intentó aclarar qué estaba sucediendo. Uno de los militares argentinos apartó al alférez y le explicó que debía llevarse a Frías. La mujer policía que empezó a asistirlo ordenó que llevaran al herido al hospital de emergencia de Miraflores. Frías fue atendido -su nombre está registrado en el libro de ingreso a las trece y veinte-, pero tras la gestión de militares peruanos, fue llevado a una comisaría y luego devuelto, otra vez, a los militares argentinos. Al día siguiente, Frías concurrió a la cita con Raverta con la contraseña acordada, la revista *Caretas*. Ella debía realizarle una pregunta y la pregunta se escuchó a través del micrófono receptor que llevaba Frías. El operativo se puso en marcha: los militares argentinos, con la colaboración de sus pares peruanos, la secuestraron y la condujeron a una residencia del Ejército Peruano, en Playa Hondable, a 50 kilómetros al norte de Lima. La ataron en la cama de un bungalow frente al mar y comenzaron a torturarla con descargas de electricidad. Raverta se sacudía y gritaba. Un militar peruano prefirió salir, pero el argentino lo convocó a la sala.

“¿Por qué no pasás? Es bueno que mires. Es experiencia”. Los oficiales de inteligencia transmiten sus conocimientos y experiencias: combatir las organizaciones opositoras desde la periferia hasta su núcleo organizativo; realizar operativos de contrainsurgencia con grupos paralelos al Ejército; aplicar el mecanismo de secuestro-tortura-producción de información y ejecución del enemigo; utilizar la atrocidad en la represión como instrumento de cohesión y solidaridad interna. Los argentinos gozan de prestigio internacional. Son uno de los pocos ejércitos del mundo que combatieron con éxito a la guerrilla urbana. Después de Estados Unidos, es el mayor proveedor de instructores a sus pares centroamericanos. Los argentinos aplicaron la misma metodología represiva que en su país: secuestro, tortura y “confesión”. Raverta soportó mucho más de las dos horas de “silencio” que establecía la Organización. Después de ese período, si algún militante no concurría a la reunión, la obligación era “levantar” la casa. Perdía levantó el departamento de la avenida Benavides 455, donde el Comando Táctico había montado su oficina, y se fue con sus asistentes a la casa de la calle Madrid, en el barrio de Miraflores, donde estaban viviendo. Julio César Ramírez, quien acababa de llegar de Argentina para informar de su trabajo político, en cambio, demoró la partida o decidió quedarse en el departamento. Las ausencias de Raverta y de Frías, que no llegaban, no componían en principio un hecho grave para Perdía. Supuso que, como hipótesis de máxima, la demora estaría causada por una detención por parte de la policía peruana, pero difícilmente por un secuestro de la inteligencia militar argentina. En su lectura de la coyuntura política, Perdía entendía que había un margen que permitía controlar la situación. *“El régimen militar del general Francisco Morales Bermúdez estaba dejando el poder y faltaba poco más de un mes para que asumiera el presidente electo Belaúnde Ferry”*. Una vez que llegaron a la casa de Miraflores, Perdía instruyó a Noemí Molfino a que permaneciera allí, que no se moviera; pensaba que no le iba a suceder nada. Y si las ausencias de Raverta y Frías se debían a la acción de militares argentinos y representaban el

primer paso para alcanzarlo a él, había que desenmascarar el operativo. Por eso, le pidió al hijo de Molfino, Gustavo, que buscara a los legisladores electos de la izquierda peruana para interiorizarlos de lo que estaba sucediendo e iniciar la campaña de denuncia. En tanto él, Perdía, partió con su esposa Amor, pero antes de hacerlo, tomó el dinero y las armas que había en la casa para dejarla "limpia" si llegaba la policía. Después de un largo rato, cuando Gustavo Molfino regresó a la casa donde estaba su madre, la situación había cambiado: no había luces en la calle aunque sí algunos hombres con armas largas que la circundaban. La llamó desde el teléfono público de la esquina. Noemí Molfino también tenía la impresión de que estaba rodeada. Le pidió a su hijo que no ingresara a la vivienda, que no arriesgara su vida, que tenía un largo camino por delante³³.

Ese 12 de junio de 1980, la misma noche de la desaparición del Noemí Molfino, el Batallón 601 también secuestró a Julio César Ramírez, que había permanecido en el departamento. El portero dijo que lo llevaron alrededor de las nueve. Frías, Raverta, Molfino y Ramírez fueron mantenidos en los *bungalows* de Playa Hondable. Los torturaban y los hacían caminar a ciegas por la playa, con simulacros de fusilamiento. El 17 de junio, frente a la denuncia de las desapariciones, el gobierno militar de Morales Bermúdez anunció que los argentinos habían ingresado ilegalmente a Perú y serían liberados en la frontera boliviana, pero la presidenta de ese país, Lidia Gueiler, que estaba a punto de ser destituida por un golpe de estado, negó haberlos recibido. Sin embargo se conocieron fotos de Raverta y Ramírez mientras estaban secuestrados en la frontera peruano-boliviana. La campaña de denuncia por parte de Montoneros y la izquierda peruana previno a Videla de lo inoportuno que significaría asistir a la asunción de Belaúnde Terry. Se cree que los secuestrados fueron trasladados a Campo de Mayo, donde fueron ferozmente torturados y ejecutados. Los cuerpos de Frías, Raverta y Ramírez nunca aparecieron. El cuerpo sin vida de Noemí Molfino apareció el 21 de julio de 1980, casi cuarenta

días después de su secuestro en Perú, en una cama de un apart hotel de Madrid, sin vida. ³⁴

Luego, en diciembre de 1980, en una reunión del Comité Central del Partido Montonero en La Habana, la organización guerrillera decidió el fin de la lucha armada. De allí en adelante, Montoneros continuó promocionando los retornos de militantes pero les recomendaba que lo hicieran fuera de los aparatos de la Organización y se integraran a otros, para correr menos riesgos.³⁵ Los últimos dos miembros de Conducción secuestrados y muertos en la Argentina fueron Raúl Yaguer y Eduardo Perreira Rossi, en abril y mayo de 1983, respectivamente. A esas alturas, Montoneros se había acercado a la línea interna del peronismo "Intransigencia y Movilización", liderada por el caudillo catamarqueño Vicente Leónidas Saadi y algunos de sus cuadros participaron de la experiencia periodística del diario "La Voz".

En 1989, Firmenich, Perdía y Vaca Narvaja aceptaron los decretos de indulto dictados por el presidente Carlos Menem, a quien le ofrecieron su apoyo político. También lanzaron un "compromiso solemne por la pacificación y la reconciliación nacional" y recordaron sus lazos con el catolicismo en una solicitada dirigida al Papa Juan Pablo II. Galimberti también fue indultado y formó parte de la estrategia oficial de "reconciliación" entre aquellos que en el pasado habían sido enemigos.

c. El expediente judicial de la Contraofensiva.

El expediente de la Contraofensiva se inició a partir de una infidencia del general Cristino Nicolaidis. En abril de 1981, cuando era Comandante del Tercer Cuerpo del Ejército, Nicolaidis convocó a más de cuatrocientos políticos, empresarios y sindicalistas, las "fuerzas vivas" de la ciudad de Córdoba, para exponer sobre temas del "quehacer nacional" y para recordar que "la

subversión no era un tema histórico”, sino que tenía plena vigencia. Para explicarlo con claridad, el general reveló que habían desbaratado varias células de “extremistas argentinos adiestrados en El Líbano, que consiguieron ingresar al país para asesinar a personalidades nacionales”. Nicolaidis comentó que había tenido oportunidad de “conversar con uno de esos delincuentes y les aseguro que tienen un alto nivel de preparación en todos los sentidos”. Unos meses más tarde, en 1983, la madre de Julio César Genoud presentó un recurso de *hábeas corpus* en favor de su hijo, pero el juez Martín Anzoátegui rechazó la acción. Tampoco obtuvo respuesta de la policía, de los comandos militares ni del Ministerio del Interior. Al año siguiente, una vez restablecidas las garantías constitucionales, casi todos los familiares de los miembros del pelotón TEI que fueron secuestrados en 1980 presentaron su querrela a la justicia y solicitaron el testimonio de Nicolaidis y de aquellos que habían sido testigos de sus dichos; entre ellos el entonces vicepresidente, el radical cordobés Víctor Martínez. El expediente judicial tuvo un período de letargo de casi 15 años hasta que volvió a reactivarse por la aparición de un sargento retirado de apellido González en un *talk-show* televisivo y contó que al hijo del actor Marcos Zuker, que estaba desaparecido, lo habían matado en el polígono de Campo de Mayo por orden del Comandante de Institutos Militares del Ejército Argentino, Cristino Nicolaidis. A partir de su relato en televisión las actuaciones judiciales se multiplicaron, pese a que González nunca se presentó a la justicia. Uno de los pilares del expediente fue el informe producido en marzo de 1980 por la Central de Reunión del Batallón 601, donde mencionaba la detención de trece miembros de la “Banda de Delincuentes Terroristas Montoneros”. La causa, también, tuvo a la única detenida-desaparecida que sobrevivió a los centros clandestinos del Batallón 601 que en primera instancia fue “sospechada” de ser la “infiltrada” del Ejército en las estructuras de Montoneros, una versión potenciada por su pertenencia a la estructura de documentación de la Conducción Nacional y el

posterior noviazgo con un agente de inteligencia de ese organismo del Ejército, aunque la justicia jamás dio sustento probatorio a esa sospecha³⁶.

En las actuaciones del expediente también se dispuso la detención en agosto de 2003 de dos ex miembros de la CN, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja. Mario Firmenich estuvo prófugo de la justicia. El vuelco en el expediente estuvo determinado por la recepción de testimonios de ex militantes montoneros y familiares de desaparecidos, quienes criticaron distintos aspectos de la Contraofensiva: la convocatoria semipública de militantes; la desaprensión de los criterios de seguridad con que fueron enviados a la Argentina; la magra capitalización política que se obtuvo con las acciones armadas y, por sobre todo, la continuidad de la maniobra en 1980, pese a las múltiples bajas del año anterior. Mientras continuaba indagando sobre la maquinaria represiva del Batallón 601, éste tipo de testimonios fueron determinantes para que el juez federal Claudio Bonadío concluyera que la conducción montonera había sido “funcional a la represión ilegal”, porque no podían desconocer que los militares habían detectado los depósitos de armas en Buenos Aires. Y pese a que no podían desconocerlo, aplicaron en la segunda Contraofensiva la misma planificación en la logística de armamentos, explosivos y comunicaciones que en la primera. Bonadío entendía que al repetir las mismas condiciones operativas “no existía posibilidad alguna de que los trece militantes que volvían a la Argentina no fueran capturados por las fuerzas represivas del Proceso de Reorganización Nacional”³⁷.

Lo novedoso del argumento del juez para ordenar la detención de los tres ex miembros de la Conducción era que no los imputaba por ordenar los atentados militares de los grupos TEI de 1979, que habían causado muertos y heridos, sino que lo hacía por haber entrenado en forma deficiente a sus subordinados, y que, además, teniendo la responsabilidad del control del aparato de la Organización, los habían expuesto a “un riesgo mayor del

aceptable" en la misión que se les encomendaba y que fue determinante para que perdieran la vida.

Cuando Bonadío dictó las órdenes de detención, la teoría de la "infiltración" de la conducción montonera recrudesció en la esfera pública y se concentró en la actuación del máximo jefe, Mario Firmenich: la presunta colaboración que habrían prestado servicios secretos del Ejército a Montoneros para el secuestro del general Aramburu en 1970; la posibilidad de su colaboración con el jefe de inteligencia del Ejército, el coronel Alberto Valín; la hipótesis del supuesto acuerdo con el jefe de la Armada, Emilio Massera en 1978 y la excarcelación de su esposa y la no persecución de sus familiares durante la dictadura militar, fueron algunos de los datos que presentaban al jefe montonero como "doble agente", que habría sido infiltrado en Montoneros para radicalizar la organización guerrillera, militarizarla y propender a la aniquilación de sus militantes. Un elemento que puede ser tenido en cuenta para matizar –sino descartar– esta hipótesis es el documento del Departamento de Estado producido el 21 agosto de 1980, donde, al recoger información de su fuente militar, el funcionario de la embajada norteamericana escribió: *"...Por otra parte, los servicios de seguridad argentinos tienen ahora tres equipos trabajando en el exterior con la misión específica de matar a Firmenich"* ³⁸.

Las líneas argumentales de las defensas de Perdía y Vaca Narvaja no se diferenciaron. Se manifestaron víctimas de una persecución política, como lo habían sido miles de desaparecidos en los tiempos de dictadura, y afirmaron que se los detenía por el supuesto delito de haberla resistido. Sobre el caso puntual de la Contraofensiva, cuando el juez le preguntó detalles de la maniobra o nombres de guerra de los combatientes, Perdía no los recordaba y Vaca Narvaja decía que no iba a delatarlos; específicamente, sobre los guardamuebles, Perdía dijo que él no podía saber donde se guardaban "los materiales" y que al iniciar la Contraofensiva de 1980 no estaba enterado que los militares ya lo hubiesen detectado. Vaca Narvaja se excusó de realizar

precisiones porque, para esa época, él estaba en Nicaragua. Los dos se negaron a responder preguntas formuladas “a partir de los informes secretos del Ejército, producidos bajo tormento en campos de concentración”. En su auto de prisión preventiva, Bonadío consideró que los sobrevivientes de la Conducción eran penalmente responsables como “partícipes necesarios” de trece hechos – los miembros del grupo TEI desmantelado en 1980- aunque los desligó de responsabilidad por las capturas de Campiglia y Pinus en Brasil en marzo del mismo año. Durante el tiempo en que Perdía y Vaca Narvaja estuvieron en prisión, se mantuvo prófugo. Perdía y Vaca Narvaja fueron liberados el 20 de octubre de 2003. Ese día, la Sala II de la Cámara Federal dictaminó que la detención de ambos era arbitraria –tanto como el pedido de captura de Firmenich-, porque el juez Bonadío no tenía elementos de prueba mínimos que permitieran sospechar que habían incurrido en algún delito en los hechos que investigaba. La Cámara, además, apartó al juez de la causa, que pasó al Juzgado Federal nº 4, a cargo del doctor Ariel Lijo.

Finalmente, el 18 de diciembre de 2007 el juez Lijo El juez Lijo castigó con penas de entre 20 y 25 años de prisión al ex jefe del Ejército Cristino Nicolaidis, a seis coroneles del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército y al ex policía bonaerense Julio Simón. Los responsabilizó del secuestro y la tortura de seis militantes montoneros –Cabilla, Genoud, Zuker, Carbajal, Guangirolí, Tolchinsky-, que reingresaron en el país en 1980 como parte de la Contraofensiva. El destino de las otras nueve víctimas seguirá siendo investigado por la justicia.³⁹

¹ Entrevista con “Ricardo”, custodio de Yaguer y Eduardo Binstock, ex miembro de Montoneros.

² Véase libro *El tren de la victoria, Una saga familiar*. Cristina Zuker, p.199-201, Ed. Sudamericana, 2003, Buenos Aires.

³ Entrevista a "Lita". Olmedo murió en un fallido asalto a un banco de Mataderos en 1987.

⁴ Documento en archivo del autor.

⁵ El documento se denomina *Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación*. Quienes formaron parte de la escisión fueron Gerardo Bavio, Miguel Bonasso, Olimpia Díaz, Jaime Dri, Pablo Ramos y Daniel Vaca Narvaja. Documento en archivo del autor.

⁶ Documento en archivo del autor.

⁷ Documento en archivo del autor.

⁸ La cifra surge de una "carta interna" de José Rodolfo Miele, designado jefe de prensa del Ejército Montonero por Horacio Mendizábal en 1978. Al dar cuenta de la política de Montoneros hacia la clase obrera, menciona "... en una suma de errores cuyo resultado final nos muestra que ni un solo gremio o fábrica apoya el proyecto. Pese a todo, hoy, con menos de cien cuadros montoneros y escasos colaboradores, se pretende captar y conducir al conjunto de la clase trabajadora con interferencias a las transmisiones de radio y TV". Documento firmado el 12/6/79, en archivo del autor.

⁹ El ejemplo de la revolución iraní y nicaragüense, fueron transmitidos por Roberto Perdiá en entrevista con el autor. Sobre la continuidad de la Contraofensiva, véase boletín interno nº 12 de la CN, producido en enero de 1980.

¹¹ Entrevista a Cristina Zuker, autora del ya citado *El tren de la victoria...*

¹² Entrevista a "Alicia", de la base de Beirut de Montoneros.

¹³ Entrevista a Susana, viuda de Croatto, y denuncia de familiares en la CONADEP.

¹⁴ Circulaba la versión de que había sido secuestrado y fue liberado para colaborar con sus captores. Incluso él, cuando hablaba con mucha tristeza de su pequeña hija, que vivía, pero daba por perdida, sumaba más misterio a lo que había ocurrido. (Entrevista a "Alicia"). Ferré integraba la estructura del Ejército de Montoneros de la Capital Federal, que había atentado contra Almirante Lambuschini, y su jefe era "Raúl", Carlos Fassano, quien fue ultimado por los militares dos meses después en la casa de Belén 335, de Floresta junto a Lucía Révora ("Ana"). Los tres habían militado originalmente en el Frente de Derecho de Montoneros. Para una revisión sobre las caídas de los frentes universitarios de Montoneros durante la dictadura militar, véase *Montoneros. La resistencia después del final*, Marisa Sadi, ediciones Nuevos Tiempos, 2004, Buenos Aires.

¹⁵ Entrevista a "Gloria" y denuncia en archivo de la CONADEP.

¹⁶ Documento en archivo del autor.

¹⁷ Declaración de Cristafio en la causa judicial que juzgó los secuestros y desapariciones de los militantes montoneros de la Contraofensiva de 1980.

¹⁸ Declaración judicial de la propietaria de la casa alquilada por Carbajal.

¹⁹ Los informes del Batallón 601 -que luego fueron utilizados como prueba para incriminar a los militares responsables de las desapariciones- están asentados en la causa judicial, luego de que fueran encontrados en la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). La información del período 1976-1983 de ese organismo de inteligencia está bajo secuestro de la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata y su acceso es a través de vía judicial, para ser utilizadas como prueba para los "Juicios por la Verdad" y las causas penales reabiertas a partir de la declaración de inconstitucionalidad de las leyes de "Punto Final" y "Obediencia Debida". Sobre estos archivos de la represión, véase el artículo *Secretos, confidenciales y reservados. Los Registros de la dictadura en la Argentina. El Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires*, Patricia Funes, publicado en *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Hugo Quiroga y César Tcach compiladores, HomoSapiens, 2006, Rosario. En la declaración en la causa judicial sobre los detenidos-desaparecidos de la Contraofensiva, la esposa de Ángel Benítez testimonió que su marido partió de la casa en la mañana del 20 de marzo y a partir de entonces no tuvo más noticias. Por la tarde, el comando requisó el dormitorio de su casa en busca de documentos y objetos. Antes de irse, dejaron el teléfono del "inspector Rosas" para cualquier reclamo, pero en el número nadie respondía a ese nombre.

²⁰ La CN le informó que no se había establecido ningún contacto con Campiglia para controlar su llegada a Brasil. "Él dijo que iba a llamar...", le comentó Perdiá. (Entrevista a Eduardo Binstock).

²¹ Sobre el atentado, entrevista a Perdiá. La precisión de la información que trasuntaban los informes del Batallón 601 sobre la estructura y la organización de Montoneros -incluso dando cuenta de la utilización de una computadora TRS 2 Sistem por parte de la comandancia montonera en su oficina de Cuba o los nombres del médico, la psicóloga y la asesora pedagógica que supervisaban a los hijos de los militantes en la guardería de La Habana-, hizo alimentar la idea de que las caídas de la Contraofensiva de 1979 y 1980 se

habían producido por la captación por parte del Ejército de un infiltrado, que tenía acceso a ese nivel de información. Más adelante se volverá sobre éste punto.

²² Documento desclasificado, en posesión del autor. Puede observarse en el sitio de internet www.desclasificados.com.ar que es un archivo público de los cables recibidos por el Departamento de Estado norteamericano. Según la información provista por la fuente de inteligencia al oficial de la embajada, el Ejército y la Policía organizaban procedimientos antidrogas en las terminales de micros y una vez que identificaban a los miembros de los pelotones TEI, les informaban que serían conducidos a una sede policial para un procedimiento “de rutina”. Una vez en la comisaría, la inteligencia militar tomaba el control de la situación y los llevaba a la cárcel clandestina de Campo de Mayo. Por otra parte, en una versión contradictoria al cable desclasificado, un documento de la inteligencia militar producido el 1º de marzo de 1980 detalla que Ferré fue detenido el 28 de febrero “en una cita con un miembro BDT (Banda de Delincuentes Terroristas)”. Si se considera esta versión, Ferré no pudo haber sido el que originalmente provocó las caídas. En la Central de Reunión del Batallón 601 del 9 de mayo, ya se da cuenta de la “baja” de Campiglia. Dice el texto: “4. Comando Táctico. La jefatura de éste ámbito de la CN está a cargo del número dos de la BDT, el DT (NG) “Pelado Carlos” (NL) Roberto Cirilo Perdía, quien contaba –hasta el momento de producirse su baja- con el DT (NG) “PETRUS” (número cuatro de la CN) para la conducción de este Cdo. Se ha decidido que el J Cdo. Táctico dirija las actividades desde un país limítrofe al nuestro y no desde nuestro territorio, como medida de preservación de cuadros”. Documento en posesión del autor. Sobre el asentamiento de cuadros del Comando Táctico en países limítrofes, Campiglia iba a establecerse en Brasil; Perdía, en Perú. Continúa el documento del 601: “...De los dos grupos TEI asignados a su mando, el número 1 ha sido aniquilado (Anexo 2); se ignora si ha ingresado al país el grupo número 2; no existen indicios ni evidencias de que esto haya ocurrido hasta la fecha (...) El gp nro 1, abatido, tenía que realizar cuatro atentados durante el primer semestre de este año; luego ingresaría el Gpo Nro 2. Ambos grupos TEI no iban a ser replegados al exterior, sino que se asentarían en el país para construir ‘estructuras militares permanentes’ ”.

²³ Información provista en el Juzgado 4, Secretaría 8, que instruyó la causa de la Contraofensiva.

²⁴ Entrevista del autor a Elbio Alberione. Según su testimonio, en Panamá estaban asentados oficiales de inteligencia del Batallón 601 y de la Marina Argentina, quienes podían operar con facilidad en el territorio. Con los años se conoció que Manuel Noriega, como jefe de la inteligencia panameña, antes de llegar a la jefatura de Estado, ofrecía ayuda en forma simultánea tanto a la CIA como al sandinismo y a los militares argentinos. Alberione, que trabajaba con la cobertura de un periodista en la radio oficial, reveló que su departamento fue saqueado un día antes de viajar a la Argentina para la Contraofensiva de 1979 como miembro de TEA Zona Sur. Le robaron dinero y documentación, pero no pudieron encontrar su pasaporte, que llevaba consigo. Ese mismo día, Alberione recibió la asistencia del coronel Roberto Herrera Díaz, primo de Omar Torrijos, quien le repuso el dinero que le permitió viajar (Entrevista a Alberione).

²⁵ Documentos en archivo del autor. No se registra qué fuerza estatal lo elaboró. En entrevista con el autor, Perdía negó la versión que el nuevo grupo que fuera secuestrado en mayo –como se verá más adelante– tendría la misión de realizar un atentado.

²⁶ Entrevista con “Mario”, asistente de Firmenich que viajó a Mar del Plata para buscarle un asentamiento.

²⁷ Entrevista del autor a Daniel Cabezas, quien formó parte de la estructura de Prensa.

²⁸ Gervasio Guadix fue secuestrado cuando se dirigía a una cita en el barrio de Flores el 26 de agosto con su jefe, “Tono”, Alfredo Lires, también desaparecido. Al día siguiente, la esposa de Guadix, Edith Aixa María Bona fue secuestrada y llevada al centro clandestino de Campo de Mayo, donde le aseguraron que su marido estaba en esa unidad militar, aunque ella nunca lo pudo ver. A principios de diciembre de 1980, el Ejército montó un simulacro de suicidio de Guadix. Según el relato oficial, un pasajero que llegó en micro a Paso de los Libres, por la madrugada, nervioso frente a los controles migratorios, decidió llevarse a la boca un frasco de cianuro al grito de “soy del Ejército Montonero, me autoelimino”. Así lo comunicó el Comando en Jefe del Ejército a la prensa el 25 de diciembre de 1980. Gendarmería Nacional labró un sumario interno y la justicia cerró el caso de inmediato. No hubo un solo pasajero o personal de la empresa de transporte que haya presenciado el aparente suicidio. El supuesto cuerpo de Guadix fue enterrado sin haber sido entregado a su familia. Años más tarde, su esposa fue liberada. El caso Guadix fue reconstruido por información asentada en la causa judicial de la Contraofensiva.

²⁹ En Paso de los Libres, la frontera con Brasil, se produjeron los secuestros de Lorenzo Viñas y del padre Jorge Adur. Viñas era militante montonero. Había estado preso, hizo uso de la opción, viajó a México y regresó a la Argentina junto a su esposa en junio de 1979 para insertarse en un barrio del conurbano bonaerense. Le habían asegurado que existían contactos políticos para desarrollar en una sociedad de fomento y la cooperadora de un colegio. No encontró nada. Se trasladó a Paraná, en la provincia de Entre

Ríos, para tener una mejor cobertura y poco después de que naciera su hija decidió reintegrarse a la Organización. Viajó a Brasil. Lo secuestraron en Paso de los Libres el 26 de junio de 1980. El mismo día, en el mismo lugar, pero en otro ómnibus y desde otra procedencia, secuestraron al capellán montonero Jorge Adur cuando intentaba trasladar un mensaje de la Organización al papa Juan Pablo II, de gira por Río de Janeiro. Viñas y Adur cayeron con una particularidad: las compañías de transporte les habían asignado la misma butaca, la número once. (Entrevista del autor a Claudia Allegrini, viuda de Lorenzo Viñas).

³⁰ Documento de mayo de 1980. Puede observarse en www.desclasificados.com.ar.

³¹ Documento desclasificado producido el 18 de agosto de 1980. Puede observarse en www.desclasificados.com.ar

³² Entrevista a Joaquín Frías, hijo de Federico Frías. Para un retrato de la participación de Frías ("Lucio") en el Grupo Tei-Zona Oeste de 1979, véase el ya citado *Lo que mata de las balas...*

³³ Entrevista del autor a Perdía. Sobre la caída de Frías y Raverta, fueron entrevistados Joaquín Frías y Mario Montoto, ex montonero y viudo de Raverta. También fueron utilizados como fuente el capítulo *El secuestro de los montoneros* publicado en *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército Peruano*, Ricardo Uceda, Planeta, 2004, Bogotá y entrevista a Gustavo Molfino en *Montoneros, Soldados de Menem ¿Soldados de Duhalde?*, Viviana Gorbato, pag. 53-71, Ed. Sudamericana, 1999, Buenos Aires.

³⁴ Sobre la posibilidad del cautiverio en Campo de Mayo, entrevista Mario Montoto. Con el caso de Noemí Molfino, el Batallón 601 intentó demostrar que las denuncias de los secuestros eran falsas. ¿Cómo una mujer cuya desaparición se denunció en Perú podía aparecer muerta en un apart hotel de Madrid? Además, según los registros de apartamentos Muralto, se había alojado tres días antes con una persona identificada como Julio César Ramírez, del cual ahora no había rastros. Ramírez era otro de los secuestrados en Perú. Para dar veracidad a la maniobra, la embajada argentina en Madrid comunicó que "Noemí Esther Gianetti de Molfino falleció, al parecer de causas naturales, luego de haber sido expulsada de Perú por ser considerada como delincuente subversiva". Molfino fue conducida a Madrid por miembros del Batallón 601 bajo el engaño de que sería liberada en París, donde podría reencontrarse con su hija Alejandra, embarazada de ocho meses. Uno de los miembros del Batallón que la condujo a Madrid actuó bajo la identidad de "Julio César Ramírez". Molfino murió por intoxicación. Durante dos días, el cartel de "no molestar" en la puerta impidió que las mucamas pudieran entrar a su habitación. En la mesa de luz encontraron el boleto aéreo Madrid-París. Información extraída de la causa judicial de la contraofensiva y documento de la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), organismo de derechos humanos asentado en Madrid.

³⁵ Entrevista a Eduardo Binstock. ³⁶ Silvia Tolchinsky fue la única secuestrada ilegal que logró sobrevivir, tras tres años de cautiverio en diferentes centros clandestinos. Su caso fue detallado por el autor en el libro *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva Montonera*, caps 12 y 13, Marcelo Larraquy, Aguilar, 2006.

³⁷ Entrevista del autor con el juez Claudio Bonadío y fundamentos de la prisión preventiva de los tres ex jefes montoneros asentada en la causa judicial ya citada.

³⁸ Este resumen de sospechas constituye parte de la "leyenda negra" sobre Firmenich, que fueron establecidas en artículos periodísticos y cierta bibliografía sobre la década del '70, en especial, por el libro *Dossier secreto. El mito de la "guerra sucia" en la Argentina*, de Martín Andersen, Ed Sudamericana, 2000, Buenos Aires. El libro trabaja la hipótesis de Firmenich como agente secreto del Batallón 601, según los dichos que le proporcionara el agente Robert Scherrer, funcionario de la agencia FBI en la Argentina, a Andersen. Al momento de la escritura de esta tesis, no se hicieron públicas pruebas documentales consistentes que pudieran validar esta tesis. La posibilidad de Firmenich como "doble agente", lleva implícita también la desvalorización del compromiso militante de una generación que entregó su vida por la transformación social y política de la Argentina en la década del '70.

³⁹ Véase La Nación, 19/12/2007.

9. Capítulo 6. Una reflexión final.

Durante el período 70-73, Montoneros fue visualizada como una organización político-militar que enfrentaba a un orden social "injusto", sustentado por un régimen político que había violado la legalidad constitucional. A la violencia institucional del régimen, Montoneros le respondía con una "violencia revolucionaria". Esa máxima discursiva estaba alcanzado cierto grado de asimilación en un amplio espectro político y social del país y se instala como una práctica política. En ese contexto, la legitimidad que otorgaba luchar contra un régimen militar que reprimía a las fuerzas populares -como había sucedido con la protesta social del Córdobazo en 1969 y durante otros estallidos en el interior del país-, impulsó los planes de Montoneros de constuirse en un "brazo armado" del pueblo, una "vanguardia político-militar" amplia, que confrontara contra los distintos representantes de la régimen de la "Revolución Argentina". Además, había otros factores inmersos en la coyuntura histórica que contribuían a su creciente simpatía pública: Montoneros luchaba por la vuelta a la legalidad de una fuerza política mayoritaria cuya participación había sido proscripta desde hacía 15 años, y además su lucha estaba inscripta en la promoción del retorno de su Líder histórico -cuya participación política también estaba vedada- y del que Montoneros se declaraba su brazo armado.

Para su incursión en el escenario público, Montoneros eligió una acción política-militar de un fuerte significado simbólico. Por un lado, la figura del General Pedro Aramburu le permitía "reactualizar" el enfrentamiento del peronismo proscripto con aquellos que lo habían arrancado del poder por la fuerza y había perseguido, encarcelado y fusilado. Y también, el otro mensaje, si Aramburu quería presentarse al mundo político local como una posible carta de negociación entre los militares y el propio Perón, no habría

acuerdo posible. El único vehículo que Montoneros aceptaba para el fin de la dictadura era el retorno de Perón, incluso a través de la violencia, si le negaban la posibilidad del voto electoral. Pero cualquiera de las dos variantes inscriptas estarían inscriptas el marco de una fuerte ofensiva popular.

Invocando a Perón, Montoneros se presentaba como una fuerza de corte fundacional dentro del peronismo. No recogía la tradición sindical que el propio Líder había utilizado como base de apoyo político y social del Movimiento en los '40 y '50, sino que presentaban sus postulados como una herencia política del "evitismo", de "la resistencia peronista" que había combatido la proscripción y en el Perón que "había virado hacia la izquierda" en la década del sesenta para enfrentar al poder sindical que intentaba autonomizarse de su Líder.

Las acciones armadas –presentadas como "expropiaciones" contra "el establishment económico imperialista y la oligarquía", que formaban parte de un sistema en franco deterioro y sin salida ó propaganda armada– constituyeron un mensaje político que lograba ser aceptado como "válido". Por detrás de ellos, sus fines eran la exigencia de elecciones sin proscripciones.

Perón capitalizó la energía popular que exigió a la dictadura de Lanusse la apertura electoral y su retorno, y también hizo uso del fenómeno guerrillero de Montoneros en favor de su estrategia de volver al poder. Además, Perón había tenido la sapiencia de convocar a La Hora de los Pueblos para que el Partido Justicialista guiara un acuerdo democrático-institucional, no quedara inmerso sólo en la acción insurreccional. Con este doble movimiento, impidió a los militares la capacidad de trazar acuerdos políticos para una salida electoral en la que pudieran continuar en el poder. Montoneros, a su vez, bajo la bandera, se colocó como una potente fuerza

interna del peronismo, capacidad de movilización y aceptación popular, a poco de incursionar en el escenario público.

Pero la legitimidad que había alcanzado Montoneros en la efervescencia de la lucha contra Lanusse, y validada también en buena parte del Movimiento, Perón, cuando regresó al país, no se la concedió. Frenó su avance político, e intentó colocarlos en un dispositivo que los había tenido como aliados tácticos –o “formaciones especiales”- durante la última parte de su exilio, pero que ahora con su presencia en el país, no podrían operar fuera de los lineamientos que determinara, como conductor del Movimiento.

La fe en el liderazgo revolucionario de Perón pronto decayó en las filas de la conducción montonera, aunque ese entendimiento fue mucho más demorado en la militancia.

Con Perón en la Argentina, y la demostración efectiva de que el proyecto político e ideológico era divergente del propio, y estarían lejos de incidir en el gobierno por el que ellos habían luchado, instó a Montoneros a intentar recuperar la iniciativa. Aun a través del propio Perón, Montoneros intentó hegemonizar en forma rápida el Movimiento peronista para implementar el modelo orientado hacia un “socialismo nacional”. Esta persistencia por contrarrestar el desplazamiento político, multiplicó las tensiones con Perón y la ortodoxia peronista, conduciendo el conflicto a un escenario de difícil solución, con canales de diálogo ya cerrados.

En el terreno del enfrentamiento político con Perón, al que fue invitado en Ezeiza el 20 de junio de 1973 –y también exacerbó a partir del atentado a José Ignacio Rucci tres meses después-, Montoneros fue siendo progresivamente inducido a la ruptura con el Movimiento.

Al no aceptar una flexibilización de sus posiciones en pos de alcanzar un consenso con Perón, que le permitiera seguir sosteniéndose como fuerza interna y legalizada aunque secundaria del Movimiento Peronista en el poder, y quizá sobreestimando su potencial propio en un nuevo escenario

en que debería medir sus fuerzas frente al propio Líder y las estructuras sindicales, Montoneros fue radicalizando su política, alejándose del Movimiento y su capacidad de movilización también se fue erosionándose.

La imposibilidad de entender que el de Perón-Perón era un gobierno legítimo y la decisión de enfrentarlo de manera cada vez menos indirecta, fue el comienzo de una sostenida pérdida del espacio político-legal por parte de Montoneros.

Si Perón había logrado aislar a las Fuerzas Armadas y reducir al mínimo su capacidad de alianzas, a poco de haber asumido el poder, empujaba a Montoneros a la reducción de sus fuerzas, con la misma táctica. Pero esta vez, Perón concentró el apoyo de todas las estructuras políticas y sindicales del Movimiento y sumó a sectores del *establishment*, las Fuerzas Armadas, y distintas variantes de la derecha y el nacionalismo, y a todos aquellos que observaban, sin matices, a Montoneros como una fuerza de izquierda, exógena de la tradición política argentina, y a la que tomaron como enemigos, que debían aniquilar.

Montoneros pagó el precio de la desobediencia. El instrumento por su falta de disciplinamiento frente a la autoridad de Perón –además de la condena política que propició el propio Líder-, fueron los comandos parapoliciales y diferentes estructuras sindicales ortodoxas, entre otros, que actuaron bajo la máscara de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA).

Tras la muerte de Perón, el conflicto político perdió la tenue mediación que había sostenido el Líder, y el enfrentamiento dentro del Movimiento entre la derecha y la izquierda del Movimiento fue *in crescendo* y permitió que actores tradicionales como el Ejército y el empresariado volvieron a ocupar paulatinamente los espacios que habían perdido en el año '73, y recuperarían definitivamente dos años más tarde.

Montoneros decidió clausurar la actividad pública de sus antes poderosos frentes de masas y se clandestinizó, clausurando también a su

militancia en sus propios ámbitos, perdiendo el contacto con las masas, su pertenencia social en bases territoriales y su capital político.

A partir de entonces, como se ha visto a lo largo de la tesis, Montoneros especializó cuadros armados para un nuevo combate, con la intención de construir una política militar que se suponía popular, y a través de la cual volvería a renacer la conciencia social, y regeneraría las condiciones previas al retorno de Perón e incluso podría volver a reconstituir sus vínculos con el peronismo, pese a sus vaivenes ideológicos que hizo pendular a Montoneros entre una organización político-militar y un partido revolucionario marxista.

La política militar de Montoneros no sólo fue en detrimento del trabajo político, sino que estuvo cada vez más desligada de reivindicaciones populares.

Además, el hecho de haber elegido a las fuerzas de seguridad del Estado como enemigo a combatir, y haber asumido frente a ellas un enfrentamiento “de aparato contra aparato”, sin valorar la debilidad en la correlación de fuerzas, cohesionó a las fuerzas del Estado, quienes se unieron para devastar las filas montoneras, además del resto de organizaciones guerrilleras y a quienes habían adherido a un proyecto de transformación de las estructuras sociales y políticas.

La visión cada vez más rígida, radicalizada y también autoritaria en los procedimientos internos por parte de la conducción montonera, fue generando, como se ha visto en el recorrido de los capítulos, diferentes contestaciones internas, que no pudieron “sintetizarse” a través de una homogénea conducción política. Con su crisis partidaria a cuesta, la falta de posibilidad de discusión sobre el rumbo a seguir, la conducción preservó a su jerarquía y cuadros más fieles en el exterior y dejó librado a su suerte a los pertrechos de un Ejército Montonero en el que había confiado que su política armada. Pronto quedaría en evidencia la improbabilidad de la estrategia elegida; también quedaría en evidencia que la idea del

enfrentamiento directo no lograría crear una situación revolucionaria en la que los dos contendientes quedaran visibles ni tampoco lograría desgastar a la dictadura. Con la metodología ilegal de un Estado terrorista y clandestino, las estructuras montoneras que permanecieron resistiendo a la dictadura en el país fueron siendo "cercadas y aniquiladas", mientras desde el exterior, Montoneros propagaba el triunfalismo de su política militar.

Aunque esta tesis se preocupó por investigar y desarrollar las condiciones en que fueron formados los pelotones de agitación y combate para volver a la Argentina, e intentar evitar que su compromiso militante, su soledad personal, sus miedos y sus experiencias frente a la masacre, quedaran subsumidas en el pasado reciente como meros instrumentos del "mesianismo" de la conducción montonera, la Estrategia de la Contraofensiva terminó por hacer comprender a sus jefes que la política de lucha armada sin estar inscrita en una reivindicación popular, los había convertido ya en aquel preciso diagnóstico de Rodolfo Walsh: la vanguardia de "una patrulla perdida".

10. Fuentes y Bibliografía.

Entrevistas orales

Equipo de Antropología Forense (EAAF)

Claudio Bonadío, juez federal.

Mariana González, hija de "Gerardo", Adolfo González.

Fernando González, hermano de "Gerardo", Adolfo González.

Susana, viuda de Armando Croatto.

Martín Mendizábal, hijo de Horacio Mendizábal

Joaquín Frías, hijo de Federico Frías.

María José Luján, hija de "Gallego Willy", José María Luján.

Guido Quieto, hijo de Roberto Quieto.

Roberto Perdía, ex jefe montonero

Daniel Cabezas, ex miembro de la estructura de Prensa de Montoneros en 1980.

Elbio Alberione, ex miembro de Grupo TEA-Zona Sur.

Estela Turkenski, abogada de la familia Solimano.

Mario Montoto, viudo de la militante montonera María Inés Raverta.

Eduardo Binstock, viudo de Susana Pinus de Binstock.

"Alicia", ex responsable de la base montonera en Beirut.

"Ana", ex miembro de la base montonera en Beirut.

"Vicente", ex miembro de Grupo 2 de TEI.

"Emilio", ex miembro de Grupo 3 de TEI.

"Gloria", ex miembro de Grupo 2 de TEI.

"Lita", ex miembro de Grupo 2 de TEI.

"Liliana", ex miembro de Grupo 2 de TEI

"Julia", ex miembro de Grupo 1 de TEA.

"María", ex miembro de Grupo 2 de TEA.

"Alejandro", ex miembro de Grupo TEA-Zona Sur.

"Ricardo", ex custodio de comandante de CN, Raúl Yaguer

"Mario", instructor de combate y custodio de Mario Firmenich.

"Inés", ex miembro de Columna Norte.

"Pucho", ex miembro de Columna Norte.

"Graciela", ex miembro de Descamisados y Montoneros.

Documentos internos de Montoneros

-Las contradicciones políticas existentes y su forma de resolución. Conducción Nacional. 7-9-76.

-Informe de las Conclusiones políticas de la Reunión del Consejo Nacional del Mes de Octubre de 1976. Documento partidario fechado el 11 de noviembre de 1976.

-Circular. De Secretariado de Zona Capital a todas las secretarías. 6-12-76.

-Plan nacional enero-abril 1977. Secretaría Militar Nacional. Diciembre de 1976.

-Plan de instrucción para pelotones de Soldados. Enero de 1977.

- Parte Nacional de Operaciones. Primer Semestre 1977. Ejército Montonero.*
- Operaciones realizadas por el Ejército Montonero en la Zona Capital junio-agosto 1977. Estado Mayor Zonal. Ejército Montonero.*
- Operaciones antipatronales, antidepresivas. Setiembre-octubre de 1977. Estado Mayor zona Capital del Ejército Montonero.*
- Síntesis de la reunión de los días viernes y sábado. Pelotón de Combate "Mary Ferreira". Ejército Montonero. Zona Sur. 3/1/78.*
- Orden de operación de la misión de preparación de la Contraofensiva. Secretariado Zonal. Zona Capital. 1978.*
- Parte de Guerra. La resistencia montonera lucha contra los gorilas de Videla. Ejército Montonero. 9 de junio de 1978.*
- Acta de la Reunión de la Sección de Combate "Wenceslao Caballero". 15/7/78.*
- Política hacia la Policía Federal. Firmado por: Raúl, Secretario Militar Zonal. Ejército Montonero. 30/8/78.*
- Descripción de la situación. Análisis. Trimestre abril-junio 1978. Firmado por: Daniel. Jefe de Operaciones del Estado Mayor Zonal. Ejército Montonero.*
- Batallones y Pelotones Montoneros en Resistencia. Batallón "Héroes Montoneros". Diciembre de 1978.*
- Boletín interno nº 10. Orden General de Campaña de Lanzamiento de la Contraofensiva Popular. Mayo de 1979.*
- Boletín interno nº 11 de la CN. Julio de 1979.*
- Boletín interno nº 12 de la CN. Enero de 1980.*
- Carta abierta a los militantes de la organización Montoneros. Firmado por: Rodolfo Galimberti y Juan Gelman. 22 de febrero de 1979.*
- Carta interna a los compañeros del Partido, del Ejército Montonero y del Movimiento Peronista Montonero. José Rodolfo Miele. (ex jefe de prensa del Ejército Montonero) 12-9-79.*
- Carta de Arnaldo Lizaso al Primer Secretario de la Rama Política del MPM., Dr Oscar Bidegain. 20 de marzo de 1979.*
- Sobre la desertión de cinco militantes del partido y cuatro milicianos en el exterior. Resolución nº 045/79. 10 de marzo de 1979. Partido Montonero.*
- Informes Operativos y acerca de la situación de las masas y partidarias. Firmado por: Tte. José/Carlos. 15-11-79.*
- Ante la crisis del Partido. Reflexiones crítica y una propuesta de superación. Dirigido al Comité Central del Partido Montonero. Firman: Gerardo Bavio, Miguel Bonasso, Olimpia Díaz, Jaime Dri, Pablo Ramos y Daniel Vaca Narvaja. Sin fecha. Probablemente enero de 1980*
- *Documento de Madrid. Movimiento Montonero 17 de octubre. Abril de 1980*
- Las inconsecuencias del reformismo ante la clase obrera. Contestación al documento Ante la crisis del partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación. Firmado por: Eduardo Pereyra. 2do Comandante. Jefe Zona Sur durante 1979. Sin fecha. Probablemente, febrero-marzo 1980.*
- Respuesta al Documento de Madrid. Firmado por: el compañero Tte 1ro Chacho. Jefe de Grupo de las TEI. Sin fecha. Probablemente, febrero-marzo 1980.*

Documentos internos de fuerzas de seguridad del Estado argentino.

- Petrus*. Sin inscripción de fuerza. Producido aparentemente en abril de 1980.
- DGIPBA. 31 marzo 80. *Asunto: Situación de la BDT Montoneros.*
- DGIPBA. 17 abril 80. *Asunto: Posible accionar de la BDT Montoneros.*
- Informe para la Primera Reunión de la Comunidad Informativa (Batallón 601 de Inteligencia del Ejército). *"Situación de la BDT Montoneros" Período 28/12/79 – 9/5/80.* Central de Reunión de 9 May 80.
- Policía Federal Argentina. Educación de Oficiales. Materia: Inteligencia. Tema BDT Montoneros. Dictado por jefe PFA. 27 de mayo de 1980.
- Central de Reunión. Junio de 1980 (Batallón 601).
- Procedimiento sobre las TEI efectuado por Zona IV.* Sin inscripción de fuerza. Presumiblemente Ejército.

Documentos del Departamento de Estado (EE.UU.)

- Memorando del 7 de abril de 1980.
- Memorando del 14 de mayo de 1980.
- Memorando del 21 de agosto de 1980.

Causas judiciales

Causa 6859/98, caratulada "Scagliusi, Claudio Gustavo y otros s/privación ilegal de la libertad". Secretaría 8 del Juzgado Federal nº 4. El expediente también están incorporadas actuaciones judiciales sobre los atentados a Guillermo Klein, Juan Aleman y Francisco Soldati.

Revistas

- Todo es Historia
- Lucha Armada
- Políticas de la Memoria, CEDINCI (Centro De Documentación e Investigación de la Cultura de izquierda en la Argentina).
- Sudestada
- Cambio/16
- Proceso
- L'Express.

Revistas partidarias de Montoneros

Vencer

Evita Montonera

Diarios

Clarín

La Nación.

Bibliografía.

Obras consultadas.

- Anderson, Martín. *Dossier secreto. El mito de la "guerra sucia" en la Argentina*. Ed. Sudamericana, 2000, Buenos Aires.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Tres tomos (I: 1966-1973; II: 1973-1976; 1976-1978), Grupo Editorial Norma, 1997-1998, Buenos Aires
- Anzorena, Oscar. *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*. Edición del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1998.
- Armony, Ariel. *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*. Universidad Nacional de Quilmes, 1999, Buenos Aires.
- Arrosagaray, Enrique. *Rodolfo Walsh. De dramaturgo a guerrillero*. Catálogos, 2006, Buenos Aires.
- Astiz, Eduardo. *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del '79*. Ediciones Campana de Palo, 2005, La Plata.
- Badiou, Alain. *El siglo*. Ediciones Manantial, 2005, Buenos Aires..
- Baschetti, Roberto. *De la guerrilla peronista al gobierno popular*. Documentos 1970-1973. Colección Campana de Palo.
- Golpe militar y resistencia popular*. Documentos 1976-1977. Volumen I. Colección Campana de Palo.
- Hombres y mujeres del Peronismo Revolucionario. La memoria de los de abajo, 1945-2007*. Tomos I y II. Ediciones de la Campana, 2007, La Plata.
- Bernetti, Jorge Luis y Giardinelli, Mempo. *El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003, Buenos Aires.
- Bonasso, Miguel. *Recuerdos de la muerte*, edición 1997, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Grupo editorial Norma, 2005, Buenos Aires.
- Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*. Ediciones Colihue, 2004, Buenos Aires.
- Carnovale, Vera; Lorenz Federico y Pittaluga Roberto (comps.) *Historia, memoria y fuentes orales*. Cedinci editores, 2006, Buenos Aires.

Caviglia, Mariana. *Vivir a oscuras. Escenas cotidianas durante la dictadura*. Aguilar, 2006, Buenos Aires.

Chavez, Gonzalo y Lewinger, Jorge. *Los del '73. Memoria montonera*. Ediciones de la Campana, 1998, La Plata.

CONADEP. *Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Eudeba, 2006, Buenos Aires.

Diana, Marta. *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas*, Editorial Planeta, 1996, Buenos Aires.

Franco, Marina y Levín, Florencia (compiladoras). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Editorial Paidós, 2007, Buenos Aires.

Falcone, Jorge. *Memorial de guerrallarga. Un pibe entre cientos de miles*. Ediciones de la Campana, 2001, La Plata.

Gasparini, Juan. *Montoneros. Final de Cuentas*. Ediciones Campana de Palo, 1998, Buenos Aires.

Gillespie, Richard. *Montoneros. Soldados de Perón*. Grijalbo, 1998, Buenos Aires.

Giussani, Pablo. *Montoneros. La soberbia armada*, 1984, Ed. Planeta-Sudamericana, Buenos Aires.

Guevara, Ernesto. *Guerra de Guerrillas*. Quadrata Editorial.

Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto. *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*. Grupo Editorial Norma, 2000, Buenos Aires.

Larraquy, Marcelo. *Fuimos Soldados. Historia secreta de la Contraofensiva Montonera*, Editorial Aguilar, 2006, Buenos Aires.

Levenson, Gregorio. *De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo*. Ediciones Colihue, 2000, Buenos Aires.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente. *La Dictadura Militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Editorial Paidós, 2003, Buenos Aires.

Pozzi, Pablo. *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Editorial Contrapunto, 1987, Buenos Aires.

Robles, Adriana. *Perejiles. Los otros montoneros*. Ediciones Colihue, 2005, Buenos Aires.

Quiroga, Hugo y Tcach, César. *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Homo Sapiens Ediciones, 2006, Rosario.

Verbitsky, Horacio. *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina. 1976-1978*. Ediciones de la Urraca, 1985, Buenos Aires.

Sadi, Marisa. *Montoneros. La resistencia después del final*. Ediciones Nuevos Tiempos, 2004, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores, 2005, Buenos Aires.

Stabili, María Rosaria (compiladora). *Entre historias y memorias. Los desafíos metodológicos del legado reciente de Latinoamérica*. Estudios AHILA de Historia Latinoamericana N° 2, Editorial Vervuert, Marid, 2007.

Uceda, Ricardo. *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército Peruano*, Editorial Planeta, 2004, Bogotá.

Vaca Narvaja, Fernando. *Con igual ánimo. Pensamiento político y biografía autorizada*. Editorial Colihue, 2001, Buenos Aires.

Vezzetti, Hugo. *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Siglo Veintiuno Editores, 2002, Buenos Aires.

Zamorano, Eduardo. *Peronistas revolucionarios. Un análisis político del apogeo y crisis de la organización Montoneros*. Ediciones Distal, 2005, Buenos Aires.

Zuker, Cristina. *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Ed. Sudamericana, 2003, Buenos Aires.